

JAKO PRODUCCIONES Y AZUL EDICIONES PRESENTAN

No soltés el manubrio

José Nahum Kemelmajer
1961 odisea del cuyano

Un viaje Las Heras-Copacabana sin escalas.

NO SOLTÉS EL MANUBRIO

“Lo que se cuenta es la verdad de una gran mentira, lo que no se cuenta es la mentira de una gran verdad”

Luego de leer el borrador, ella me dijo - medio en broma, medio en serio- : No me jodas ¡Vos sos Italo!

Cuando volvía caminando a casa me dije: no soy solo Italo...soy también Charles... el primo... Alicia... Magdalena... Como vos, como yo, como la mayoría, todos somos un poco todos.

Dedicado especialmente a mí viejo Isaías, a quienes como él, nos demuestran que el afecto y la emoción es lo único por lo que vale la pena vivir.

Domingo 1 de marzo del 2016

Corría el año 2008, las agujas del reloj marcan las 12 del medio día, Ítalo pedalea en la desolada ruta al rayo del sol. Un único paisaje, el horizonte. Conflictuado en medio de una de sus encrucijadas personales, pensó en voz alta *-Ya sé, eso tengo que hacer, dejarme llevar-* Por un instante cerró los ojos y soltó el manubrio. En eso, Charles, su compañero de ruta-, le gritó

-¿Qué haces che?

- Nada....

-¿Cómo nada? ¡Soltaste el manubrio!

- Sí, solté las manos un segundo, Charles.

-¿Un segundo...? No soltés el manubrio, huevón, así ocurren las cosas, en un segundo.

De lo único que sabía Charles era del oficio del pedaleo. Proveniente de familia muy pobre, se inició como cadete de farmacia en bicicleta a los 6 años. Nunca paró. Hace un par de años lo jubilaron, como cadete, obvio. Se deprimió. Unos amigos de la villa, para sacarlo del bajón, lo invitaron a entrar a una sexta espiritista de las Heras. Se metió de cabeza, puso como única condición que lo dejaran entrar a todas las sesiones con su bicicleta de la mano. Las calles de la ciudad lo perdieron como ciclista a tiempo completo, mas las rutas, lo siguieron conservando

como uno de sus grandes bastiones. Todos los años compartidos bicicleteando con él, fueron más que suficientes para que Ítalo, el ingeniero, lograra entender que quien bien sabe de algo, usa ese algo para todo. Del tema que se tratara con Charles, no importa qué, él lo llevaba para el lado de la bici, su compendio era ese, toda su sabiduría estaba allí. Que la vida opere, que haga lo suyo, pero... “no soltés el manubrio...”, “no soltés el manubrio...”

EL Primer sueño de Charles

Charles sueña, prácticamente todas las noches, muchas siestas también, para ser preciso, cuatro sueños que se repiten como los tracks de aquel que escucha siempre el mismo disco. Este fue el primero:

Pico la pelota en el descampado de la villa, adentro del galpón de adobe guacho, sin techo. Es mi refugio, pico la pelota que fue el único regalo que recibí de niño. Contaron que era un bebé recién nacido, cuando el candidato a intendente peronista de las Heras, se la dio a mi abuela diciéndole estas palabras:

-Tome, es para su nietito, para que cuando crezca y vote, seguramente yo me esté candidateando a gobernador, que nunca se le olvide quién fue el intendente que le hizo este hermoso regalo.

Pico la pelota contra el piso de tierra cada vez más fuerte, tan rápido, que de repente no alcanzo a poner la mano para el próximo pique; se va para arriba... Yo levanto la cabeza para verla y tengo que fruncir los ojos. El sol radiante sobre el manto celeste limpio de nubes me encandila. Entre las rendijas que dejan los párpados ceñidos, alcanzo a ver la pelota que se va haciendo chiquitita, ante mi desesperación se extingue.

Empiezo a caminar para la casa, lento, empapado de sudor, con el cogote girado hacia atrás como quien no quie-

re avanzar, cuando estoy a un paso, freno de golpe, miro la puerta alta de madera gris agrietada, llena de parches de cartón de arriba abajo. En las piernas siento fuego que no se detiene, es el pichí que cae en catarata sin respeto, temblorosa del cagazo poso la mano sobre la manija herrumbrada y ruidosa, pero antes de agarrarla bien, me detengo...

-“Hilario tenes que abrir, me digo en un intento por darme coraje”.

Siento pánico, porque no sólo en el sueño, sino siempre que entro a mi casa, mi mamá no me pregunta cómo me fue, ni si la pase bien, ni de dónde vengo. Siempre pregunta lo mismo: -¿Donde está la pelota, huevón?- Y ahí no más larga: -“Es que no sabes cuidar nada, pendejo de mierda... Nada”.

“Hilario tenés que abrir”, siempre sistemáticamente, me lo digo una segunda y ya gritando una tercera vez.

Por fin, palanqueando con toda mi fuerza la manija, abro lentamente la puerta. En la mezcla de esfuerzo y miedo, el esfínter me traiciona, me hago encima. Temblando como un pollo mojado, al tiempo que tironeo la puerta, miles de pelotas, idénticas a la que se me fue al cielo, salen de mi casa una tras otra aplastándome hasta derribarme. El ruido es ensordecedor, el peso de los balones me tienen preso de espalda, asfixian. Despierto de un salto.

Me veo perfectamente. En el sueño tengo seis años, es el mismo 30 de abril que los he cumplido. Llevo puesta la misma ropa de siempre, el short rojo que creció conmigo y usé hasta los 16, que me apretaba los huevos cada vez más; y la remera azul que usé unos años menos, porque no había cómo estirla. Descalzo, cagado, meado enteramente en el sueño y en la realidad, arrastrando las patas, lo más silenciosamente posible para que no suenen las baldosas sueltas, me voy a lavar la ropa a la palangana del patio, me la vuelvo a poner mojada, porque es la única que tengo.

El único sueño de Ítalo Montalvani

Corro...corro y salto una vez... y otra vez... y otra más... recién ahí, levanto vuelo. Al principio, mientras asciendo por los cables de electricidad que atraviesan la calle San Miguel, de Las Heras, a unos cuatro metros de altura, siento una cosquilla en la nuca. El vértigo me invade. Enseguida, al sobrepasar la copa de los álamos y las inmensas moreras, a unos siete metro de altura, abruptamente, el miedo muta en libertad. Cuando floto en el aire, la sensación que tengo es que nadie en este ingrato mundo consigue ser más sí mismo que yo mismo.

Cambio de dirección y altura a total voluntad, las ráfagas me acarician el rostro. Los pájaros con que nos cruzamos, especialmente gorriones y palomas, me guiñan cómplices. Sistemáticamente el mismo recorrido por paisajes que conozco a la perfección. Desde arriba el panorama es sublime. Luego de sobrevolar el piedemonte, donde conozco como la palma de mi mano, cada piedra, cada cactus, cada jarilla, en texturas y colores...el éxtasis. Inmediatamente, como si tamaña libertad no fuera posible, un timbre ensordecedor taladra mis tímpanos, doblo brusca- mente. Apunto derecho a Bodegas y Viñedos Ítalo Montalvani SACIF, como señala imponente el cartel suspendido del portón gigante. Ni bien lo cruzo a toda velocidad, caigo en picada, en el preciso instante en que estoy por reventarme contra el pavimento, despierto. Sin oxígeno, salto de la cama dando una bocanada de aire. Sudado y

meado, me encuentro de nuevo conmigo llorando como un bebé.

Es duro ser un Ítalo Montalvani, aunque ya sea la cuarta generación del viejo fundador de la empresa. Es duro soñar siempre este único sueño.

El que escribe soy yo

El que escribe soy yo. ¿Quién seré yo? Con la displicencia con que las gentes decimos: *-Porque yo tal cosa, porque yo tal otra, porque yo...-*, como si ese vanidoso yo, supiese de verdad quién es. Pero yo, sé algo de yo. Yo soy un primo hermano de Ítalo. En todas las familias ricas siempre hay alguien pobre, pues yo pertenezco a los Montalvani pobres. Yo también puedo decir, con certeza, que en varias ocasiones en la vida se me sugirió que escribiera, que escribir hace bien, yo también puedo decir que no tengo la más remota idea si escribir hace bien, pero un día, sin darme cuenta, yo escribí la historia de mi primo. Era el único de la “familia” con el que me veía, él siempre despertó algo especial en mí, yo no sé, su manera de ser, de mirar, de mover las manos.... Sin saber por qué, como la mayoría de las cosas, un día fue Ítalo, sin sospecharlo siquiera, el que me hizo escribir.

La patología por excelencia de nuestra especie, es la del exceso. Pues qué mejor en este capítulo que excederme con el yo, “Yo tal cosa, yo tal otra”. Para colmo, nadie te cree si no contás desde el yo. Igualmente, mi problema no soy yo, mi problema son “mis yos”. Entusiasmo extremo por todo hizo que desde niño, yo, cual camaleón, me mimetice a los otros. Modos, tonos de hablar, y hasta rasgos corporales me hacían propio lo ajeno. Ya ni siquiera yo, sospechaba quién era yo.

Aprendí a mirarme al espejo como todos: ver si creció la barba, o si la ropa nos sienta, si el maquillaje se corre, si la tintura te cubre, si el moñito esta torcido o el sombre-

ro bien calzado, las pestañas parejas, si ves lagaña en los ojos, algún moquito colgando, un pelo donde no debe o un punto negro indiscreto, si el ruedo se quedo largo, la minifalda es corta, si sobran o faltan kilos, si los zapatos combinan, que si nos vemos cansados o algo más viejos que ayer. Pero ¿quién nos dijo un día, o a quién le vimos hacerlo?: mirarse sólo al espejo para descubrir quién es, ese que allí se refleja, la imagen que nos rebota el que sospecha ser yo. ¿Quién se la aguanta sereno, quietito frente al espejo, oteándose por un rato, con la tenue ilusión de sospechar quién es?

Al bisabuelo -de Ítalo y mío-, frecuente era oírle decir: -*Échense bajo el árbol, en silencio, pregúntense ¿Quién es ese que dice ser yo? ¿Qué es lo que quiere ese que dice ser yo?* -Éramos unos mocosos, no teníamos la menor idea lo que el viejo quería decirnos.

La preocupación de mi madre ya era inmensa cuando al llegar de la escuela me descubría cambiante. El entusiasmo pasaba del fútbol al básquet, del rugby al tenis, del yudo al karate, del inglés al francés, o del dibujo al ajedrez. Sin saber ella -ni yo- que lo mío era el contagio pegado del compañero de turno. La modalidad de hablar, la forma en el decir, los tonos al pronunciar, hasta una colección de tics, pasó a ser una constante de surtido y variedad. Todos desfilaban por mí, y a mamá desesperaban. Con el tiempo di en llamar “Yo y mis yos”.

En realidad, yo hablaba del síndrome de ese tipo que se mimetiza con el que está en afán de que lo acepten: en el consultorio médico muta de paciente a doctor, en

un recital de jazz, de blanco espectador, a negro trompetista de la banda, en un partido de básquet, sale de la tribuna con un metro setenta y aparece con dos metros en el medio del partido, su mutación compete lo físico. Estimados lectores, yo les hablo de Leonard Zelig, el protagonista de *El camaleón*. En esta genialidad del cinemascope, cuando el personaje ya estaba totalmente desdibujado en los otros, alguien lo rescató. Y sin pretensiones del arte, de arte transformador, a mi “yo” camaleón, fue el primo Ítalo quien lo salvo.

Insensata e insistente pregunta del periodista de pacotilla - *¿Vos en tus novelas hablás de vos?*- Pues el que acaba hablar de yo, es Zelig, el camaleón. Entonces.... ¿En dónde está la realidad? ¿En dónde está la ficción? Eso qué importa... Sacarse el ropaje ajeno ha de ser el desafío, hay una sola herramienta, aunque cursi, he de escribirla: es el amor quien nos salva, es él quien nos deja ser “yo”.

Yo solo sé que, el que escribe soy yo. Que sin darme cuenta, vaya a saber por qué, yo me transformé en escritor. De tanto admirar a mi primo, de escucharlo en aquel “viaje”, pude llegar donde estoy. A veces me siento más Ítalo que yo.

Cuando salí de mi casa camino al doctor, me miré al espejo, vi una expresión que no era la mía, era diferente, no era yo.

Mi primo y Su yo

En su último año universitario, Italo develo actitudes inéditas a su personalidad. Los brazos relajados al costado del cuerpo, se volvieron tensos para sujetar su cabeza cada vez que la mirada se le perdía en una preocupación. Sus manos cuadradas y hasta entonces de pulso firme, comenzaron a temblar cuando, gestualmente, reforzaba algo con ellas.

En cada café compartido, enseguida buscaba un lugar junto a una ventana, y si había posibilidades, una mesa afuera, pues gotitas de sudor poblaban la punta de su nariz, el pliegue inferior de su mentón y las arrugas que se le hacen en la frente al levantar las cejas cuando el tema lo pone ansioso. Una vez, cafeteando en el jockey club -a los pocos días de haberse recibido con honores de ingeniero industrial-, le pregunte por sus metas. Le note tan agitado en la conversación, que lo interrumpí sin tener lo que decir, apenas para verlo reponerse en una profunda bocanada de aire.

En mi faceta camaleónica -ya saben-, ahonde en fisiopatología médica y sus efectos sicosomáticos. Cuando el tema inquietaba a mi primo, un sarpullido rojizo -como un mapa en relieve- asomaba tímido en su pecho y le ascendía por el cuello hasta completar una sola roncha que se apoderaba de todo su rostro; cuando las charlas familiares se calentaban, las venas que rodean la cien se le

hinchaban y el rebote verduoso de su aceleración cardiaca parecía hacerlas estallar; si se rozaban temas de la empresa, él se silenciaba agitando sus pupilas a toda velocidad contrayendo los músculos maseteros y bruxando sus dientes de un costado al otro, rechinándolos como una cuchilla de carnicero cortando hueso

Al comienzo -en ese afán que tengo de ficcionar la vida ajena, agregando fantasías propias a la gente como si no hubiese algo más productivo- supuse que era una idea mía. Mas lo de Ítalo, nada tenía que ver con mi manía ficcionante y si con algo que se naturalizo en él, sin atreverme yo a preguntarle cual era la causa profunda que lo encendía

El día que Italito se recibió de ingeniero no lo olvidare jamás. Se granjeo el mejor promedio de su facultad con un flamante 9,90. El festejo en la casa de la familia fue importante. Alrededor de las doce, cuando la fiesta estaba en su pico, y todos conversaban en grupos aislados, en medio de una bulla superflua que hace perder el sentido de lo que allí se festeja, note que el protagonista se escabullía por entre la gente sin que nadie se percatara. El bien estar provocado por la alcoholemia y la tiranía del poder gastronómico lograron que a esa altura de la reunión ya a nadie le interesara quien fue el motivo que los trajo hasta allí. Cuando en el medio de la reunión, Italito estaba a punto de atravesar el marco de la puerta de entrada de su casa, se topo abruptamente con el último en

llegar, “el flaco” Tony -su compañero de curso entrañable- se abrazaron fuerte. Mientras que su amigo ingreso al compás de un volumen ensordecedor de cumbia y susurros que hizo eco de aturdimiento en su ceño, Ítalo aprovecho para salir. Sin que me viera, lo seguí.

El flamante Citroen 2 CV, verde cata, del esquelético Tony, quedo aparcado en el inmenso jardín justo debajo de la magnolia gigante, en el único hueco para un auto más. Con la misma delicadeza con que los buenos amantes lo hacen, Italito contorneo, parte por parte, la silueta completa del auto. Luego se detuvo unos segundos cerrando los ojos, como si quisiera percibir algún sentido en la barahúnda que brotaba desde el interior de la casa. Abrió los ojos, la puerta del conductor, y se sentó en el coche. Sigiloso, me arrime para no perderme nada

Mi primo fue palpando el interior de la nave, con más delicadeza aun, con la que lo hizo en el exterior. Primero el amplio manubrio negro, luego la bocha redonda de la palanca de cambios, siguió con los austeros comandos de luces, limpia parabrisas y radio, los testeó con sumo cuidado, levanto las rusticas aletas de ventilación frontal, las dos ventanillas laterales delanteras partidas al medio, exclusivas de esta marca, y enrosco la luneta de tela que cubre cada uno de esos prototipos ya en extinción. Antes de volver a salir, jalo la palanca que suelta el seguro del capó. Cuando cerró la puerta del conductor, dirigió la

vista a la casa e inmediatamente miro su reloj, haciéndome notar que de algún modo estamos solos. Encaro al baúl, levanto la puerta fijándola en el soporte vertical, cruzo sus brazos a la altura del pecho sonriéndole a la rueda de auxilio, al tiempo que testeo con sus dedos el dibujo de la cubierta. Saco el gato mecánico, comprobó su funcionamiento y lo guardo. Dio una vuelta de 360 grados alrededor del prototipo, deteniéndose un par de segundos en cada ángulo y echando todo su peso sobre cada amortiguador para ver si la respuesta de la generosa suspensión del “citrulo” se encontraba intacta. Volvió a detenerse en el baúl, saco la pequeña caja de herramientas, se dirigió al capo elevándolo: primero limpio la varilla del aceite con un puñado de estopa verificando el nivel con la linterna encendida; giro la tapa del radiador, con un dedo midió el nivel del agua antes de volver a enroscarla; siguió con los capuchones de las bujías, con el saca bujías las retiro, con un calibre midió la luz de las mismas, con un nuevo pedazo de trapo las limpio antes de volverlas a su lugar; retiro el filtro de aire y con todas sus fuerzas lo soplo -como si de esa fuerza dependiera el impulso con que el motor empujaría el Citroen- ; introdujo el índice en un potecito metálico con grasa, finamente lo unto en ambos bornes de la batería. Se irguió, se saco la camisa negra que vestía para la ocasión y la tendió bajo el chasis. Como un yoga recostado en su manta se perdió bajo el motor. Apenas alcance a ver sus lustrados mocasi-

nes negros asomando por delante. Encendió una vez más la linterna, entonces lo imagine contemplando desde abajo la maquina, como quien lo hace con un cielo estrellado. Luego de unos minutos, salto como una langosta y sacudió la camisa antes de volver a vestirla. Froto sus manos marcando tarea cumplida. Por último bajo el capo, y posándose en cuclillas, lo beso.

Cuando mire mi reloj había pasado una hora. Era la una de la mañana. Ítalo ingreso a su casa como un invitado más. Yo atrás. De repente, como si se hubiesen percatado por fin lo que se festejaba, todos alzaron sus copas e Ítalo padre grito: “viva el ingeniero Montalvani”, a viva voz replicaron: “viva”. Cuando volví la vista a mi primo mientras sacaba un pañuelo del bolsillo trasero del Jean, una capa de gotitas de sudor volvieron a poblar su nariz, el pliegue inferior de su mentón y las arrugas de su frente. Mientras se secaba, sin despegar los labios, esbozo una tímida sonrisa de agradecimiento a los cientos de invitados que, por primera vez, superficialmente, lo miraban a el.

La medicina

En las próximas décadas llegar a los cuarenta no tendrá ninguna trascendencia, la expectativa de vida promedio ya habrá superado los cien. En esa cronología diferente -si pensamos en Jesucristo, para su época, a los 33 él ya era un viejo-, los cuarenta serán como los veinte de ahora. El asunto es que en éste, nuestro tiempo, cumplir 40 marca un hito. Ítalo se aproximaba a la cuarentena, la fecha no pasará inadvertida ni mucho menos: ser un Montalvani primogénito, por si fuera poco otro "ítalo" -ya el cuarto en la dinastía argentino cuyana- no era moco de pavo. Entre familiares, empresarios, amigos, políticos de turno, serían más de 800 los invitados al festejo en los radiantes jardines de la bodega central en el Valle de Uco.

Como buena costumbre de familia acaudalada -debiera ser una costumbre en todas, más allá del nivel socio económico al que se pertenezca-, se impone el chequeo médico completo anual previo al cumpleaños. Para ellos, un profesional sólo es bueno si es italiano, y como en este caso, mucho mejor si es descendiente del médico que trataba al bisabuelo llegado del barco, defendiendo, siempre y obtusamente, la eficacia en la tradición. De todos modos, en este caso, los Cattaneo -no por ser descendientes de italianos- son una estirpe de insignes médicos de familia.

Ítalo junior, junior, junior, se presentó en el consultorio de Gino Cattaneo junior, junior, junior, con el papel del análisis de sangre en mano, cuya orden fue fechada un año antes en el último control. Así de ordenados son los chequeos en la “familia”. Le pasa el sobre cerrado, justo una semana antes del especial festejo.

Una semana alcanzó para que la invitación fuese cancelada. Se llamó a cada uno de los más de 800 convidados al evento y, a pesar de la participación en sobre lacrado que cada uno había recibido un mes antes, junto con una botella de Malbec, con la leyenda “Los primero 40 de otro Montalvani”. Adiós al festejo.

Fue en el preciso instante en que el doctor Cattaneo abrió el sobre, ojeó los valores, levantó la vista, se bajó los lentes, y como es su costumbre por tradición médico familiar, sin rodeos le dijo: *Tenés diabetes, vas a empezar a inyectarte insulina hoy mismo.*- Italito -como lo llamó siempre su madre, desde la misma posición en que se encontraba, sin ningún pudor delante del médico de la familia -también invitado al gran evento- tomó el celular, llamó al gerente general de la empresa, mano derecha del imperio familiar, y le dijo:

-Suspendé mi pelotuda fiestita de cumpleaños y llamá a la farmacia Cuaranda del barrio, que manden un pack de insulina a casa.

-La diabetes -le explicó el doctor- nos espeja como la especie del "exceso" que cada vez más somos. La adicción programada a la chatarra, nada inocente ni casual, constituye una perversa máquina de fabricar diabéticos, aunque gran parte de los hijos del consumismo, aun no lo sean, lo serán en cualquier momento. Esta nutrición plástica, sumada, a que lo único que la mayoría mueve de sus cuerpos hoy son dos deditos para el teclado de la computadora y celular, sacá tus conclusiones.

-¿Pero qué querés doctor, con semejante perorata? ¿Convencerme que hoy es normal ser diabético porque millones lo son y enseguida otros millones lo serán? ¡Sabes que eso conmigo no tiene nada que ver!

Ítalo se levanta antes que sol asome, en su gimnasio personal práctica cada día de la semana una hora de gimnasia rigurosamente programada, sumado a una dieta pobre en grasas y azúcares, no condice con el desenlace de quien sería un insulina dependiente a partir de los 40, con todo lo que ello acarrea

- Doctor, dejate de joder, conocés mis hábitos mejor que nadie.

-Se lo explico a todos mis pacientes: "no existen enfermedades", "existen enfermos". Cada uno se enferma como puede y con lo que tiene.

- No te entiendo Gino.

-Los humanos somos una compleja madeja donde se entrelaza todo. En cada uno esta maraña es absolutamente particular.

-¿Mi diabetes no tiene nada que ver con la de otros diabéticos?

-Eso es. Vos seguís una dieta balanceada, haces gimnasia hasta en vacaciones, pero... ¿Y tu alma?, ¿Y tu cabeza?... No es fácil desentrañar cómo funciona esto en cada paciente, te conozco Ítalo, vos, adentro tuyo, tenés un lindo quilombo. Un día lo tendrás que encarar, aun así, el chasis ya acusó recibo. Todos los años del mal llamado stress, inexorablemente, han de dejarnos su huella. En tu caso, la diabetes ya te pasó factura.

-¿Querés decirme que aunque supere lo que tengo que resolver, me han de quedar las marcas para siempre?

-Escuchate esta historia: había una vez un pibe que vivía a los berrinches. Un día, el padre cansado de esta situación, lo tironeó hasta la puerta de entrada y le dijo: “mirá pen-dejo, acá tenés una caja de clavos y un martillo, cada vez que hagas un berrinche vas a clavar uno en la puerta”. Así fue que el nene los fue clavando uno por uno luego cada bronca diaria. Ya más crecido, el pibe le dijo a su padre que llevaba tiempo sin encabronarse. Entonces a partir de hoy, cada día completo que pases tranquilo, vas a desclavar uno. Al cabo de un par de años, el ya no tan pi-

be, había retirado hasta el último. El progenitor lo llevo hasta la puerta, le exigió cerrar los ojos, y le guió la mano haciéndole palpar las asperezas por toda la superficie donde habían estado los clavos, al tiempo que le preguntó:

- ¿Sentís?

-Sí...sí, claro- le respondió el hijo aun con los ojos cerrados

- Ahora abrílos. ¿Ves los agujeritos en la puerta?... Estos agujeritos donde estuvieron los clavos, no se borran, estas marcas no se borran nunca más...

Luego del shock recibido en lo del médico, cuando llegó el pedido de la farmacia a las diez de la noche, en la casa de la calle Cipolletti 333, exactamente en la delgada línea que marca el límite entre la sexta sección de Capital y el Departamento de Las Heras -la franja de Gaza mendocina-, fue Ítalo, el mismo dueño de casa quien lo recibió.

Mendoza

Enclavada al pie de la cordillera de Los Andes, le llaman “la tierra del sol y del buen vino”, pero el pueblo mal creció, hoy debiera agregársele “del delito”. Si bien los lugares y sus problemas se parecen mucho más entre sí de lo que se sospecha, uno da crédito a lo que vive donde le toco habitar, demandará un largo rato darse cuenta que aunque cada casa es un mundo las historias se parecen.

Aquí en Mendoza, cerca del culito del mundo, la inseguridad no es casual. Política ambigua, violenta, consiguió que nuestros comunes y queridos barrios de todos, hoy no sean de nadie. El entramado se perdió. Los más ricos se encerraron.

Aun así, Italito se resiste a dejar su barrio de siempre, pese a que ya cuatro veces los maleantes han ingresado en la mansión violando cada una de las barreras contra la inseguridad. La falta de mayores recaudos, tiene que ver en su caso, con negarse a asumir el estrato social al que por sangre pertenece. La última vez se lo llevaron secuestrado. Gracias al llamado de un político influyente, compañero de escuela y amigo personal, la maldita policía lo encontró vivo. A pesar de haber estado encañonado con una 9 mm martillada por el más sacado de los cuatro delincuentes, lo soltaron, apareció golpeado y desnudo junto a su desmantelada Toyota. Desde los primeros episodios de inseguridad padecidos, todos los allegados le im-

ploraban infructuosamente dejar su barrio de toda la vida para mudarse con su familia a uno privado. Pero Ítalo se emperra en seguir siendo un hombre común, antes de enjaularse en uno de esos majestuosos guetos que juntan a la gente sólo por lo que tiene, donde el eslogan que vende es siempre el mismo: “Aquí adentro no hay peligro”

-Aquí tiene el pack de insulina- le dijo el viejo cadete de farmacia, en sus últimos días de función, mientras se lo pasaba a través de la reja sin bajarse de la pesada bicicleta.

El viejo y pintoresco Charles es un personaje desde la punta de los pies hasta el último pelo de la cabeza: siempre zapatillas blanquísimas de las de antes, jean celeste clarito con la raya marcada como de tintorería sujetado con cinturón de cuero crudo de talabartería, camiseta sin manga de color rojo intenso, pañuelo verde cata al cuello erguido, una cruz enorme de metal barato pero impecable, cabeza coronada por pelo tupido color ceniza que sólo deja verse cuando se saca el casco flúor a tono con el pañuelo. Su metro noventa de estatura, su cuerpo macizo, musculoso, su rostro moreno, hacen de este hombre un calco a Charles Bronson. Lo que termina por igualarlos es un grueso y teñido bigote negro azabache que enmarca lo más importante, una flamante sonrisa que otorga dulzura a semejante armatoste. Tanto es así, que la farmacéutica de la cadena de farmacias Cuaranda - propiedad encubierta del versátil intendente departa-

mental- en la que Charles trabaja desde siempre, cada mañana le dice *-Don Segovia...su sonrisa es un santo remedio-*. Lo que más resalta en él, son los dos broches de madera que lleva sujetando ambas botamangas del pantalón. No se los saca nunca. La grasa y el aceite de la siempre lubricada cadena de la bici son letales para la coquetería de este humilde setentón que casi nunca se baja del bípedo. A tanto llega su pintoresca pulcritud que, macho como es, hasta depila sus axilas meticulosamente cada domingo, evitando así que algún cliente, al recibir el pedido, pudiera sentirle olor a sobaco de tanto pedaleo.

Sin bajarse de la bici, le preguntó a Ítalo:

-¿Quién es el diabético de esta mansión?

- ¿Sos cadete de farmacia o sos cana? -gritó Ítalo, mientras le tironeaba el pack-.

- Parece que el azúcar lo pone nervioso. Está claro que el diabético es usted.

-Sí, soy yo, ¿y qué?

-Se nota que la enfermedad no discrimina socialmente, le pega al que sea ¿vivo?

--Ahhh.... ¿Sos filósofo?

-¡No señor, soy cadete de farmacia! Y a mucha honra. Deme, fírmeme la boleta. Si acepta un consejo: chape la bici y pedalee. -Le gritó el viejo Charles al tiempo que, recha-

zando la generosa propina de Ítalo, sacudía la cabeza en negación y salía como una flecha montado en su máquina. Con el tronco girado hacia atrás, el brazo izquierdo estirado con el puño cerrado apuntando al cielo, exhibiendo su flamante sonrisa en despedida, consiguió sacar a Ítalo de su bajón. Él también sonrió, levantó la mano en afectuoso saludo, le gritó apodándolo así por primera vez y para siempre: -*“Charles” ¡nos vemos pronto!*

La familia

Al padre de Ítalo no le resultó difícil ser un cuyano conservador, ya el bisabuelo y el abuelo fueron prototipos del empresario echado para atrás y amendocinado en los modos. La descendencia de los Monttalvánni fue de puros varones, en congruencia con lo que los patriarcas afirmaban: “La diferencia entre una mujer estéril y una que engendra mujeres es inexistente”. En ese contexto de raigambre menduca, gansa y machista, todos “los muchachos” debían casarse con mujeres de buena familia. El abuelo, sin pelos en la lengua, delante de las esposas presentes, lo repetía sistemáticamente en la sobremesa del multitudinario asado familiar de cada domingo:

-Muchachos, hay dos clases de mujeres, las vírgenes y las putas, las primeras, son para casarse, las segundas, para divertirse.

Italito, supo desde pequeño, contrariar las estructuras del mandato familiar, por ejemplo, se casó con una puta. A pesar de la dura caparazón que lo recubre, es blandito de corazón. En la primera cita con Alicia, bastó un orgasmo recargado y un susurrado te amo al oído, para conquistarlo.

La suerte de algunas. Miles de chicas patinan infructuosamente toda la vida atrás de algún huevón que sepa tachar un turbio pasado, y en borrón y cuenta nueva, ofrecerles un hogar. Alicia Mendoza, hija de una lavandera a

tiempo completo y un milico que no fue padre ni por un día, había trepado desde las miserables esquinas de la lúgubre cuarta sección, haciendo cumbre en el refinado cabaret “BARRACUDA” frente al casino provincial, y solo dos semanas le bastaron para conseguirlo.

Hay que destacar, que quien tuvo al menos diez nombres de fantasía durante el ejercicio de la profesión más antigua del mundo, que en la boda junto al novio, fuera saludada por una veintena de invitados que habían requerido sus servicios, desde el preciso instante en que pasó a ser Alicia de Montalváni, fue mujer de su casa, celosa de su hogar, fiel a su marido, amando y respetándolo cada día.

Se lo manifiesta con su mirada incondicional, en retribución a quien jamás, bajo ninguna circunstancia, le recriminó nada, eludiendo hidalgamente el remanido refrán: “tu pasado te condena”. Incluso, sabiendo Ítalo, que la primera de las cinco hijas que tuvieron juntos, no era suya. Magdalena nació a los cinco meses que Ítalo iniciara el pacto carnal con Alicia. Por más prematura que hubiese nacido la primogénita, no había manera que el fuese su padre biológico.

Italito fue siempre un verdadero transgresor, destronando dogmas y enfrentando a quien quiera que sea de “la familia”. Al único que no se animaba a enfrentar, hasta ahora, era a él mismo.

A pedalear

-Por favor Magdi, llamá a farmacias Cuaranda, pedí hablar con el cadete que me trajo la medicación anoche. Decile que el ingeniero Montalvani necesita hablar con él.

-Hola... ¿Charles?

-No. Habla Hilario Segovia.

-Aquí habla Ítalo Montalvani...no me digas que soy el primero que te ve igual a Charles Bronson.

-Claro que no, ingeniero.

-Ya me parecía, si sos un calco. Charles, no me digas ingeniero, por favor.

-Y usted, ingeniero, no me diga Charles, por favor.

-Hagamos un trato, llamame ingeniero si quieres, pero para mí, vos sos Charles. Lo que sí tutéame.

-Bueno listo...a que se debe el llamado che ingeniero, métale que tengo que llevar un pedido a domicilio urgente.

-Nada... me dejaste pensando anoche, ¿vos sos ciclista no?

-Por supuesto.

-¿Cómo hago para empezar a pedalear Charles?

-Te espero mañana a las 14 en la plaza San Miguel, comé livianito ingeniero. ¿Tenés bici de carrera?

-No, pero esta tarde me compro una, ¿en qué bicicleteria y qué marca?

-Paráaaa , ustedes los ricos son todos iguales, se encaprichan con las cosas por una semana, así van comprando: guitarras, pianos, raquetas, bicicletas....

-¿Que estás diciendo Charles?

-Termina todo atrincherado en un ropero, ni siquiera se lo regalan a alguien para que lo use. Venite con ropa de gimnasia y zapatillas, yo te presto la bici, después, si es que vas a seguir, te comprás una, che.

-Tenés razón, nos vemos mañana.

-A las 14 en la plaza San Miguel ingeniero!! Traete el pack de insulina y unos caramelitos que te voy a sacar la chicha pedaleando.

-No Charles, comencemos de a poquito.

Después que Ítalo colgó el teléfono las palabras de Charles le quedaron maquinando. Uno de sus rasgos distintivos, respecto del clan empresario-familiar, es que él sabe escuchar. Ítalo -cuando digo Ítalo, estoy hablando de Ítalo junior junior junior, o sea Italito- siempre que halla la oportunidad de un encuentro con sus 5 hijas, antes que nada las escucha. Espera hasta el final para opinar. Aseve-

ra que, más que “El que ríe último, ríe mejor”, “El que opina último, opina mejor”. Sus opiniones son breves, e insiste a sus herederas: *-Por algo los seres humanos tenemos dos oídos y una boca, es para que, como mínimo, escuchemos el doble de lo que hablamos-* Y ríe, aclarando que saber escuchar, es escuchar a todos... porque uno nunca sabe en quién va encontrar la palabra que le anda haciendo falta.

Ítalo ejerce lo que dice. En lo poco que dijo, en cómo se lo dijo, ese viejo cadete de farmacia lo había cautivado.

Faltando media hora para las 14, ansioso, Ítalo viste la ropa de gimnasia: un calzoncillo apretado para fijar los genitales, arriba un short elastizado negro, luego rodilleras sujetando ambos meniscos rotos, del cajón de las camisetas se probó tres antes de dar con la que reflejada en el imponente espejo del blanquísimo vestidor, mejor entallaba. No quería, en minutos más, lucir menos ante el robusto Charles. Del cajón de la modernísima mesita de luz, sacó uno de los cientos de pares de medias que había. Sentado lateralmente junto a la almohada de su cama, se dobló en dirección a los pies y se las colocó. Sin enderezarse, con la cabeza gacha saturando de sangre, abrió la puerta debajo de la mesita de luz y sacó las flamantes nike a estrenar del último viaje a Miami. A toda velocidad se las calzó, concluyendo así el preciso ritual. Previamente, tuvo una comida frugal a la una en punto, como siem-

pre. Esta vez muy nervioso, las últimas palabras de Charles lo imaginaron pedaleando extenuado. Fuera de los ejercicios físicos en el gimnasio de su hogar, era poco lo que caminaba, desde la escuela primaria que no se subía a una bici.

En esa misma media hora previa al pedaleo, en que Ítalo se vestía ansioso, Charles reposaba. Descabezaba cuyamente su siesta sagrada de cada día, pero nada de plácidamente, soñaba. Soñaba su segundo sueño.

El segundo sueño de Charles

Me contracturo, como un solo músculo totalmente acalambrado, pero no puedo parar, como si una corriente me estuviese electrocutando. Lo que siento enjaulado entre las costillas ya no es un corazón, es un redoblante lo que zapatea en el pecho, va a saltar por la boca dejándome vacío. Aun así, sabiendo que voy a reventar como un sapo, no puedo parar, ni de moverme, ni de gritarle como un animal: Dale yegua... movete... no pares... dale....por favor... no pares...

En el sueño me desconozco, es que despierto soy muy vergonzoso. “Cuando te enconchas con una mina te volvés loco”, repetía siempre mi padrino Aurelio luego que su vida familiar se desbarrancara por sexo desenfrenado, así es con ella. Con la última pizca de energía que me resta antes de soltarle todo, intento retirarle el antifaz que tiene puesto, mas no lo consigo. Sin poder frenarme un segundo mas, como lo vengo forzando, le suelto mi ser en las entrañas. Cuando abro los ojos, ahora en ese maldito territorio donde el sueño y el no sueño se mezclan, veo su vientre hincharse de golpe y estallar. Brota una criatura, no, no es una criatura. Ha parido una muchacha de unos veinte años, resplandeciente...sensual... Me impresiona su rostro, se parece mucho con el mío, de sus ojos rasgados saltan las pupilas, las clava en las mías, ya sobre el final,

cómo cada vez que sueño este sueño, me grita reventándose los tímpanos:

-Papá!!!! Hijo de puta!!!! Me abandonaste.

-Empapado de sudor, me encuentro sentado al borde la cama. Ahora ya despierto, desconsoladamente despierto. Es que yo, no tengo hijos.

Charles agitado mira el reloj. Como un gato salta de la cama al ropero. El antiguo pero impecable armario confirma que no por ser pobre se es desordenado. Adentro del mismo se encuentran prolijos cada uno de los accesorios que todo ciclista profesional requiere para la actividad: zapatillas y conjuntos reglamentarios, viejos y gastados, pero impecablemente doblados y lavados, certificando, que no por ser pobre se es mugriento. En una de las repisas del armatoste color sepia hay cubiertas, cámaras, inflador, parche y solución; en la otra repisa hay herramientas y tres frascos medianos de mayonesa lavadísimos, uno con tornillos, otro con tuercas, y el tercero con bolillas de rulemán. Dos cadenas de transmisión cuelgan de un clavo en la puerta. En otro, penden cables y cubre cables de freno y cambio. En los cinco cajones, un conjunto completo en cada uno: medias, pantalón y camiseta con bolsillo elastizado en la parte de atrás donde cada ciclista lleva lo que quiere, unos llevan caramelos o barritas de cereal para que no falte azúcar en las trepadas forzadas, otros el celular o la billetera, otros, una cámara

de repuesto, algunos, como en el caso de Charles, una pistola cargada por si la ruta sorprende con la inseguridad de nuestros días. El no estaría dispuesto a entregar su bicicleta. Ante la amenaza delictiva, el viejo Charles no titubearía.

- *¿La bici o la vida?*

- *Llevate mi vida cabrón, mi bici no.*

Luego de vestirse rápido, se frotó enérgicamente “ATOMO DESINFLAMANTE” mixturado con unguento de árnica, su infalible rutina sacra preventiva de calambres, masajéó pantorrillas y muslos. Volvió a dejar el pote en la puertita del espejo del baño. Sacó el inflador que nunca olvida. Por último las dos caramañolas térmicas con agua de la heladera, les desenroscó la tapa, le colocó a cada unas diez partículas de sal gruesa para que nunca, a este viejo zorro, la transpiración lo deje sin electrolitos en sangre cuando el calor o el viento zonda agobian y un síncope o algo por el estilo osara arruinarle el mayor de sus placeres.

A las 14hs clavadas, por una de las amarillas rampas lasherinas para discapacitados, ingresó a la plaza San Miguel. El monta su psicodélica bici lila flúor, con la mano derecha arrastra perfectamente otra bici de color verde, también flúor. Definitivamente, Charles, es un viejo cirquero y pedaleando está en su salsa.

Sentado en el banco central de la plaza, debajo de la morera más grande de toda la arboleda, Ítalo Montalvani lo espera con la mirada perdida. Se despega unos cuantos centímetros del banco, asustado ante el bestial grito del viejo Charles.

-Vamos, párate ingeniero, la ruta a Villavicencio nos espera!!!

Pedaleando La muerte

Si fuese una mente ingenieril “de pura cepa” -para decirlo mendocinamente- Ítalo hubiese escuchado atentamente la básica explicación, que con su escueto vocabulario, Charles le daba al respecto de cómo ir colocando los cambios de la bici según el momento ciclístico. Sobre todo, porque lo precisaba, el viejo lo traía al límite de pulsaciones cardíacas, optimizar la técnica atendiendo la explicación se hacía necesario. Pero no.

Genuinamente, de ingeniero, lo único que tiene es el título. Dentro de la coraza que sostiene al líder de la empresa familiar, anida un alma secreta muy distinta a la de un calculador y estructurado ingeniero en electromecánica. Si bien, extenuado y jadeante necesita escuchar esas instrucciones, la desolada ruta a Villavicencio encuentra su sensible alma en otro rumbo. Ya no hay vuelta atrás. A pocos kilómetros pedaleados, ha oído y visto demasiados perros y gatos estampados contra el pavimento tras la rueda caprichosa de algún destartado camión. Suficiente como para que sordo, ajeno al resto de lo que lo rodea, todo su ser hipotecado en aquellas imágenes lo haga viajar a la muerte.

Todo lo lleva a vivir intensamente. Vitalidad que le llaman. Como si una maraña de neuronas ultrasensibles careciesen de la piel que las protege. Una hipersensibilidad agravada por el hermetismo con el que guarda sus sen-

timientos. Fuerte hombre de negocios, en apariencia, es secretamente vulnerable a todo.

Este paisaje tan particular de animales ruterros muertos, lo remonto a que hasta ahora, el único contacto familiar con la muerte que habían tenido sus hijas, fue con la mascota hogareña. Recordó cómo en aquel momento, ante el inmenso dolor de las cinco, no debía perder la oportunidad de familiarizarlas con lo que más tarde -o temprano- les tocaría vivir con los semejantes. Programó minuciosamente cada paso del ritual con el que sería enterrado el “Boby”.

La casa de la calle Ingeniero Cipolletti 333 de Las Heras es inmensa. No por los metros cubiertos, que son escasos 250 -digo escasos porque para una familia mendocina acaudala como la de Ítalo esto es poquísimo- sino por el tamaño de los dos mil metros no cubiertos. Detrás de la casa ubicada al frente, luce el inmenso jardín atrás: pasto con claveles mendocinos rojos y blancos alrededor, un inmenso nogal al medio, un álamo adelante, un longevo olivo al final. Lejos de la artificialidad ornamentada de los jardines de los “nuevos ricos”, que da miedo no sólo pisarlos sino incluso mirarlos pensando que hasta la mirada los puede dañar, el de los Montalvani invita a ser aprovechado al máximo, especialmente por la churasquera que al fondo, suelta humo por lo menos en un asado semanal.

-Aquí vamos a enterrar al Bobby- dijo Ítalo haciendo una marca con la pala pegada al olivo.

El Bobby se encontraba prolijamente envuelto por las hijas en bolsitas plásticas de los grandes supermercados Átomo. Los habitantes de Las Heras envuelven todo con bolsitas de la empresa de la familia Quillán. Esto es una pintoresca característica departamental de larga data, incluso la basura que los vecinos sacan de noche va en las bolsitas de la expandida firma. Se trate de lo que se trate, provenga o no de esta gigante empresa supermercadista provincial, que hace frente a los grandes trusts extranjeros en todos los productos de la canasta básica familiar, aunque a costa de negrear a sus empleados, según se comenta, sin gastar un centavo en publicidad aduciendo que su único objetivo son los precios más bajos, paradójicamente, han conseguido que el eslogan de “Átomo Conviene”, impreso en cada bolsita, que todo envuelve por doquier -hasta como envoltorio de la mascota muerta de esta adinerada familia- haya difundido la marca por el pago como un reguero de pólvora.

Sin ser un padre baja línea, no pierde la oportunidad de transmitirles lo que considera les será útil. Ante la mirada quieta de las cinco jovencitas que lloraban al unísono, el mismo Ítalo comenzó a cavar echando la tierra a un costado del olivo, en cuanto dejaba brotar el breve sermón programado.

-Queridas hijas, para las mal llamadas bestias no existe el futuro. Como decía un famoso poeta italiano del mismo pueblo donde nació el tatarabuelo que tanto amaba los animales: “La muerte para ellos es sólo otro hecho natural, como el viento, como la lluvia”. Es precisamente de ellos, que no tienen conciencia que han de morir, que nosotros los humanos tomamos conciencia que un día hemos de morir.

Extenuado corrió el sudor de la frente con la palma de la mano, ni bien echó la última palada de tierra que terminó de tapar el cadáver, aterrizó un colibrí. Por el fanatismo con que el tatarabuelo criaba obsesivamente estas avecillas, transmitiendo esa pasión a la descendencia, ese simple picaflor sobre la tumba de la mascota recién cubierta de muerte, vino como anillo al dedo a un Ítalo que, ya sin palabras, logró decir a través de su frenético vuelo que, en el preciso momento en que una vida se termina, los que aquí continuamos vivos debemos seguir aleteando hasta el final.

-¡Che, ingeniero, te volaste! No me atendés, ¿en qué pensás?

-En que los animales no tienen consciencia que un día se van a morir.

- ¿Me estás hueveando ingeniero? ¿Acaso nunca viste cómo mira un choco a su dueño un ratito antes de morir?

-Sí...los he visto.

-¿Has visto cómo se te despiden con la mirada?

-Sí, los he visto.

-¿Entonces cómo decís que no tienen conciencia? Ellos se lo pasan moviendo la cola de contentos, porque mil veces más conscientes que los huevones de los humanos, saben que esto un día se va acabar. Por eso, cada vez que estés haciendo algo sin ganas, acordate del perro y sacudite ché, porque esto un día se va acabar..... Me haces calentar ingeniero, dale...peguemos la vuelta que te veo fundido. Otra cosa, cuando te doy estas pequeñas instrucciones de ciclismo, no te vuelas, escucháme concentrado, es lo primero que tenés que aprender.

Italito sólo escuchó una parte de la reiterada instrucción del viejo Charles, tal vez lo suficiente: que el freno trasero es el de la mano derecha y siempre es el primero que hay que apretar, porque si apretas primero el de adelante pasas de largo, que la bici tiene tres platos y 7 piñones, que en manillar izquierdo esta la palanquita de cambios de los platos, en la derecha la de los piñones, si hacés para adelante alivianas, si la palanquita va para atrás se pone más pesado, que en general se usa el plato del medio, en las bajadas podés usar el grande, en las grandes trepadas el chico, los piñones son lo que más se cambia y con el uso se aprende, pero lo más importante son las gambas del ciclista, porque sin ellas, por más cambios que pongas,

no llegás a ningún lado. Lo último que Ítalo escucho del viejo Charles es que, de vez en cuando hay que pararse en los pedales para no reventar la próstata contra el asiento de la bici, y que cuando la punta del asiento te empieza a gustar es porque seguro te estás haciendo maricón, pero en ese momento, cuando la risa del viejo estalló festejándose su propio chascarrillo en medio de la seria explicación -algo habitual en la fresca ironía del viejo Charles- Ítalo ya no lo escuchó más, su cabeza se voló otra vez.

Pedaleando La Argentina

Luego de cruzar la calera ex Minnetti, poco antes de entrar de nuevo al poblado lasherino, la ranchería sin puertas, con ventanas de nailon -incluidas bolsitas de supermercados Átomo- con pesadas piedras sobre los techos de liviana chapa, para que no se los ocurra desentecharse cuando a las ráfagas del zonda se le antoje bajar, nuevamente hizo viajar los pensamientos de Ítalo. Esta vez, las imágenes de la miseria, lo remontaron a los antiguos asados con su barra de amigos en el Club Huracán Las Heras, cuando los eufóricos discursos se encendían en defensa de los pobres: *-“Con la democracia se come, con la democracia se educa, con la democracia se cura”* - gritaba el gordo Uberti, parodiando a un Alfonsín emocionado en su discurso. *-Papáaa!!!! “Con” democracia sola no alcanza-*. Gritaba colorado, en el religioso asado de cada jueves, donde un grupo heterogéneo de ricos, pobres, estructurados, bohemios, zurdos y capitalistas, todos amigos como era antes, donde el afecto une más allá de las diferencias -No como ahora que lo que junta a la gente son los estándares económicos, los pobres en sus villas, los nuevos ricos en sus guetos y la alicaída clase media donde puede- Allí estaban todos. Cada vez que alguno de los dos radicales de la barra invocaba al finado ex presidente, el gordo se volvía loco; *-“Con” democracia sola, como decía el inocente Alfonsín, no se come, ni se crece, ni se educa.*

-¡Che ingeniero que estas balbuceando, volvé, volvé acá que es peligroso! Ya te lo dije, pará de distraerte

-Disculpame Charles, otra vez me volé, no sabés lo que eran las peroratas del gordo Uberti, pobre... espicho en un asado, regalándonos el último de sus apasionados monólogos-

Ítalo volvió a perderse en el discurso, con el que el gordo había enviciado a la barra en la puta necesidad de escucharlo en cada asado: - *¿Mirá si con la democracia sola vas a morfarte un asado como éste?* -exhibía el tenedor con 100 gramos de entraña y luego al metérselo de un sólo bocado, mientras masticaba con la boca abierta gritaba - *Esto se logra con gestión papáaa, no con discursos rimbombantes.*- Después de tragar forzado, meterse un vaso de soda entero para terminar de empujar semerendo bocado, sin pausa y soplando un gas frustrado, se frotaba bruscamente una servilleta de papel rematando siempre con su preámbulo Argentino

-Aquí, el poder en patológica tiranía, infecta cada habitante que intenta cumplir su rol ciudadano con ética y compromiso, dicen algunos; todos los gobiernos que tenemos aquí, siguen perpetuados en el poder hasta borrar con el codo todo lo que escribieron con la mano, dicen otros; en este país de mierda -como le gusta decir a muchos- que no es ningún país mierda, sino con gente de mierda, lo que nos hizo y nos hace mierda, fue y es, todo

lo que dan a la gente a cambio de nada, porque aquí a la gente no le gusta laburar, dicen otros; porque lo que hace falta es que vuelvan los milicos, para que cuando alguien cometa un delito lo maten en la plaza delante de todos, ¿o vos tuviste algún problema en el gobierno de los militares?, dicen otros. Aquí vos le das fútbol a la gente y se acabo el problema dicen otros, porque si bien países futboleros hay muchos, no todo se termina futbolizando como aquí, donde o sos de River o sos de Boca, como si no hubiese otra opción... o estás con el gobierno de turno, o sos un golpista dicen otros; que aquí lo único que hace falta para salir adelante es primero educación, segundo educación y tercero educación dicen otros; aquí lo que hace falta es que los políticos aprendan a copiar lo que funciona en otras partes del mundo, estos inútiles no saben ni copiar dicen otros; que nosotros nos tenemos que dejar de fabricar huevaditas, que para eso están los chinos, nosotros somos el granero del mundo y el mundo tiene hambre, dicen otros; que si a los ingleses, en vez de aceite caliente le hubiésemos tirado empanadas ahora sería otra cosa, dicen otros; este país no tiene arreglo, no son los políticos, somos todos unos corruptos mal paridos, hijos de inmigrantes de cuarta que siguieron anclados a sus países de origen y nunca le dieron identidad a este puto país, dicen otros. Un humorista argentino nos recuerda que aquí su carrera es fácil, es siempre el mismo y patético monólogo, sólo hay que cambiar el nombre del políti-

co de turno, es una patología cultural endémica que se repite...se repite...se repite. Pero a ustedes radicales, -el Miguelito calderón y el flaco San Pedro ya estaban hundidos en la silla con el asado atascado en la tráquea- yo les digo ¿saben con qué se come, se educa, y se cura...? Con gestión política, ustedes de eso no tienen ni la menor idea. A este país saben lo que le hace falta...? Que Perón vuelva, que el Pocho resucite; ¿cómo por qué? Porque a mi vieja, que de chiquita era lavandera, igual que su mamá y su abuela, que no tenía ni para comer, le regalaron un televisor y una heladera; a mi viejo, que laburaba todo el día como un culeado, le dieron jornada de descanso y vacaciones; yo que era el hijo de ellos dos, por la bendita movilidad social me recibí de abogado. ¿Gracias a quién? Sí, era medio facho ¿y qué?, Perón vuelve, siempre vuelve, ¿saben por qué? Porque este es un país peronista, y pobre de nosotros cuando el que gobierna no es un peroncho. A vos... y a vos...o sea, a ustedes dos les digo, que en paz descansen Alfonsín -porque la muerte nos limpia todos- pero métanse su discurso en el bolsillo. Porque chorear, choreamos todos los partidos políticos, pero ustedes se van en discursos-. Y ojo, en este país los que gobernamos somos los peronistas. Si de casualidad los radicales ganan el gobierno -porque hemos estado haciendo las cosas demasiado mal- nosotros los peronchos no los dejamos terminar el mandato ni por puta!!

Para el broche final del gritado discurso, se dejaba nuestra querida provincia: Igualmente, *aquí en Mendoza, la cosa es diferente. Una isla aparte. Aquí, seas radical, peronista, socialista, o comunista, terminas si o si, siendo un "ganso". Así les llamamos a los demócratas en este particular lugar, por el modo pacato y almidonado de andar. Aquí, "a la hora de los bifés", a la hora de actuar, hasta el más liberal "ganso" de pura cepa ha de quedar*

-¡Che ingeniero, vuelve, te vas a matar!

-Disculpame, el gordo se murió laburando por los pobres, y su discurso se me hace cada vez más vivo. Muchas gracias Charles, me voy para mi casa.

-No ingeniero, vamos a la plaza, de donde salimos.

- Mi casa es más cerca cortando por aquí.

-No me importa, cuando salgas en la bici conmigo, la vuelta se cierra donde empezó.

- ¿Cuándo nos juntamos de nuevo Charles?

-Mañana a las 20.30.

-¿Mañana, de vuelta?

- Te va a doler el poto como si te lo hubieran cagado a patadas, ingeniero. Pero si querés agarrar forma, hay que salir todos los días

- ¿A la noche?

-Es un ciclodromo muy seguro, pero sólo de noche.

-¿A dónde es Charles?

-Mañana te vas a enterar ingeniero. Todavía no te comprés la bici, te la presto hasta que te hagás ciclista...vas bien. Tenés que dejar de carburar huevadas mientras pedaleamos y escucharme atento hasta que aprendás todos los truquitos básicos del pedal.

Pedaleando la Casa de Gobierno

No es que Ítalo no haya tenido este rasgo en su personalidad desde siempre. Pero desde que sus padres se mataron trágicamente -cuando él era un jovencito- en el sonado accidente automovilístico por la implacable ruta 7 volviendo de Buenos Aires, el asunto se le acrecentó. Se enroscaba en sus pensamientos más que lo habitual, que ya era mucho. Ni hablar cuando algo lo dejaba con la curiosidad encendida.

No logró conciliar el sueño pensando el lugar al que Charles lo sacaría a pedalear al final del día. Esa noche de insomnio -una más de tantas- se recordó nítidamente montado en su primer bicicleta de la infancia. Festejaban su cumpleaños número seis, cuando en el medio del gentío, Italito buscaba, inquieto, la mirada de su padre ausente. Antes de soplar las velitas, ni bien arranco el feliz cumpleaños, Ítalo padre entró, alzando en sus brazos una bicicleta Fiorenza rojo fucsia: volante palomita, asiento banana con respaldo de cuero, cromados fulgurantes, lo máximo a que un niño podía aspirar en la época. Ni bien cortaron la torta, sin importar las visitas, fue su padre, en esa ansiedad que compartían, quien lo llevó al otro lado de la calle cruzando el zanjón, a probarla de inmediato. En menos de lo que canta un gallo las rueditas traseras, ayuda equilibrio, flotaban sobre la flamante vereda que, como su Fiorenza, estaba a estrenar.

Durante toda esa noche de sueño entrecortado, su memoria vio pasar un sinfín de vueltas el ondulado embaldosado rojo grisáceo montando su primera bici de la niñez. A las 20.30 hs ya pedaleaba con el viejo:

-¿Esto es el ciclódromo Charles?

-Sí, todo para nosotros solos, no hay que levantar la perdiz.

-Esta es la Casa de Gobierno Charles, ¿pediste permiso?

-¿En este país, pedir permiso? En este país, llegado el caso, “es mejor pedir perdón que permiso”.

-¿Dar vueltas aquí de noche?

-¿No te dije que era seguro de noche, ingeniero? De día la Casa de Gobierno es un peligro, de día aquí están los chorros más grandes de la provincia... Nuevamente volvían a reír en las ironías del viejo Charles

Italito nunca le contó que fue justamente en ese verdín a estrenar, del hermoso Parque Cívico, frente a la casa de su amigo de la infancia -uno de esos lugares del paisaje mendocino que a pesar del tiempo y sus cambios se mantienen intactos-, donde por primera vez, *varias décadas atrás*, supo lo que era montar en dos ruedas. No le contó tampoco, vaya uno a saber por qué coincidencias que tiene esta vida, que la noche anterior había recordado exactamente ese familiarísimo lugar.

Como de costumbre, sus pensamientos sin compartir crecían como una bola de fuego incendiándolo por dentro. Sin embargo, esa noche, mientras daban la última vuelta por la nocturna Casa de Gobierno, le hizo una confesión. Una confesión que, a una personalidad como la de Italito, requeriría años de entrañable amistad hacerla, y aun así, habría que ver si se atrevería. Bastaron dos encuentros para que sin rodeos se lo confesara a este viejo cadete de farmacia.

- Charles, yo no soy feliz.

-No te preocupés, ingeniero, le pasa a la mayoría de la gente.

- Charles...Es que yo no sé...

- Justamente, no sabés. El desafío de todos, es descubrir lo que se quiere, después, hacerlo es una pavada. La gente siempre dice "vos tenés que hacer lo que vos quieras". Como si fuera tan fácil saber lo que uno quiere.

Otra vez el viejo Charles le marcaba el camino.

Mirando los cartelitos

Esa noche, cuando Ítalo volvía pedaleando a su casa, los autos saturaban las calles. Como en otras ciudades del mundo, donde el depravado capitalismo no prioriza el bienestar de la gente, el tráfico es un caos. La política estimula, si fuera posible, a más de un auto por habitante, sumado a que aquí se maneja mal, más que polución sonoro-ambiental, el riesgo para peatones y ciclistas urbanos es enorme.

Justamente por el tránsito, Ítalo decidió circular las últimas cuadras por la vereda. Con su metro ochenta y cinco, parado sobre los pedales de la bici, alcanzaba justo la altura de los señaladores metálicos color azul y blanco, que cuando no están despintados, o volteados, permiten reconocer el nombre de la calle por la que se circula.

Se percató que la mayoría de las calles tienen nombre de personas ya muertas, que seguramente cuando estaban vivas hicieron algo importante, entonces qué mejor que ponerle el nombre a una calle con su nombre, para cuando uno anda buscando una dirección mirando el cartelito recuerde a esa destacada persona. Pero se dio cuenta que cuando vemos el nombre en el cartelito, nunca recordamos nada de esa persona, ni quién fue, ni dónde nació, ni por qué se desvivió en su vida para hacérsela mejor a otros, ya sea descubriendo una vacuna, librando una batalla, gobernando revolucionariamente, o creando un de-

sarrollo urbanístico del que hoy gozamos. Que no tenía ningún sentido homenajear póstumamente a alguien poniéndole su nombre a una calle, porque uno simplemente busca la calle con ese nombre sin recordar un carajo nada de la vida de esa persona. Entonces, como decía su abuelo, pensó que mucho mejor que ponerle el nombre de una calle a alguien, para que nunca nadie lo recuerde después de muerto, es hacerle a la gente homenajes en vida, para disfrutar del afecto cuando se puede sentirlo, no cuando la tumba fría no deja llegar nada. Ni siquiera, el día en que se descubre el cartelito tapado, cortando una cinta, mientras el intendente lo recuerda por única vez, con un discurso pesado que los vecinos ni escuchan, bostezando y aplaudiendo de compromiso porque están allí solamente por las empanaditas y el vinito que se sirve al final del discurso, en homenaje, a quien ya tampoco podrá disfrutar de nada. Por eso Ítalo, fanático del legendario compositor Lito Nebia, se acordó cuando éste, al enterarse que querían poner su nombre a una calle le dijo a un político, rockeramente y sin vueltas: *-Si están decididos, háganlo ahora que puedo recorrerla, si piensan esperar a que me muera para ponerle mi nombre a la calle, piérdanse la intensidad en ese lugar donde la espalda cambia de nombre!-*

El último tramo que recorrió por la vereda fue por avenida Perú, allí también pensó que además de personas, las calles tienen nombre de países, Estados, provincias, inclu-

so de continentes, y en el momento en que uno ve esa señaletica, tampoco rememora ese lugar. Por fin topó con el Zanjón de los Ciruelos, allí, como buen discípulo, como muchos ciclistas profesionales lo hacen para recorrer los últimos metros, se bajó de la bici caminando al costado de ella, hasta su casa, para estirar los músculos. El Zanjón de los Ciruelos -un pintoresco retrato, con unos jardincitos al costado mal regado, algún banco de plaza para el encuentro de jóvenes y la postal urbana de un porro a cualquier hora del día- representa la delgada división que separa Ciudad Capital del inmenso Las Heras. El departamento que la familia de Ítalo habita transgeneracionalmente, desde que el bisabuelo llegó a estos pagos. Jocosamente, aquí se dice que todo es Las Heras, porque a pesar de la enorme cantidad de departamentos que componen la provincia, en todos lados hay un cartel que dice “Usted está en Las Heras”. Usted visita el parque y hay un cartel que dice Las Heras, usted está en chacras de Coria un cartel dice departamento de Las Heras, se traslada a Villavicencio un cartel dice Las Heras, pasa por penitentes y un cartel dice las Heras... ¿Todo aquí es Las Heras? No.

En el mundo sucede lo mismo, la mayoría de la gente que visita Londres se cree que todo es Piccadilly Circus, muchos de quienes visitan New York creen que New York y Manhattan es lo mismo, cual si Mendoza y Las Heras también lo fuesen -aunque prácticamente es así-.

Cuando se topó con el Zanjón de los Ciruelos, Ítalo, que había recorrido gran parte del mundo, se acordó del río Sena, salvando las distancias, así como allí nunca prestó atención a las dos calles que bordeaban de un lado y del otro al famosísimo río parisino, tampoco aquí lo había hecho. Se detuvo, levantó la cabeza y miró atentamente la señáletica. La calle del ala norte, lleva el nombre de Bernardo Houssay: de ascendencia francesa, este farmacéutico argentino fue el primer presidente del Conicet, gran docente e investigador, Nobel de medicina en 1947 por su importante aporte a la patología de la diabetes, descubrió la importancia del lóbulo anterior de la hipófisis en la distribución de la glucosa al organismo. A pesar de ser universitario de discreta cultura general, Ítalo no tenía idea. Sintió pudor, se prometió googlear el nombre B.Houssay ni bien entrara en su casa descubriendo así quién fue este destacado hombre de ciencia. Peor fue la vergüenza al ver el cartelito con el nombre impreso de la calle del lado lasherino donde habita hace 20 años. Le costó mucho más perdonarse no haber reconocido, hasta ese día, a César Cipolletti, ingeniero en hidráulica italiano, cuya construcción de diques y cauce de ríos para riego, fue decisivo en el destino de este desértico valle cuyano. Paradójicamente, el Zanjón de los Ciruelos, casi siempre seco, no traía agua ni siquiera para homenajear a quien fuera el primer superintendente de irrigación de Mendoza, esta escasez de agua le dio aún más pena.

Antes de entrar a su casa como lo hacía habitualmente, miró para atrás asegurándose preventivamente que no hubiesen sospechosos alrededor. Sospechoso se denomina aquí la “portación de rostro” -por decirlo de un modo policial-, es decir, buscar caras y vestimentas asociables al delito, nuevamente sintió tristeza por ser parte de esta horrorosa estigmatización. No había nadie alrededor. En lugar de sujetos sospechosos se encontró con un nuevo grafiti escrito en la pared del zanjón, justo frente de su casa. Cual niño que llora y en un santiamén, el llanto vira sonrisa, del mismo modo, de la tristeza paso a la alegría. Lo inundó el orgullo de ser un lasherino, de vivir allí. El graffiti escribía así:

“Su eterna sonrisa, contagia hasta el más efímero ángel contrariado” Firma: acción poética de Las Heras.

Ingresando al hogar, Ítalo recordó otra vez la contagiosa risa del viejo Charles, más cuando se sentó frente al plato de sopa de verduras que su hacendosa esposa le tenía listo -atenta a la nueva dieta de un diabético-los noticieros llenos de violencia le ocuparon su mente. Cada sorbo ruidoso de sopa, censurado por sus 5 hijas - que no terminaban nunca de digerir esa costumbre suya- no lograron con la reprimenda traer su mente allí. Como habrá sido, que al día siguiente lo pasó obsesionado con el asunto de la inseguridad. Recién entrada la noche, lograría un impasse mientras la pantalla de cine de cada jueves, jun-

to a Alicia, lo tuviese entretenido con otra cosa por una hora y media.

La inseguridad

Ese jueves mientras tomaba café con el jefe de contadores -el meticuloso contador Jodar, un tipo raro, flaco y alto, de brazos largos, espalda encorvada, ojos saltones y mirada penetrante, que además de obsesivo con los números es un apasionado experto en criminología- entre sorbo y sorbo del posillo, sin pestañar como acostumbra, lo miró fijo, en su cadencia habitual lenta y monacorde le dijo: - *Escuchame bien Ítalo, en esto de la inseguridad, nos falta mucho. El crimen sigue una cronología concatenada en que las distintas etapas se cumplen sí o sí. Aquí, por ahora, el delito está bastante desorganizado, aun nos faltan etapas.*- Subiendo un poco la voz y tomándose cada uno de sus largos dedos de la mano enumeraba – *Primero los escuadrones del delito verdaderamente organizados, segundo los grupos paramilitares, tercero el enfrentamiento entre ellos. Así es como ya sucedió en Brasil, en Venezuela, en Colombia... Nos falta mucha sangre por correr, lamento decirte que aquí, todavía, no vamos ni por la mitad.*-

No sé si habrá sido pura coincidencia, o como dicen, cuando se habla de algo se lo atrae. Cuestión que ese mismo día, saliendo de la empresa, al contador, la delincuencia se le hizo carne. Por resistir el tironeo del maletín, los dos rateros que pasaban en la moto no dudaron en meterle cinco tiros al enigmático Jodar. Milagrosamente salvó el pellejo sin grandes secuelas. Una bala rozó la

aorta, otra, el corazón, la medula, la columna, y la quinta el hígado. El médico terapeuta no lo podía creer. En estas cruzadas, el destino manda

Salvo Italito, el resto en la empresa -donde la plata va delante de todo- no pensaba más que en el problema de no tener al eficiente contador trabajando esos días de interacción. Sólo Ítalo, como su amigo personal, sintió con verdadero pesar lo sucedido. Carlitos Jodar, quien minutos antes de ser baleado terminaba de describirle con precisión la situación actual del delito mendocino, era esto lo último que le decía justificando la delincuencia en los jóvenes marginales, con palabras prestadas del defensor de los pobres, el gran curita Contreras.

-En las barriadas carenciados, los padres andan sin trabajo. Entonces el hijo se pasa el día entero en la calle, pero no solo, sino con otro grupo de muchachos con el mismo problema familiar y ahí, entre droga y trago, se agarra coraje para el raterismo. Luego, ya mejor drogados y bien armados, comienza la etapa de los balazos. Pero que les quede claro, que las drogas y las armas, no entran por abajo, entran por arriba, lo manejan los poderosos. En la delincuencia, los atacantes, al igual que los atacados, son víctimas. Víctimas de un sistema que se empeña en no permitirles salir de allí.

Hay quienes se creen que por reconocer el estado de vulnerabilidad en que estamos se van a salvar. No es así, el

contador De Montalvani SA es un buen ejemplo, nadie como Carlitos Jodar conoce el estado actual del delito por estos pagos; *-Un cóctel de jóvenes con nada por perder, más drogas fulminantes, más portación de armas, igual, desamparo todo el día y en todas partes - repetía cada vez que encontraba la ocasión-*.

El cine

Cuando ya supo que el contador estaba fuera de peligro, Ítalo salió corriendo del hospital para no perder el religioso compromiso de cada viernes con su mujer. Ingresaron al cine, muy sobre la hora - a diferencia de cada viernes donde siempre lo hacen con varios minutos de anticipación-, apenas comenzaron a pasar los primeros títulos, recordó el curso de introducción a la cinematografía, en el primer año de la facultad de ingeniería. Escasos dos minutos, antes que aparezcan las primeras imágenes, le alcanzaron también para pensar que, sólo una cineasta frustrada por no poder filmar sus propias películas se podía dedicar a enseñar cine a estudiantes de ingeniería electromecánica. Pensó peyorativamente en la docencia del arte: el que enseña música, en realidad lo que busca es ser un músico exitoso; el que enseña teatro, ser un actor famoso de cine y televisión; el que enseña pintura, a lo que en verdad aspira, es exponer sus cuadros en importantes galerías . O sea: *lo que no pudieron ser en esta vida, se dedican a enseñarlo.*

Quien dictara el curso por aquellos días, una muchacha muy flaca, insulsa, ojerosa, notablemente frustrada en cada palabra por no poder hacer cine, al finalizar cada clase, se los repetía con desazón: *-la verdadera realización en el arte es para muy pocos, solo para los elegidos-*.

Antes del comienzo de las primeras imágenes del filme, Ítalo se lo repitió para sí, 30 años después: *la verdadera realización en el arte es para muy pocos, solo para los elegidos...*

Cuando comenzaron a sonar los primeros acordes de la banda sonora de Cinema Paradiso, cerró los ojos. Entendió, que a diferencia de lo que ocurría en los albores del cine, un siglo atrás, hoy, más que mirar con los ojos, vemos por los oídos. A medida que la trama avanza, envió la tiranía con la que un director de cine puede llevar al espectador adonde se le ocurre. Un set de filmación, la tecnología y sus hacedores, hacen parecer verdad artificiosas mentiras. Los primeros planos, los planos detalles, la cámara en movimiento acercando o alejándose, nos lleva de las narices: Tornatore jugará con nuestra emoción en cada escena de este clásico del cine. El entramado entre un viejo y un niño donde la fuerza de la vocación que los une, se nos clava en el pecho desde que se enciende la pantalla. También sintió envidia por la pasión insoslayable con que el protagonista es poseído. Desde niño no tendrá la necesidad de elegir, la propia vocación lo condenará a seguir su camino. Los besos memorables del cine, editados con la melodía central de Ennio Morricone sobre el final, emocionan hasta al más duro. A Ítalo lo partió. Sabía gozar de un gran final y los defendía como esenciales en el séptimo arte, de hecho fueron los únicos minutos que consiguió liberarse de sus in-

cesantes reflexiones pudiendo entregarse solo a sentir, apretó la mano de su esposa, volvió a descubrir cuánto la amaba. Sin embargo, luego de los títulos finales que siempre se empeñaba en leer - por muchos que fuesen, o por más rápido que circularan en la pantalla-, su mente arranco de nuevo.

Ya en Capri -la pizzería que los convoca, a la salida del cine, desde que se casaron-, entre bocado y bocado de esa inigualable pizza, ante la mirada amorosa y atenta de su mujer, quien cuidadosamente, con unas cuantas servilletas le seca la grasienta muzzarela de los labios, Ítalo sintetiza minuciosamente el film. Costumbre que le quedara desde que realizó ese curso de introducción a la cinematografía, en primer año de la facultad tecnológica, 30 años atrás, con esa flaca insulsa, ojerosa, notablemente frustrada en cada palabra por no poder hacer cine.

Cinema Paradiso le revolvió el alma. La densa combinación de coca cola y la colesterolémica muza, le revolvió el estómago. En verdad, una vez más, lo descompuso el asunto de la vocación.

Magdi la primogénita

-El hijo más grande en una familia, en general, se lleva la peor parte.... también la mejor. La peor, porque los padres volcaran sobre la primera víctima, miedos e inseguridades propias de la inexperiencia. La mejor, porque ese primer llegado, o llegada, provoca un amor incomparable al de los que luego eventualmente arribarán. -Así le dijo Italito a Magdalena, en otra de sus frecuentes charlas, olvidando a esta altura casi por completo, que su hija más grande no tenía su sangre-

Magdalena hace de hermana mayor todo el tiempo, como si cada conflicto fraternal tuviese que necesariamente pasar por ella, también hace de padre o madre cuando ellos no están, incluso participa como esposo de su madre o esposa de su padre cuando la discusión lo requiere. Ítalo, consciente del asunto, busca cuanta oportunidad se presenta para aliviar a Magdalena la sobrecarga:

-Acordate Magdi, cuando te pongas de novia, tratá de que el muchacho no sea primogénito como vos, porque los problemas se multiplicaran al cuadrado. -Y reía con ganas-

-Me lo repetís tanto que al final me lo voy a terminar creyendo. Yo, la verdad, no siento que sea así.

-Magdi, mirá tus hermanas, cada una de ellas anda en sus cosas, vos sin embargo hacés que el problema de cada

uno, también sea tuyo. No es tu deber si Sarita vuelve en micro, si la Betti está estudiando, si Rosita falta a inglés, o si Chiqui ayuda en algo, si yo me tomé el remedio, o el turno de tu madre al médico. Magdalena... ocupate de vos. A propósito, ¿Cuándo vas a retomar tus clases de guitarra?-

Con apenas cuatro años, a Magdi se le iluminaba el rostro cada vez que empuñaba la viola y blandía las cuerdas, ella toda vibraba hasta el último cabello. A cualquiera le es difícil perdonarse los errores con los hijos. En Ítalo esto se exacerbaba. Nunca se perdonó el haber dejado de llevar a su pequeña niña a las clases de guitarra, porque el soberbio profesor Javier se le había atravesado. Tarde descubrió que, ningún motivo es válido para cortar la felicidad de quien empuña un instrumento, menos, si es una hija.

Si das poco o si das mucho, si no los escuchas o les hablas demasiado, si otorgas libertad o la andas retaceando. La materno-paternidad y sus dilemas. ¿No tenemos resuelta nuestras vidas y vamos a resolvérselas a nuestros hijos? Ítalo tenía mucho de lo propio por resolver. Sentía que esto repercutía sobre su hija mayor, no hallaba cómo compensarlo:

-Hija, no dudes en pedir lo que necesites. Magdalena... tenés que estar feliz.....

-El rollo con la felicidad lo tenés vos, no yo, papa. Vos resolvé tu felicidad que yo me hago cargo de la mía. Me decís que no me meta y mira vos como te metes ¿De qué te reís papá?-

De los ojos vidriosos de Ítalo broto una carcajada. -De nada Magdalena, no me río de nada.... no te olvides de agarrar la guitarra, acordate que la música te hace bien. A todos....la música nos hace bien.

La música

Las dos semanas siguientes fueron enfermizamente musicales para Ítalo. El sofisticado equipo de audio de la casa paseó una buena parte de lo mejor de la música clásica, el folclore latinoamericano, el tango, y el jazz de su vasta y exquisita colección de más de dos mil ordenadísimos y cuidados CDs. Lo angustiaba recordar las horas invertidas en casa Galli, Dimensión 33, más tarde Musimundo, recorriendo las bateas de discos de cada unos de los géneros y estilos. Lo que más lo apesadumbraba no era el tiempo ido en lo que tanto amaba, lo ponía loco encontrar un disco que no correspondía por género o abecedario a ese casillero, llegando a intimar a los empleados por no prestar la debida atención a su tarea. Probablemente, a consecuencia de ello, su discoteca era tan obsesivamente clasificada por género y artista.

Esas dos semanas pasó obsesivamente del *Concierto para Piano No 22* de Mozart por la filarmónica de Londres bajo la dirección de Leonard Bernstein, a lo mejor del jazz con el insuperable saxo de John Coltrane en *Blue Train*, *What a Wonderful World* del gran Louis Armstrong - una canción que adoraba escuchar pues este negro pasional le recordaba, con su estridente voz, que a pesar de todo, el mundo podría ser maravilloso-, clásicos del folclore argentino en la mejor voz de Latinoamérica, la inmortal Mercedes Sosa, a quien nunca dejaba marcharse del re-

productor sin su particular versión de *Los mareados*, de Cobián y Cadícamo, que en la voz de “la negra”, insistía en la melancolía del pasado amoroso irremediablemente frustrado del tango, en el reflejo de lo que no pudo ser; luego, toda la picardía de *Pedro Navaja* por Rubén Blades, el circuito latinoamericano siguió en *Construcciones* de Chico Buarque, el poeta musical más sólido del coloso Brasil, luego *Samba de una nota so*, para no dejar afuera la Bossa Nova, tan vigente como en sus inicios, sonando 50 años después de sus primeros pasos, tan propicia para todo con sus dulces melodías, algo que la propia garota de Ipanema, esa jovencita que con su diminuta bikini inspirara a Vinicius de Moraes y a Tom Jobim cada vez que pasaba delante de ellos por el bar de la Vera Mar, y que hoy, medio siglo más tarde, ya sin esas curvas, sigue paseándose por esas doradas arenas con el orgullo de saber que fue ella quien encendió la letra y la melodía de esa inmortal canción que Ítalo se empeñaba tanto en escuchar, incluso cantar perfectamente sin conocer una palabra del idioma portugués “*La Garota de Ipanema*”, la segunda canción en la historia más grabada y versionada después de *Yesterday*. Luego entró Piazzolla en la interpretación de su más resonado éxito: él nunca olvidaba a Don Astor, quien con un ego bien colocado supo resistir el embate de los tangueros y críticos ortodoxos, transformándose en uno de los pocos autores del mundo dueños de su propio género musical, lo que él mismo, sin la

modestia que lo caracterizaba -la modestia es una buena virtud cuando no se tiene otra- llamaba nada más ni nada menos que “La música de Buenos Aires”. Una vez, esperando un avión retrasado en París, Ítalo compartió un café con él, una escena estampada en su alma que le venía a la memoria cada vez que escuchaba *Adiós Nonino*. Luego siguió la colección de tangos del gordo Pichuco y las del Zorzal Criollo, “El mudo” Carlitos Gardel; para desembocar de nuevo en lo mejor del folclore argentino, ahora de la mano de Yupanqui con *Los ejes de mi carreta*, esa canción de Don Atahualpa que aclara su escala de valores: “*más que engrasar los ejes de la carreta, prefiero sentirlos sonar*”, en una versión maravillosa en la áspera garganta del polaco Goyeneche, con ese fraseo tan particular, falto de aire por sus abatidos pulmones llenos de alquitrán y otras yerbas, en una de las pocas veces en que se salió del tango para cantar nuestro otro folclore. Sin escalas, raudamente pasó a la *Quinta Sinfonía* de Beethoven interpretada por la orquesta de Berlín en la brillante dirección de Daniel Barenboim; luego vinieron algunos de los clásicos del cine con la orquesta de Ennio Morricone; de allí viajó a la isla de Cuba de la mano de Don Ibrahim Ferrer y Don Compay Segundo, entre otros, rescatados en su vejez por el gran cineasta Wim Wenders y puestos en la escena internacional gracias a su maravilloso documental “Buena vista social club” ; de ahí brillaron los clásicos de Frank Sinatra y Tony Bennett a quienes go-

zaba cada vez más, como aquello que se nos va intensificando con el tiempo a medida que insistimos en ello; luego saltó a la colección del sello “Putumayo” rescatando lo mejor de la música originaria de variadas regiones, ritmos étnicos africanos, indios y orientales en general.

El último de esos esquizofrénicos días musicales hizo lo que nunca, faltó a la empresa, escuchó un tema tras otro sin parar ni para ir al baño. Como siempre lo hace, remato con sus dos melodías favoritas: la de su dibujo animado preferido The Pink Panther, del exquisito compositor Henry Mancini, para terminar en la del argentino Lalo Schiffrin que, con “*Misión Imposible*” su clásico más sonado del cine y la televisión, es un ciudadano musical del mundo.

Los parlantes retumbaron saltando de euforia al máximo de los decibeles, infiltrándose, no sólo en todos los rincones de su casa, sino que atravesando paredes y más paredes se colaba en la de los vecinos que ya conocían el inocultable fetiche de Ítalo, del que ni siquiera se quejaban reclamando por ruidos molestos.

Esas dos semanas también fueron de cine musical. A diferencia de la salida habitual solo con su esposa, presionó para que sus cinco hijas también fuesen de la partida. No podían dejar de asistir *Amadeus*, con todo lo que esa película significó para él. Ya la había visto en 4 oportunidades, y como siempre, se obsesionaba en compartir con los suyos lo que lo conmovía. Al siguiente jueves, como si

fuera poco, volvieron todos juntos al cine a ver *Los coristas*, ese filme de origen francés que enaltece la música como valiosa herramienta para mejorar los vínculos, que a él lo emociona hasta en su fibra más íntima.

Sabe escuchar y valorar toda la música, la entiende con la cabeza y el corazón. Así se lo trasladó a la descendencia, gustasen o no, en todos sus géneros y para todos los gustos, aprendieron a escuchar música del mundo.

El otro mundo

Las dos semanas frenéticas de música remataron en Ítalo de modo conmocionante. Su esposa, siempre ahorrativa en palabras, le habló más de la cuenta y lo hizo con una demanda que no le era habitual. La última de esas noches, en que coincidentemente las 5 hijas no estaban en casa, mientras él cambiaba de disco frenéticamente poniendo su compilado favorito de Duke Ellington, Alicia lo tomó de las manos, con la mirada lo invitó a que se sentaran en el sofá. Sin soltárselas comenzó a hablarle muy bajito, poniéndosele cerquita, con esa proxemia en que el aliento del otro pega en el rostro, las palabras le brotaron buscando toda su complicidad. Una enorme necesidad de ser escuchada como nunca antes:

-Mirá Ítalo, hace varias semanas que me pasa, no me decidía a contártelo, pero ya es hora que lo haga.

-Te escucho.

-Hace justo 21 días, tres lunes atrás cuando nos acostamos, después que apagaste el televisor, yo no me podía dormir...

-Alicia, tenés que ir a ver al Gino Cattaneo para que te recete una pastilla, siempre estás muy preocupada con la casa, las chicas y eso te...

-Pará no seas el ansioso de siempre, esta vez necesito que me escuches. Esa noche te dormiste al instante que ter-

minaron de pasar los goles, pero yo sentí algo raro en el cuerpo, empecé a dar vueltas en la cama como nunca, para un lado y para el otro, en eso logré quedarme quieta, respiré hondo, retuve el aire forzándolo para relajarme al soltarlo. Pero nada de eso sucedió, en cuanto largué el aire de mis pulmones empecé a sentir un ruido...

Ítalo se quedo quieto, con la mirada le pedía continuar.

-Yo nunca vi un volcán, menos erupcionando, pero me lo imagino -infló los cachetes como para soplar las velitas y bramó- “Bbbbbbb”. Al principio despacio, pero luego más y más fuerte, me asusté mucho; así de costado como estaba al borde de la cama, me coloqué la almohada presionando encima de la cabeza.... Pero entonces fue peor, al aislar los oídos del ambiente el sonido se hacía más ensordecedor, entonces me di cuenta que era algo que sólo sentía yo.... Esa noche no pude pegar un ojo, en los sucesivos días, no sólo volví a escuchar el volcán, sino que sucedieron otras cosas. Al día siguiente saque a pasear el perrito a la placita; había varios perros como siempre, y gracias a la desprejuiciada intimidad olfativa de ellos entre sí, fui cruzando algunas palabras con sus amos. En eso un cachorrito cocker, de no más de 6 meses me mira, yo hablaba con su dueña del precio que sale el alimento que recomiendan los veterinarios, que en este mercachifle actual, donde en cualquier lado te venden cualquier cosa para no perderse nada, ellos mismos te los venden a va-

lores exorbitantes metiéndote la presión de que otros alimentos más económicos pueden enfermarlos gravemente. La vecina, pobre, me contaba que a pesar de su escaso salario, no le importaba gastárselo todo en el con las satisfacciones que le daba la mascotita. Cuando el choquito me mira, siento que me quería decir algo, me agarró una angustia muy grande, en eso, sale corriendo a toda velocidad, ni bien posó las patitas de adelante en la calle, el camión de recolección de basura que venía a los piques soltando humo y contaminándolo todo -como suele ocurrir con el transporte estatal que todos pagamos-, le pasó por encima. No se escuchó ni el esbozo de un ladrido, el perro quedó calcado en el pavimento como si llevara meses agarrado al alquitrán del asfalto. La dueña, una señora de unos 60 años, giró la cabeza, me clavó la mirada y salió corriendo en un solo llanto sin querer mirar atrás... Esa semana, apenas Ítalo se encontró con Charles - que para esta altura ya era no sólo su compañero de ruta sino su confesor y gurú- le contó con desesperación lo sucedido a su esposa. El viejo lo escuchó en calma, lejos de alterarse, frenó la bici, lo hizo parar, lo miró, con absoluta paz le dijo:

- Con las cosas solas de este mundo la vida no es interesante para nada, la vida sólo es interesante cuando las cosas de este mundo se entremezclan con las del otro; qué suerte que a tu esposa la vida se le hace interesante. Con la bici inclinada sobre la pierna izquierda, poniendo

el pie en el pedal derecho para darse envi6n, sali6 nuevamente como una saeta grit6ndole al ingeniero *-Vamos che!!! Que hoy tenemos que pedalear 50 km en dos horas y las paradas no se descuentan-*.

Durante las semanas siguientes Ítalo no dio ni la m6s m6nima posibilidad como para que Alicia comentara algo de lo que le hab6a estado sucediendo, ella, discreta como es, no le habl6 una sola palabra m6s de aquello, a pesar de todo lo que significaba cargar con esa mochila sola. Los d6as reci6n comenzados del mes de mayo siguieron con los temas de conversaci6n bien terrenales, como en cualquier casa de vecino; qu6 se come al almuerzo ,si hoy hay que abrigarse porque hace fr6o, si vino la empleada o si ya hay que buscar una nueva porque esta ya no va, qui6n se queda a esperar el plomero que viene a arreglar la mochila del ba6o, qui6n lleva el perro al veterinario, si a las chicas las traen o hay que ir a buscarlas, si ya sacaron el turno para el control ginecol6gico , si hay alguna boleta vencida o por vencer, si ya se sac6 la basura a la calle, o qui6n fue el 6ltimo que us6 hielo sin cargar agua en la cubetera, y la pregunta infaltable de todo hogar *¿D6nde est6 el control remoto?* O sea, todas cosas de este mundo...absolutamente nada del otro. De eso no se habla.

De ella no se habla

La estoica Alicia está siempre y en todo, pero de ella nunca se habla, para que todo, como está, que aparentemente funciona bien, continúe funcionando así. No es falta de cariño, no.... para nada... es este estigma horroroso vigente en millones de hogares, donde todo en ellas es obligación, ellas nunca se cansan, ellas nunca se enferman...

En casa de Ítalo -como en la mayoría de los hogares adonde alguna vez se lee un libro por poner algún parámetro-hay siempre una mini farmacia hogareña. En algún armario del cuarto de los padres, o en alguna alacena de la cocina, generalmente en ex cajas de zapatos, hay remedios: hay pomaditas, gotas, supositorios, algún que otro inyectable, bastantes pastillas, hay antibióticos, analgésicos, antipiréticos, ansiolíticos, antiinflamatorios, amoxicilina 500 para la infección, pastillas de carbón cuando alguien se va por el inodoro, alprazolán cuando no hay cómo dormirse, corticoides cuando alguien se alergia, y el infaltable ibuprofeno; sí, en todas las casas, cuando duele la cabeza ahí nomás salta *-Tomate un ibuprofeno-*; hoy en día, en todas las casas -donde alguna vez se lee algún libro, por seguir con el parámetro, aunque donde no se lee también- duele la cabeza. Si el señor de la casa no es médico, la que maneja la farmacología pirata del hogar es la señora. En esta vorágine en que el médico clínico ni te desviste para revisarte, solamente te pregun-

ta qué te pasa para prescribirte el pastillazo; en esta época que nos tiene acostumbrado a que no importa de qué se trate el problema, la solución la queremos ya y en pastillas -hasta una erección se adquiere en comprimidos- Tal vez no vamos muy bien, o sí... pero ese es otro asunto. En la casa de los Montalvani la que maneja las dos cajas de los remedios -una con los que ya vencieron y en la otra los por vencer- es Alicia, ella prescribe dosis y posología en tiempo y forma para todos, eso sí, ella nunca toma nada, “el traficante no consume”.

En este mundo virtual de las redes compartidas, la medicina también pasó a ser de todos. En las casas de las familias se habla de enfermedades cual si fuese un hospital, más que democratización es un zafarrancho: Ibupirac, Alplax, Amoxidal y Ketorolac desfilan a cualquier hora donde quiera que sea, kiosco, almacén o placard.....eso sí, en casa de los Montalvani, Alicia no se puede enfermar nunca, ni de nada.

En la empresa

Cuando mi primo Italito ya rondaba los dos años de trabajo en la empresa - superando la barrera del rencor familiar que me impedía entrar allí- me digne a visitarlo. Lo tome por sorpresa en su, ya propio, despacho del directorio. Un espacio moderno, lujoso, con una luminosidad, una decoración y un confort inusitado. Siendo un infartante enero mendocino, la temperatura ambiente condicionada por el gigante equipo de aire, era ideal. Vestía un flamante traje negro entallado –confeccionado seguramente por el sastre italiano de “la familia”-, se notaba que le incomodaba, mas lo portaba con hidalguía

Bebimos un café expreso exquisito, que su exquisita secretaria privada nos trajo sin preguntar. Cuando ella salió con una amplia reverencia, que al girar viro en amplio y turgente trasero, me salió del alma: *¡Así da gusto trabajar primo!* Levanto las cejas, como de costumbre, me sonrió tímidamente. Degustando el último sorbo del pocillo, le dije que debía partir a buscar un repuesto antes que cerraran el comercio. Como un elástico, saltó de su elevado sillón de jefe: - *Te acompaño primo-* me dijo

Arribamos al desarmadero de calle San Martín del bajo Las Heras en mi enclenque Fiat 600. Italito se bajo del auto conmigo. Dejando en espera la numerosa clientela, el viejo Marroquín me dio preferencia por su amistad con papá. Ni bien le mostré la pieza que papa precisaba para

el carburador de su antigüedad, el viejo de prominente mandíbula, manos de gigante y contrastante voz infantil me dijo: - eso te lo vas a tener que buscar allí- Con su dedo índice, del tamaño de un habano cubano de los grandes, me señaló una montaña inmensa llena de carburadores:

- Esa pieza sola no viene, búscate un carburador igual a ese y llévatelo, si tenés suerte en un par de horas lograras encontrar uno, ármate de paciencia que entre ese millar hay por lo menos tres. Decile a tu viejo que es un regalo de mi parte. Que lo espero por aquí cuando quiera compartir una cerveza y un paseo en su joyita, el "Unión" más lindo que ya conocí. El negocio queda cerrado en la siesta, pero el guardia les va a abrir para que salgan. A propósito, el joven ese tan trajeado que se te parece, ¿es pariente?

-¿Que si es pariente?, es mi primo del alma, el ingeniero Montalvani SA, ¿Qué tal, el ayudante que me eche al diario?- Italito colorado como un tomate, otra vez con su tímida sonrisa por delante, le tendió la diestra a Marroquín intentando achicar distancias

Apenas salió el dueño, Ítalo se desvistió el saco y lo dejó sobre un caballete, -previo darlo vuelta, por si alguna grasicita se pegara fuese del lado del forro- Se aflojo el nudo de la corbata introduciéndola entre el segundo y el tercer botón de la camisa adentro del cuerpo. Luego se arre-

mango por arriba de los codos y se metió las anchas botamangas del pantalón adentro de las medias. Italo miro la montaña de carburadores sonriendo, esta vez, no tímidamente.

– *¡Manos a la obra!*- me grito, y se abalanzo sobre ellos.

Mi primo no los observaba como mi padre, en esa forma de quienes se deleitan ante piezas antiguas de colección. Si no que él, los palpaba como quien goza de cada mecanismo en particular. Cada tanto me enseñaba alguno, me contaba la marca y el modelo de vehículo al que pertenecía. Me detallaba cada pieza con la punta de su alicate, con la misma pericia con que un anatomista disecciona un cadáver: - *la cuba, el flotante, la entrada de gasolina, la bomba de aceleración, el difusor principal, y... Los tornillos de regulación.*

A punto de rendirme después de dos horas de intensa búsqueda, en medio de tanto oxido y herrumbre, Italo, no solo encontró el carburador original del DKW89 año 49, sino que se encontraba como recién sacado de fábrica.

Le agradecí su eficiencia mientras nos subimos al auto. En el camino, aproveche a preguntarle como se sentía después de estos dos años en la empresa familiar. Se brotó en el acto, las gotitas de sudor en la punta de la nariz, el pliegue del mentón y las arrugas de la frente hicieron

su aparición, y otra vez con su tímida sonrisa me respondió:

-bien... bien... muy bien....

Ya nunca más volví a preguntarle por su trabajo, ni a percatarme de sus frecuentes gotitas de sudor en la nariz, el pliegue de su mentón y las arrugas de la frente, ni sobre sus reaccionarias manchas en la cara. Me habitué a verlas, como aquello que se repite hasta mal acostumbrarnos. Antes de dejarlo en la empresa, me detuve en mi casa, le pedí que me esperara en el auto. Saqué el último cachorrito que me quedaba por regalar de la reciente cría de la perra y se lo acomodé sobre sus trajeados muslos

- *Que querés que haga con este perrito-* me pregunto
- *Te lo regalo para que te acompañe por unos diez años. Así cada vez que lo mires, puedes volver a preguntarte como los querés vivir*

Mi primo Italo ya tenía, al menos, un proyecto para los próximos años: el asunto del amor

Amor y casamiento

Complicado el asunto del amor, por un lado el deseo sin querer, por el otro, el querer sin desear, por otro, el amar sin querer, y como si fuera poco, el querer sin amar. Lo que sí, por momentos, la vida es demasiado bella como para transitarla solo. Ítalo sentía un profundo desamparo cuando la belleza lo sorprendía en soledad, tuvo suerte, consiguió ser correspondido por aquella a quien deseó, quiso, y amó desde el comienzo. Comprendió que el amor, no solo es una licencia poética

Ítalo no se enamoró ni de sus ideas, ni de su cuerpo, ni de sus gestos, ni de su forma de hablar. Se enamoró de los giros de su pollera. Cuando aquel sábado pasó caminando en dirección al café de siempre por la puerta del edificio de la calle General Paz 69, escuchó una melodía que desde arriba bajaba hasta la vereda ancha. Levantó la cabeza, en el balcón del primer piso vio una pollera que giraba al compás de la canción, adentro estaba ella, quien girando la impulsaba.

Gira la tierra... giran las ruedas... gira la ruleta... El amor es un movimiento. Tal vez sin giros no hay amor. Ítalo se enamoró de los giros... de los giros de su pollera.

Desde el primer instante -en el que uno no elige de quién enamorarse sino que uno queda prendado- Alicia se le prendió del alma. Y el amor por ella no se soltó nunca más.

El Plaza Hotel fue alquilado con el suficiente tiempo de anticipación como para que todos los cuartos y salones fueran bloqueados. Sería una de las grandes bodas en la historia de la conservadora Mendoza. Empresarios de otros países y provincias argentinas fueron invitados con hospedaje incluido al tradicional hotel cinco estrellas frente a la imponente Plaza Independencia -de allí su nombre Hotel Plaza-. Autorización mediante del municipio capitalino, la plaza fue especialmente decorada y vallada, para que ella toda, luciese ante los clásicos balcones del hotel como escenografía exclusiva de los novios. Los fuegos artificiales lanzados desde allí, interrumpieron la frivolidad de la recepción permitiendo que todos los invitados levantaran sus cabezas coreográficamente al unísono. Hasta el más parco se ve atraído por ellos. La experiencia lúdica con la pólvora china tiene sus raigambre en la tradición cuyana, así concluye desde siempre la fiesta mayor de la vendimia; del mismo modo comenzó esta fiesta cuando llegaron los novios en una limusina alquilada para la ocasión. Por primera vez una limusina rodaba las calles de la provincia. También por primera vez de un modo rimbombante, a pura pirotecnia arrancó el enlace para los más de mil invitados a pesar del descontento de Ítalo por tanta fastuosidad.

Había algo que muchos no tenían por qué saber, de los más de mil invitados ni uno, ni tan solo uno, era de Alicia. Como si ella, salvo el nombre, no tuviese ni un pariente,

ni una amiga, ni siquiera un apellido. Como si el día cero de su vida hubiese comenzado cuando se casaron. Sin siquiera decírselo el uno al otro, Ítalo y Alicia, encontraban en esa complicidad, la única forma de enterrar el pasado de ella sin ningún testigo que lo desenterrara. Aunque enterrado vivo, el pasado reaparece.

Alicia era hija de un militar retirado, con diez hijos en su haber de dos matrimonios anteriores, un ser abominable henchido de concupiscencia. Un viejo expertamente violento que supo construir en Alicia un cariño incondicional desde sus primeros días de vida. El perverso se encargó de edificar un abuso sexual progresivo y escalonadamente programado, como para involucrar en la complicidad a su joven esposa. Así, en el más absoluto mutismo, arrasaron con Alicia.

Así pasó la niñez, la adolescencia, la juventud -como si alguien arrasado así pudiese ser niño o joven alguna vez-, adorando a su padre como que así son las cosas, como a ella le tocaron. Así se acostumbró.

Ya jovencita cuidó al miserable en su agónica enfermedad ejerciendo lo que él le enseñó. Se prostituyó noche y día para que a la promiscua rata no le falte nada, tuvo los mejores médicos, el mejor hospital, el más honorable de los entierros. Para ella, el mejor papá del mundo. Desde su muerte la desvelo, cada noche, la idea que alguien la toqueteara mientras dormía, fue hasta el día en que

cumplió sus 25. El mismo día en que en la escuela nocturna donde se propuso concluir el colegio secundario, la conferencia sobre abuso sexual -quizás como regalo de aniversario- le abrió los ojos cerrados del alma haciéndole expulsar un profuso vomito negro que no cesaba. Terminó en el quirófano del hospital central: una peritonitis súbita que los cirujanos no lograban explicar, pero que Alicia, ni bien salió de la anestesia ingresando nuevamente a su penoso mundo real, sí supo poner nombre: conciencia, la conciencia de 25 años de abuso.

Alicia, una inocente niña envuelta en la mugre por la condena de vientre. El destino trágico que la hizo nacer donde la hizo nacer. Metamorfoseado como sea, el pasado, enterrado vivo reaparece, pero... ¿cómo es que ella no iba a querer enterrarlo? Por dentro, su conciencia se enfrentaba cada día como perro y gato.

Como perro y gato

Los argentinos no somos ni buenos ni malos, somos como niños caprichosos que se resisten a crecer. Sin distinción de raza, credo o condición social, adolecemos de la capacidad de discusión tras un punto de encuentro que nos permita enriquecernos, nunca un “*En esto me parece que vos tenés razón*”, nunca un “*Estoy de acuerdo con lo que decís*”. Polaridad antagónica que desde hace tanto nos condena. Aquí no sólo se es de un bando o del otro sino que, lejos de esta saludable y democrática opción de pertenencia, los de boca necesitan destruir a los de river, los peronchos pretenden hacer desaparecer a los radichetas, los conservas pulverizar a los progre. Y viceversa. Como perro y gato. En boca del Martín Fierro, mientras los hermanos pelean los devoran los de afuera.

Esa siesta calurosa de enero, Ítalo y Charles pedaleaban por el Parque General San Martín cuesta arriba del Challao. Trepaban con la respiración entrecortada del agite típico de esas subidas del piedemonte en que los pulmones esperan ansiosos la bajada que nunca llega. Como si fuera poca la demanda de aire, conversaban. Pero esta vez no lo hacían de la forma nutritiva y enriquecedora a la que ya estaban habituados, esta vez lo hacían a la modalidad Argentina.

-No hay otra Charles, el perro es el mejor amigo del hombre.

- No ítaló, el mejor amigo del hombre es el gato.
- Estás equivocado, el perro en una familia mejora todo, y para quien vive solo ni hablar.
- La gente usa los perros por que no puede comunicarse con las personas
- Eso hacen con los gatos que, en sus antojadizos maullidos parecen empeñados en hablar
- Los perros son insoportables, cuando no andan ladrando andan rompiendo.
- Los gatos son traicioneros, te miran fijo y nunca sabés con qué te van a salir.
- Los gatos son limpios y los perros sucios.
- Los gatos se pasean por las mesadas de la comida pasando su lengua y sus pelos por todos lados.
- Los perros hacen caca en cualquier lado.
- Los gatos mean por todos los rincones de la casa usurpando territorio.
- Y los perros se babea por todos lados.
- Y los gatos te rasguñan, y tienen toxoplasmosis.
- Y los perros muerden, tienen pulgas.
- Los gatos andan calientes por los techos y las ventanas alarmando a cualquier hora.

-No me vas a comparar el silencio de los gatos con la bulla que meten los perros.

- El ladrido del perro siempre es para anunciarte algo.

- En las casas donde hay gatos nunca entra un ratón.

-Donde hay un perro guardián nunca entra un ladrón.

- Los gatos no sirven para nada, me dan asco.

-Los perros son los que no sirven para nada, me dan asco.

- Los gatos son una mierda.

- Una mierda son los perros.

De ambas partes, se perdía la posibilidad recíproca en que uno reconociese las beldades del gatito y el otro las del perrito, cayendo por primera vez en una discusión que afortunadamente nunca más repetirían.

Así discutían Ítalo y Charles esa siesta infernal, como nunca antes, hacia ningún lado. Por única vez entraron en territorio de una típica discusión a lo argento; una contienda sin salida, con uñas y dientes, “como perro y gato”

En lugar de entrar a su casa con el entusiasmo habitual propio de las endorfinas en alza que regala el deporte al aire libre, lo hacía amargamente contrariado por la estéril discusión sostenida con su amigo. Cruzado, como venía, ingreso a su cuarto. Se topo a su mujer, pálida y con la mirada perdida en el borde de la cama. Se asustó.

-¿Alicia qué te pasa?

-No te lo puedo decir.

-¿Cómo no me lo vas a decir?

-No te lo puedo decir Ítalo, porque ya me dijiste que no querías escuchar esas cosas que me pasan.

-Dale... Alicia.... por favor... no te veo bien... ¡contame!

Alicia estalló en un llanto desgarrador, sólo que a diferencia de otras veces, donde la sensibilidad femenina provoca llantos que no tienen explicación, esta vez Alicia sabía muy bien por qué su catarata de lágrimas no tenía consuelo.

-Anoche... otra vez tuve una de esas premoniciones que no me dejan dormir.

-Te dije... tomate una de mis pastillas así se va a regularizar el sueño, te hace mal no dormir.

-No. Dormir ya no me importa, otra vez ese ruido ensordecedor como si la tierra se rajara.

-Es el cansancio del insomnio Alicia, tranquilízate.

-Magdalena está lejos.... me hace un gesto desesperado... pero cuando voy llegando, como una luz que se extingue de a poco, desaparece.

-Tranquilízate, no hagas caso mi amor, es la fatiga. Has soñado.... dicen que en los sueños se mezcla todo: por ahí

una noticia del diario... con la escena de una de esas novelas brasileras que ves... No te metas con eso, ya te lo dije, son cosas del otro mundo.

-Te dije que no te quería contar, me volvés a decir lo mismo, que no me meta con... ¡Ítalo! Magui va a desaparecer.... ¡yo la vi desaparecer!

Esta vez el estallido de su llanto hizo que él la abrace con todas sus fuerzas tratando de conseguir en ella el alivio que solo un apretado y silencioso abrazo puede lograr. Ni bien consiguió aplacarla, cuando entrelazados cerraron los ojos en un intento por relajarse, el primer timbrado del teléfono los sacudió. Como si fuesen uno solo, saltaron elevándose de la cama. Sin soltarla del todo Ítalo extendió su brazo derecho para apretar el altavoz. Del otro lado sonó la típica voz seca y distante que provoca un pañuelo tapando el micrófono --*Tenemos secuestrada a Magdalena, si dan aviso a la policía y no siguen las instrucciones al pie de la letra, no la verán nunca más. Volveremos a llamar-*.

El silencio que procede a las catástrofes, inundado de presagios oscuros, se hizo eterno. Ítalo aflojó el brazo con que tenía a Alicia, lo fue alejando confuso con una sensación ambigua: se le mezclaba la desesperación por la noticia del secuestro de la hija con el estupor de reconocer que su mujer de verdad manejaba cosas del otro mundo. Inmediatamente otro fuerte llanto en la Alicia de

“este mundo” hizo que olvidara sus propios temores y volviera a abrazarla nuevamente con más fuerza aun; luego le frotó las palmas de sus manos por los costados del cuerpo desde la cabeza a los pies hasta que Alicia hizo un suspiro profundo y paró de llorar. Recién ahí, Ítalo recompuso al templado ingeniero que solía ser, se paró de golpe, se acomodó la remera, la calza de ciclismo, y cuidando las formas fingiendo una calma que en realidad no tenía le dijo a su mujer:

-Alicia no te preocupes, todo saldrá perfectamente bien. Pedirán un rescate. Lo pagaremos en tiempo y forma. Tendremos a Magui de vuelta con nosotros. Hoy en día, ya desde hace un buen tiempo, todo es una cuestión de dinero... sólo de dinero.

¡No! -gritó ella-, yo vi como Magui se iba esfumando como un haz de luz que se extingue, no volveremos a verla nunca más.

-Pará Alicia, no digas eso, calmate!

Alicia se calló la boca, con una palidez fantasmal volvió a quedar inmóvil. Ítalo corrió a la cocina para traerle agua, pero apenas él salió del cuarto, como si eso hubiese estado esperando su esposa, saltó de la cama y se metió en el vestidor encerrándose allí con llave. Se apoyó con la espalda en la puerta y lentamente se deslizó por ella hasta quedar sentada. Ni bien sus nalgas se apoyaron en el parquet, empezó a temblar descontroladamente.

Aun así, completamente descompensada de los nervios Alicia es hermosísima. Su figura espigada supera el metro ochenta -una estatura que suele desarmonizar en cualquier mujer, pero que en ella realza y equilibra-, su largo cuello -que más que un conjunto de piel, músculos, y tendones, parece una escultura de ébano- sostiene una cabeza esbelta de mentón replegado siempre erguida, una mirada, que ni soberbia ni sumisa, busca el horizonte con inmensos y alargados ojos marrones surcados por sinuosas cejas y curvadas pestañas que poco es lo que pestañean; su nariz recta, su boca discreta con dientes blancos natural -no ese blanco artificial de dentista que falsea las sonrisas de los nuevos ricos- ligeramente desalineados, terminan de dar a su rostro moreno tanta belleza; sus hombros en punta sólo dejan verse en contadas ocasiones, cuando algún vestido de fiesta los luce al descubierto, o las dos veces al año, para navidad y año nuevo, que ha pedido de sus hijas se pone la malla para entrar unos minutos a la piletta. Sus senos pequeños, de inoculables pezones en flor en permanente turgencia, cargados de una energía a punto de estallar son la primera sorpresa; su cintura estrechísima rodea un ombligo enigmático, como un caracol en infinito espiral; su culo sobrio, bien parado, jamás pasa inadvertido. Hombres deseándolo y mujeres envidiándolo se esfuerzan en disimular sus miradas. Qué decir de su espalda... sus piernas... sus pies... sus brazos... sus manos... Sus extremidades piden a gritos ser

recorridas. Para el final su cabello, siempre muy corto con frecuencia cambia de color, las tinturas lo viran nerviosamente. Desde muy jovencita está totalmente canosa, fue de un día para el otro. Su cabello es su vergüenza. Es el testigo corporal de su dolor. Cómo será que sin temerle a la muerte le preocupa pensar en el después. Muerta, su pelo seguiría creciendo y ya nadie lo teñirá en su fantasmal blancura.

La debilidad de ese conjunto perfecto, su cabello blanco que nadie ha visto, no logra afearla ni un ápice. Pero lo más notable de su belleza es con la inconsciente naturalidad con que la porta. Parece ignorar por completo sus proporcionadas dimensiones y divinos rasgos. En esta mujer, simple, franca, no hay ni una pizca de jactancia, eso es lo que la hace definitivamente bella. Hasta en el medio de esta convulsionada locura, no hay modo de afearla, aun así, desborda hermosura.

Cuando el cuerpo paró de sacudírsele como si nada hubiese sucedido, de un salto se puso de pie. A toda velocidad metió la mano en la repisa que contenía el centenar de pañuelos que con frecuencia realzan su cuello. Tanteando frenética hasta llegar a la pared de atrás, los saco todos dejando el estante vacío. Volvió a quedar pálida e inmóvil, no encontró lo que buscaba. Aun habiéndole contado a Ítalo casi todo lo que allí estaba escrito, ese

diario es el secreto que ella guarda con el mundo, decidido tenía llevárselo a la tumba. “El diario de Alicia”.

El diario de Alicia

El diario se lo había regalado su padre cuando cumplió los 7. El perverso cabrón sabía que si la niña descargaba por escrito lo que no contaría jamás, tal vez lograra sobrevivir. Un reverendo hijo de mil putas pero visionario. Como un reflejo automático, como un mecanismo de defensa biológico, Alicia nunca dejó de volcar en ese diario todo su dolor. Como si la única forma de purgarse de él fuese escribiéndolo. Y así se lo decía el mal nacido cada vez que terminaba de abusarla *-Hijita, no te olvides de escribir, escribir siempre hace bien-*. El diablo tenía razón, él mismo porquería le pasaba el diario, luego, él mismo se lo ayudaba a esconder celosamente. Aun con el deseo profundo que tienen estos siniestros personajes de ser descubiertos

Cuando revolvió el estante del vestidor y sus manos no lo palparon, se las llevó al rostro horrorizada, sintiendo como si su propia cara ya no estuviese allí. Su cuerpo descontrolado volvió a sacudírsele por tercera vez en otra visión: esta vez vio perfectamente a su hija mayor leyendo su diario. Y se desmayó.

Con dibujos al medio y exquisita caligrafía precoz para un niño de 7 años, el diario estaba escrito sin una sola coma ni un solo punto, como si le fuese imposible generar la brevísima pausa que requiere puntuar un relato. Antes de desmayarse, Alicia vio pasar cada palabra de su dia-

rio íntimo como si hubiese estado escribiéndolo en ese instante. Comenzaba así:

Mano grandota caliente desliza tapa aprieta la boca gira se alborota salta y rebota la sortija se escapa la calesita nunca afloja el caballito sube baja sube y frota que frota la muñeca se viste se desviste le pinto la boca le tapo la boca un dos tres el que no se escondió se embromo es un corcel cuando sale la luna aparece el bravo zorro acá tenés las gomitas pero no todas por que hace mal a los dientes hay que lavarse bien los dientes nuevo testamento viejo testamento xx xy fecundación huevo o cigoto embrión germen germinación Ayala Benítez Cabeza Dimaria Elías Fernández García Hernández Joffre Kawenkilowitz López Llabres Méndez Nanclares Ortubia Pacheco Querubini Romero Sánchez Salinas Salvatierra Troncoso Uberto Vergantín célula tejido ameba paramecio y depredador infancia adolescencia menstruación aldon aldon aldon pirulero cada cual atiende su juego pasate fuerte la esponja el jabón no vayas a decir una sola palabra gancho pido gancho que los culpas feliz que los culpas feliz la felicidad jajajaja me la dio tu amor jojojajo hoy hace cantar a mi corazón explota explota mi corazón tiene dos aurículas dos ventrículos late por minuto de sesenta a noventa grados tiene el ángulo recto muchacha recta parate recta thank you teacher mc donald coca cola mostrame la cola saquen la plasticola peguen las cartulinas rojas para la conferencia de la cruz roja no me pegues en la cola me la

estas dejando roja me avergüenza la cara se me pone roja quien le tiene miedo al negro boca bajo y el que no se escondió se embromó carajo que si te ve la mama pum pum las mato gancho pido gancho cante

Las manos transparentes labran cristales a la penumbra mientras que la tarde muere de miedo y frío. Las manos de él solo existen en los confines del infierno. Las manos de ella sueñan laberintos en un alma muerto.

Cuando Alicia volvió del desmayo se levantó de suelo, giró la llave abriendo la puerta, salió del vestidor como un zombi. Cuando cruzó el pasillo hizo una pequeña reverencia a italo. Tomó el grabador que había en el living y del porta CD sacó el de *Las Cuatro Estaciones* de Vivaldi. Susurrando pidió que la dejen sola. Se metió en el cuarto de servicio y volvió a encerrarse con llave. Durante veinticuatro horas no paró de llorar mientras que las cuatro melodías sonaban en el reproductor sin parar: invierno, primavera, verano, otoño... una y otra vez.... una y otra vez las cuatro estaciones acompañaban el secuestro.

El secuestro

Días infernales fueron sucediéndose uno tras otro. Conversaciones telefónicas con los secuestradores y Magdalena paso a serlo todo para la familia Montalvani. Ellos, que de siete integrantes pasaron dramáticamente a seis, se prometieron entre sí el mayor ostracismo por mantener en secreto el rapto de Magdalena hasta que el pago del rescate se efectuara, y finalmente la primogénita estuviese de nuevo en casa. Como si tamaña desesperación no fuese suficiente, había que sumarle la angustia de no decir una palabra a nadie, y salir del paso con mentiras forzadas que lo hacían todo más doloroso aun. Así fueron pasando los días con el único alivio de escuchar al otro lado de la línea a una Magdalena que, con el correr de las horas, sonaba cada vez más calma y menos presionada. Sólo le permitían hablar con Ítalo. Todas alrededor de él, pegadas al tubo, le escucharon decir a Magdi cosas como que el cuarto que le habían adjudicado los captores era acogedor y la alimentación que le suministraban era muy rica.

Cuando dicen por ahí que la realidad supera a la ficción, que el hombre se acostumbra a todo, no se está exagerando ni una pizca. Uno se bien acostumbra a lo bueno, se mal acostumbra a lo malo casi de la misma forma, sólo es cuestión de tiempo. Así se fueron acostumbrando ellos. Ítalo, un hombre lleno de vínculos con el poder, de-

cedió no intervenir los teléfonos. No quería implantar la mínima acción que arriesgase la vida de Magdi.

Esta situación, ampliamente dominada por los secuestradores estaba por cerrarse. El segundo domingo de mayo - luego de veintiún días de agónica espera- los secuestradores por fin determinaron la forma, la suma, y el lugar donde Ítalo entregaría el dinero para ponerle un punto final a esta maratónica debacle.

Así fue, como una de esas escenas de corte surrealista que Ítalo acostumbraba ver en el cine, pasaba a ser parte de su vida. Nada de surrealismo, realismo puro; ese domingo a las 5.30 de la mañana con una apariencia inédita: mameluco de taller azul, camisa de trabajo, una gorra de lana gris, alpargatas viejas, una bolsa de residuos gigante echada en la espalda, así, completamente camuflado, montado en una vieja bicicleta Aurorita, Ítalo era despedido por sus cuatro hijas y su esposa cual cartonero que sale a la madrugada a procurar el sustento familiar. Lejos de la ficción cinematográfica y de los cartones, en realidad la bolsa transporta la módica suma de un millón de auténticos dólares enfajados. Serían entregados en la calle Regalado Olgúin entrando al Challao, justo frente al conocido vivero Bordón. Allí lo estarían esperando los secuestradores en un Ford Galaxy color amarillo. Luego de llegar -mediante claras instrucciones- dejaría la bici a un costado, al subir al vehículo entregaría el dinero que lue-

go de revisado, recién ahí, los captores darían las indicaciones para el encuentro con Magdalena sana y salva como habían prometido. Ni siquiera eso pudo objetar, exigir a Magdalena contra pago del rescate. Los secuestradores se lo negaron con la excusa que bajo esa condición ellos podrían ser aprendidos.

Lo que en verdad sucedió es que, Magdalena, la hermosa primogénita de 21 años recién cumplidos, no sería entregada por los captores, no por razones de seguridad de los delincuentes, que perfectamente la hubiesen entregado ni bien recibido el saco de dinero, como fue requerido por Ítalo con toda razón, sino porque luego de haber encontrado y leído en detalle el diario de su madre el mismo día que fuera raptada, fue ella quien decidiría no volver a su casa.

Tampoco esta era una escena de cine. Enamorada de un esbelto moreno de nacionalidad brasileña, el jefe de esta banda internacional de raptos, tenía otros planes. Decidían juntos dejar su pasado atrás. Con la mitad del motín que le correspondía en sus manos, Álvaro Veiga de Andrade dejaría para siempre el delito, Magdalena aprovecharía este amor para dejar atrás a quienes la mantuvieron engañada durante 21 años. Una nueva vida los esperaba en la tierra natal de Álvaro: “Sejam Bem vindos ao Rio de Janeiro”.

Acostumbrándose (nunca)

Todo lo que no funcionaba bien en la familia de los Montalvani comenzó a andar peor, y todo lo que andaba bien también empeoró.

A las premoniciones que torturaban a Alicia se le sumó la certeza en la culpa de saber que atrás de la decisión tomada por Magdalena, estaba el haberse enterado de toda la verdad al encontrar su diario íntimo. Esto la hizo entrar en ese camino de psiquiatras y psicofármacos del cual no es tan fácil volver.

Cada vez que un problema de salud, una pelea, una ruptura, o la pérdida de un ser querido cae sobre una familia, todos sus integrantes se ven afectados. De las cuatro hijas que quedaron en casa cada una amortiguó la situación como pudo: a la más pequeña, con sus doce añitos a cuesta, se le hizo inevitable impedir que el pichí volviera a mojar sus piernas cada noche, como cuando a los seis años los miedos nocturnos le impedían retenerlo; a la segunda los esporádicos tics nerviosos se le convirtieron en una orquestación permanente de guiños, fruncidas de labios y sacudones de hombros que no había terapia que atenuara; la cuarta hija bajó su rendimiento escolar a menos cero; y como en todas las familias -de las que alguna vez se lee un libro- hay un integrante que vaya uno a saber por qué mecanismos se ve menos afectado, la tercera, flacucha y fierita, a la que menos pelota le dan y

sin querer le hacen un favor, logró sobreponerse siguiendo el curso de su vida normalmente.

A esta familia se le cambió la rutina. En el caso de un problema como el que ellos acababan de vivir - lo que hace no mucho hubiese quedado en manos de algunos lineamientos del médico de familia, hoy se amplía en cantidad de profesionales, especialidades, subespecialidades, terapias alternativas y no alternativas-. La rutina de los Montalvani pasó a estar absorbida por terapeutas de una especialidad a la otra, se metían en este baile de la modernidad que no todos estamos aptos para bailar.

Por su parte, Ítalo, se torturaba al no haber ampliado los recaudos llevando a vivir, a su familia, a alguno de los guetos mendocinos. Aunque absurdos, según su mirada, probablemente hubiese evitado el desenlace de los hechos. Además, la culpa en Ítalo se acrecentaba, pues desconocía la existencia del diario íntimo de su mujer, y menos, que la primogénita se lo había devorado de “pe a pa”. Por ende ni sospechaba los verdaderos motivos en la decisión de Magdalena. Su salud sufrió otra recaída, se tradujo en altibajos de su glucemia que lo deterioraron y avejentaron diez años en un par de semanas.

Aun así, hizo alarde de su fortaleza. Se propuso ir posicionándose nuevamente en su rol familiar, en el plano laboral, y especialmente volver a sus jornadas de pedal con el viejo Charles. Él confiaba que su amigo y gurú le

ayudaría poco a poco a encontrar el rumbo de su propia felicidad, que mas allá de este conmovedor suceso familiar, seguía siendo su gran desafío.

Luego de tres semanas agónicas, mas cuatro sin pedalear, Ítalo volvió a encontrarse con Charles. No sólo para reanudar las salidas ciclísticas sino para encontrar alivio en sus escuetas pero sabias palabras. Salieron como siempre desde la plaza San Miguel. Apenas se vieron, Charles le dijo que no era necesario le contara lo sucedido durante esas cuatro semanas de ausencia. A diferencia de la mayoría de las salidas, esta vez Ítalo le pidió un circuito largo, le dijo que lo precisaba.

Directo por la ciclovía de Godoy Cruz, Charles encaro en dirección al puente colgante de Cacheuta. Ni bien entraron en la ruta panamericana - a pesar del riesgo que corre aquí un ciclista entre los autos- Italito le puso la bici al lado para hablarle, no podía aguantar un segundo más sin descargarse con él:

-Me es imperioso contarte lo que pasó estas semanas.

-Algún problema familiar seguramente...

-¿Cómo sabes Charles?

-Es lo que generalmente le sucede a cualquier hijo de vecino cuando altera su rutina: un problema familiar.

-Secuestraron a mi hija mayor, Magdalena.

-A la pucha che!!.

-¿Eso es todo lo que vas a decirme, “A la pucha, che”?

-¿ Que más querés que diga?

-La tuvieron secuestrada veintiún días a la flaca.

-Que lo parió!!...

-Charles ¿vos me estás tomando el pelo?

-¿Por qué me decís eso ingeniero?

-Te estoy contando que secuestraron a mi hija mayor y vos me hablás como si te contara que no hay tomates en la verdulería, o que no hay tortitas en la panadería.

-Y sí, que va ser ingeniero.... la vida

-Che viejo.... ¿vos me estás jodiendo?

-No ingeniero, es así, un día no hay tomates en la verdulería, otro día los panaderos no hacen tortitas, otro día te secuestran una hija.

-Ahh no.... vos te volviste loco viejo.

-No me volví loco che, a cualquiera, las cosas pueden cambiarle de un momento a otro.

-¿Qué me estás queriendo decir?

-Sabés la cantidad de veces que he sentido clientes de la farmacia decir lo bien que les iba hasta hace un ratito.

-¿Qué decís viejo impasible?

-Eso nada más, que las cosas en la vida: son como son.

Cuando el viejo Charles dijo esta última oración Ítalo se le despegó de al lado como si un fuego se le hubiese metido en las piernas. De la velocidad usual a la que solían pedalear -unos 15 km por hora de promedio- el ingeniero, en plena subida, aceleró a 40, al punto que el viejo Charles que siempre se tiraba a menos -para no despegársele-, no tenía forma de alcanzarlo.

Pedaleando como un desaforado, en la cabeza de Italito resonaban las últimas palabras del viejo Charles una y otra vez: las cosas son como son... las cosas son como son... las cosas...

Recién a la altura de “Los tontitos” -como en la jerga de los ciclistas le llaman a la última curva antes de entrar en pleno ascenso montaños, en referencia al cotolengo que había justo allí- el viejo Charles extenuado logró alcanzarlo. Y juntando aire a las bocanadas le preguntó:

-Mierda ingeniero ¿te andás dopando?

-No viejo, las cosas son como son, de un momento a otro....

-No te hagas el pícaro ingeniero, dale, desembuchá que te pongo la oreja.

-Magdalena...

-Lo de Magdalena ya está ingeniero, ya pasó.

-No pasó Charles, luego de pagado el rescate la soltaron pero ella no quiso volver a la casa.

-Y bue... las cosas son como son.

-Ahhh noooo perdóname, las cosas son como son y vos sos un pelotudo viejo...

-No falte el respeto che, la muchacha no quiere volver, no quiere volver....

-Para nosotros es tremendo lo que está pasando en la familia y vos mirá lo que decís...

-Mirá ingeniero, cualquier joven para poder ser el que tiene que ser, un día se tiene que ir de su casa.

-¿Así? ¿Cómo nos abandonó Magdalena?

-A veces hasta que no pasa algo fuerte en la familia los jóvenes no se van.

-¿Qué me estás diciendo viejo?

-Déjese joder...póngase contento carajo... que su hija se ha ido para encontrarse, y eso para ella es bueno.

Las posibilidades de relacionarse son infinitas, la amistad entre estos dos hombres lo es. Perteneciendo a una clase socioeconómica extremadamente diferente, la frecuencia con que se ven y las horas compartidas semanalmente son muchas. Pero eso si, como suele suceder con el de-

porte y ni que hablar en el ciclismo, el espacio compartido se restringía a la ruta, ni Italito, ni Charles entraron nunca uno a la casa del otro, salvo una gaseosa o cerveza compartida en algún bolichón rutero, nunca un café, ni un asado, ni una salida a ninguna otra parte. Claro que eran amigos, amigos de la ruta, pero asimétricamente, como ha sido siempre desde que el mundo es mundo, la división es clara: el pobre lo sabe todo del rico, el rico no tiene ni la menor idea de las cosas del pobre. El simple Charles, conocía mucho de Ítalo, Ítalo muy poco del viejo Charles. Sobre el final, fue que mi primo llegó a conocer algo de la historia de este viejo cadete de farmacia.

A partir de esta salida a Cacheuta con el viejo, algo cambió: “las cosas son como son” movió a Ítalo.

A pesar de la ausencia de Magdi, poco a poco la casa de los Montalvani volvió a estar ocupada por las rutinas de las cosas que ocupan cualquier casa: si hay que abrigarse porque hace frío, qué se almuerza hoy, quién fue el último que sacó hielo y no cargó la cubetera, a quién le toca llevar el perro al veterinario, adónde está el control remoto del televisor, quién busca tomates en otra verdulería, tortitas en otra panadería que en la de la esquina no hay. Uno se va acostumbrando a todo. Aunque parezca un sueño.

El tercer sueño de Charles

El viejo Charles es sencillo, rústico, y de pocas palabras. Un hombre de un inconmensurable mundo interior. El día del pedaleo a Cacheuta en que Ítalo le contó lo de su hija, por más que se mostrara como si nada frente a él, en un intento por minimizar el problema -algo que a menudo acostumbraba para aliviar la carga a los otros- en verdad, Charles quedó impactado con la noticia del secuestro de Magdalena. A tal punto se le metió en la cabeza el asunto del secuestro de Magdi, que se lo llevó a la cama y al dormirse preocupado ingresó derecho al sueño tres:

Domingo radiante de sol, salto de la cama a preparar la rutina completa para la ruta, elijo el conjunto preferido de camiseta, calza y medias, luego de estirar prolijamente las sábanas de la cama, para volver a encontrarlas así cuando me meta de nuevo a la cucha, dejo el conjunto sobre la cama, lavo con agua helada mi cara, cepillo mis dientes, que aunque soy pobre los cuido como perlas cultivadas porque cuando mi mamá me llevó al centro de salud de Las Heras, al perder mi primer diente de leche, y lloraba, la dentista me dijo: -No te preocupes que van a salirte los definitivos, si comes pocas golosinas y te los cepillas bien te durarán toda la vida. Y así tiene que ser, porque una boca sin dientes es como una bici sin ruedas, así cuidarás cada diente como el diamante más valioso que se nos ha concedido-; depilo mis axilas como cada domingo para no oler a transpiración, ni hoy ni el resto de

la semana, corto las uñas de mis pies para que la zapatilla no me lastime el dedo en la puntera, me visto completo, descuelgo la bici, la reviso parte por parte: primero los frenos, segundo las ruedas, tercero la transmisión, palancas, cadena, corona y piñón, luego lubrico los puntos claves para no sentir el más mínimo rechinar de los metales, lo cual puede amargarme la jornada ciclística, incluso el ruido de la cadena de otra bici, al pasarla, ya me altera, luego casco, inflador, cámara de repuesto, parche y solución, caramañolas con agua y sal, un pedazo de membrillo y la pistola calibre 22 por si alguien osa robarme la bici. Así, con lo mejor que tengo como equipo, especialmente mis gambas totalmente untadas con “Átomo desinflante” para evitar los calambres estoy listo para mi sueño preferido.

Ni bien pongo los pies en la vereda giro para sacar la bici, el sol me encandila y antes de la primera bocanada de aire con la que se inicia cualquier cosa, pues sin aire no se hace nada, un tipo me sorprende con un bate macizo echado pa’ atrás, me increpa gritando

-Viejo, ¿la vida o la bici?

- La vida culeado-, le respondo.

Llevo la mano para agarrar el chumbo, pero él me gana - porque mientras yo decido, él ya está decidido-, cuando giro siento el bate estrellarse en mi frente y... apagón.

Es lo mejor que me pasó en la vida. No soy masoquista, cuando reacciono no estoy en el centro de salud, ni en mi cama, ni en el hospital central. Estoy en el medio de cientos de otros ciclistas montado en mi máquina pronto a la largada. Lejos del disparo de mi pistola, la que afortunadamente no llegué a disparar - pues si le disparaba me perdía el palazo y todo esto-, el estampido de la bala que suena, es el que marca la salida de la carrera. Arranco como flecha, es lo único que sé hacer en esta vida: pedalear. De entrada voy pasando ciclistas uno tras otro, subidas y bajadas no hacen más que darme más fuerza; el paisaje es completamente desconocido, puestos de hidratación y alimentos a cada tanto que apenas me distraen por lapsos breves, gente saludando aplaudiendo y gritando por todas partes, sé que son palabras de aliento por las caras, pero no entiendo un pito lo que dicen, yo solamente pedaleo, así pasan días y noches, llegadas a metas donde multitudes aplauden más y más, y me suben a un podio, y me cuelgan medallas, y me dan instrucciones, yo muevo la cabeza diciendo que sí, pero sigo sin entender un bledo lo que me dicen, me hablan en un idioma que no tiene nada que ver con el que se habla en Las Heras, lo único que quiero es volver a salir a pedalear, me meten en una casilla rodante de lujo, me hacen masajes de lujo, y me meten en una cama de lujo, yo extraño la mía pero me acuesto igual; y cuando me quiero acordar, de nuevo estoy montado en la bici, sigo pasando huevones que me

miran extrañados cuando con el cuello torcido los sigo con la mirada por un rato, no los estoy sobrando, lo que pasa es que ando sobrado, muy de vez en cuando me prendo a un pelotón para dejarme tirar por alguno, al ratito agarro de nuevo la punta y me descuelgo. De vez en cuando encuentro alguno tirado con la bici y me detengo para ayudarlo, ahora, cuando me topo un pelotón chocado con muchos tirados, no tengo lo que aportar, atento como voy, los esquivo y salgo adelante, que Dios me perdone pero tengo que seguir, y otro puesto de hidratación, y más comida, y más aplausos de aliento, y otro podio, y otra colgada de medalla, y más discursos en idioma que no entiendo, y otra casilla, y otra cama que no es la mía, y así, más días y más noches, y de nuevo a la bici, es el último día, el ascenso no afloja, la bajada no llega nunca, por primera vez las pantorrillas queman como nunca antes, pero lejos de aflojar le mando pata al pedal, por supuesto que ya estoy parado en las punteras y a esta altura no apoyo los cachetes más en el asiento, el corazón es un redoblante que estalla en el pecho, no estoy transpirado, estoy mojado como si me hubiera metido en el Zanjón de los Ciruelos aquellos pocos días del año en que todavía pasa agua. De repente, dos motos gigantes se me ponen al lado con todos los guiñes prendidos, bocinando sin parar, a estos huevones no los puedo pasar por más empeño que pongo, salgo de la última curva, ahora sí: una bajada que parece un tobogán y un puñado de gente, no... un puñado

no... son miles de personas saludándome como si yo fuera Juan Domingo Perón el día que visitó Las Heras, la cinta en el arco de la que parece ser la meta final está a un paso de alcanzarme, por primera vez en todo el recorrido entiendo algo de lo que pasa, con toda la dificultad que tengo yo para leer de corrido, leo el cartel: "Le Tour de France".

Un segundo antes de cruzar la meta, el ruido ensordecer de todos me trae de nuevo a la cama empapada de Las Heras. Me despierto acalambrado hasta la nuca, pero más feliz que choco con dos colas, este es uno de los cuatro grandes sueños que yo sueño: acabo de ganar el Tour de France.

Otra vez, yo, el que escribe

Yo, el que escribe, el primo de Italito, soy hijo único. Ser hijo único es algo que no tiene sentido explicar pues el único que lo puede entender es el que lo es, lo único que sí voy a explicarles es lo siguiente: cuando no se tiene hermanos uno se los busca. A quien yo adopté como tal, desde muy niño, fue Ítalo. Eso sucedió en una etapa de la vida donde es imposible entender cómo un primo hermano de tu edad, de tu misma familia, con tu mismo apellido, puede tener de todo y uno casi nada. Es una edad donde también pensás que aquel que tiene de todo es totalmente feliz. Cada vez que nos encontrábamos yo decía: que feliz sería si yo tuviera unos botines de esos... una bici como esa... que feliz sería si... Era tal la admiración a esa supuesta felicidad de mi primo, y la facilidad con que yo me mimetizaba, que yo imaginaba ser él.

Sin embargo, gracias a él, logré sentir que lo material no espeja, ni remotamente, cuan feliz se consigue ser por dentro.

Un auto, muy andado, en lo de un pícaro agenciero de autos, bien pintado y lustrado, parece impecable, pero el exterior no es ni un atisbo de garantía que el motor esté saludable. Así lo reflejaba Rolo, el compadre de mi papá. Un tanguero compadrón cajetilla y elegante pero achacado por dentro que gustaba ser sincero. Cada vez que al-

guien le decía “¡Rolo, se te ve impecable!”, su contestación sistemática: “Y... si no me levantás el capó...”.

Así fue con Ítalo. A medida que mi primo me dejó ir entrando en su motor, desmitifiqué eso de creer que el jardín del otro es siempre mejor que el de uno. Viéndole por dentro me di cuenta que, aunque se tenga todo, eso no es garantía de nada. Aprendí gracias a él, que para ser alguien en esta vida, en cualquier condición, lo único que podemos hacer es insistir.

Su papá y el mío estaban peleados a muerte. Injusto es traspasar a la descendencia rencores del imbécil mundo adulto. Por suerte transgredimos el mandato. Desde chico los encuentros con mi primo tenían el sabor de lo prohibido, con todo lo que eso significa cuando se es un purrete.

En el reparto de esa disputa, a mi viejo le tocó quedar pobre, al papá de Ítalo rico. A mi primo y a mí nos parecía imposible que hermanos pudiesen haber llegado a lo que llegaron ellos. En esos furtivos encuentros clandestinos en el baldío, la plaza o el parque, en que desde niños supimos franquear la barrera del rencor familiar, charlábamos, durante horas, que a nosotros eso nunca nos iba a suceder.

Cada vez que nos veíamos con Ítalo, yo no entendía cómo alguien con esas zapatillas Adidas nuevas, ese flamante equipo de gimnasia Diporto, las remeras Lacoste de va-

riados colores, y esa facha toda, podía tener esa melancólica tristeza que siempre lo atravesaba.

Él, reservado, de pocas palabras, era ínfimo lo que dejaba ver de sí. Yo era el que llenaba sus huecos de silencio con preguntas. Cada vez que Ítalo intervenía - aún teniéndolo todo- inundaba la atmosfera de una melancolía que a esa corta edad yo no lograba comprender

Uno de esos domingos en que la siesta cuyana se apodera de cada hogar mendocino como si éste fuese un pueblo fantasma, Ítalo me invitó al cine. No sólo sacó las entradas en la boletería de la calle Paso de los Andes 1634 de Godoy Cruz -donde el programa por aquellos días ofrecía por una bicoca la entrada con derecho a tres películas, la principal y dos de complemento- sino que en los dos intervalos me pagó el bombón helado, los caramelos de dulce de leche, el maní con chocolate y la gaseosa. Fue ésta la primera vez que yo ingresaba a un cine, jamás lo olvidaría. Teníamos por entonces la misma edad que el flamante Cine Sportman, ocho años.

Desde que ingresamos a la sala –en lo que podría denominarse mi debut cinematográfico- me invadió una excitación descomunal por toda aquella mística: unas pesadas cortinas rojas al fondo debían ser corridas por uno mismo al pasar, recuerdo lo sucio que lucía ese símil terciopelo de cuarta categoría, de lejos parecían las cortinas de entrada al paraíso, de cerca, al infierno. Inmediatamente in-

gresamos, una chica hermosa de camisa blanca y corbata negra nos entregó los programas, mi primo sacó unas monedas, se las dio; en el programa que leí detalladamente, además de la información de las tres películas estaba la propaganda de los anunciantes, me llamó la atención que eran los mismos que se oían por los parlantes en la cancha de fútbol cada vez que mi viejo me llevaba a ver jugar huracán las Heras: *“Casa Bermudez”, “Pinturerrias Ripon”, “Gomerías Verdini”, “Felipe Bellene”* y las legendarias grandes *“Mueblerías El Triunfo”*. Cuando me senté en la butaca, los jingles sonaron en mi cabeza una vez más: *“Compre en Gomería Verdini por que Verdiiiiini sabe de cubiertas”*; *“Felipe Belleeeeeeneeee la casa que le conviene”*; *“Para el mundo del deporte Casa Bermudez primera”*, y la inmejorable y triunfal... *“Proponga el plan de pago que usted quiera para llevarse un mueble de primera... El Triunfo su mueblería... Don Lázaro lo espera... Colón 43 frente a plaza Godoy Cruz...El Triunfo su muebleríaaaaa”*. Todas, de la época en que un jingle bien cantado en la conjunción de letra y melodía componían una fuerte estrategia de marketing. En especial por la forma en que todos los esperábamos en los lugares de encuentro donde estallaban los parlantes.

Esperaba ansioso que la película empezara, todavía faltaba. Por los costados izquierda, derecha, desde atrás, a toda velocidad, ingresaron dos vendedores uniformados con un saco brillante de color bordeaux, pantalón negro,

camisa rosada, moño gris, una especie de cajón de ropero marrón barnizado agarrado con un cinturón al cuello; los dos tipos a los gritos voceaban sus productos. Con una voz grave, ronca y nasal, en una cadencia coral que ha quedado almacenada en la memoria de mis oídos, con la misma nitidez que aquella vez: *“Chocolaaates... caramellosss... maní con chocolateeee... bombón helaaadooo”*. Y lo repitieron hasta que el cajoncito quedo casi vacío por las ventas- a pesar que los precios triplicaban el de cualquier quiosco de afuera-. Con el tiempo entendí la teoría de los reflejos condicionados. De la misma forma que un perro, cuando siente sonar la latita de su comida, comienza a babearse, los humanoides, cuando entramos al cine, nos babeamos ante el pororó o la coca-cola asociada con la pantalla, aunque no tengamos deseo, aunque nos vacunen con absurdos sobrepuestos. Una costumbre del país del norte que, fomentada por las estrategias de las corporaciones de las multisalas, tortura despiadadamente con mandíbulas crujientes a quienes sólo asisten al cine para lo único que debería irse al cine: para sentarse a ver una buena historia.

Nos sentamos en la primera fila. Prácticamente debí acostarme sobre la silla cuando apagaron las luces, pues la pantalla estaba muy alta, si me hubiese quedado sentado apenas si les hubiese conseguido ver los pies a los actores. De todos modos, apenas comenzaron las primeras imágenes no pude concentrarme. Doblando el cogote pa-

ra atrás, me distraje viendo cómo con una linterna la acomodadora seguía guiando a la gente para que en la oscuridad lograran ubicarse sobre las butacas. Esas cogoteadas curiosas cada vez que volvía a entrar la acomodadora, aun después de mucho rato de comenzada la peli, cuando alguno comentaba el argumento, otro sacaba el papel ruidoso de los caramelos de dulce de leche, cuando algunos vaciaban el maní con chocolate haciéndolo sonar contra las paredes de la caja amarilla transformando el embalaje en sonajero, o cuando varios hacían callar con un colectivo “Shhhhh”, me pusieron nerviosísimo. Esos giros permanentes, más el cuello para arriba durante las tres películas, me recuerdan el dolor de cogote más fuerte y duradero de toda mi vida -como será que en la actualidad si no encuentro lugar en la última fila de la sala no entro-. El dolor me duró tres semanas. Cada vez que debía mirar para atrás tenía que darme vuelta en bloque; esa rigidez de cuello sumada al gamulan medieval con el que mi madre me mandaba a la escuela todo el invierno, hizo que los compañeros se me burlasen cada vez que intentaba girar. Mi rigidez con los brazos abiertos como las aletas de un pingüino, se asemejaba a la estatua de Sarmiento que había en el patio. Nadie más agresivo que un niño de corta edad cuando se propone serlo. Durante esos 21 sufrientes días tuve que soportar más apodosos y cargadas que el controvertido referente de la educación

argentina. Que hablando de jingles... *“Suenen campanas al viento, me cacho en Sarmiento que me hace estudiar”*

A pesar de las accidentadas peripecias en mi debut estelar, el entusiasmo que me inundó al comenzar mi primer filme, es indeleble a la memoria. Adentrado en la trama, de vez en cuando sacaba los ojos de la pantalla para observar a mi primo, él no reía, debe haber sido la única persona que no lo hacía con las desventuras de Cantinflas. Yo no sabía hasta entonces quién era ese personaje de bigotitos, chaleco y botitas, que hablaba a mil por horas en el primer film de aquel triatlón de la generosa época del cinemascope. En la segunda película, *“El profesor Hippie”* con Sandrini -a ese ya lo conocía de la tele porque a mi viejo lo hacía reír y llorar al mismo tiempo- pasó lo mismo, cuando todo el mundo estallaba en una carcajada yo volteaba la cabeza para verlo, él, inmutable, miraba la pantalla sin pestañar. La última película fue una del Gordo y el Flaco, en esta explotará de la risa pensé. Así fue, sólo que en las partes en que él reía nadie lo hacía, entonces ya no era yo solo, sino que todos en la sala lo buscaban con la mirada como diciéndole *“¿A este marciano qué le pasó?”*. Ítalo -en esa edad donde ni remotamente estamos en condiciones de entender lo que significa aprender- me enseñaba que se podía ser distinto. Gracias a él, en aquellos días, me di cuenta que yo sería escritor. Que la única forma que yo tenía de procesar lo que veía, era escribiéndolo en un papel.

La llegada de Magdi a Brasil

La alegría de Alvarito -como lo llama cariñosamente Magdi- es un fiel reflejo del jactancioso eslogan que se empeña en afirmar que “la alegría es brasileña”. El musculoso moreno lleva estampada en el rostro una sonrisa que no se borra con nada. Además, por esos días, se empeña en hacerle bromas a su amada tras un intento por aliviarle el duelo de haber renunciado a su familia. Desde el primer día en la “Cidade maravilhosa”, se esmeró, cual guía turístico profesional, en pasearla por los íconos emblemáticos de la ciudad. Al final del ajetreado tour caminan descalzos por la orilla del mar. Ella, con las ojotas hawaianas entre los dedos de sus manos. Él, con su animado portuñol hace una absurda comparación Mendoza-Río de Janeiro:

-Magdi, no me vas a comparar la Avenida del Mar de Copacabana con la Avenida Las Heras... no me vas a comparar el Cristo Redentor del Corcovado con el monumento del General San Martín...no me vas a comparar el Pan de Azúcar con el Cerro de la Gloria, no me vas a comparar el mar de Río, con el río Mendoza, no me vas a comparar Copacabana con....

La comparaciones nunca han hecho bien, en este caso, la ironía hacía destornillar de la risa a Magdalena y de ese modo, el ex jefe de la banda internacional de secuestros, dejando su turbio pasado atrás, lograba el objetivo de ali-

viarle la carga a su amada aportándole alegría en esta nueva etapa.

Ese día, en el puesto diez de la preciosa playa de Ipanema, frente al morro “Dois Irmaos” -resto viviente de la época en que del viejo continente de Gondwana emergieron esos picos rocosos tan propios a la ciudad de Rio de Janeiro- se encontraban tomados de la mano sentados junto a una multitud. Esa costumbre playera, que en el mayor de los silencios, jóvenes y no tan jóvenes -frecuentemente en estado marihuanero- contemplan la bajada del sol estallando en un agradecido aplauso que pone fin a la jornada de lo que volverá a suceder mañana. Ella sacó la mirada del sol ya caído, girando hacia él le dijo *-Me encanta este lugar, y te amo-*.

El la abrazó con una delicadeza celestial, con una liviandad por ella imperceptible: Alvarito le puso la mano derecha sobre sus hombros, la izquierda en el centro de su abdomen, permitiendo así que este se elevara y hundiese con cada ciclo respiratorio. Si bien hablaba perfectamente el español, esta vez arranco el parlamento en su lengua natal, aunque ella, aun, no lograra entender el portugués, asintió pareciendo comprender claramente

Há três características que definem minha cidade: sua beleza , a devoção a viver o presente , e a vitalidade do seu povo

-“La belleza” para el carioca es crucial, no es que no haya cosas feas por aquí, mas el sentimiento por lo bello gana. Basta la claridad con que arranca cada mañana, para convencer que a la estética de esta ciudad no hay otra que se le compare. La energía en permanente carga por el sol y el mar de esta generosa bahía se deja ver en los cuerpos, aunque parezca banal, esos cuerpos no son mera carne de exhibición, al servicio de la danza, la música y el amor, en su mayoría son artistas naturales que dignifican el presente en el impulso de vivir por vivir.

“El presente” es la fuerza que nos humaniza. Instalarse en el aquí y ahora no es asunto amoral, al contrario, para que el presente sea sustancioso, se precisa de un amor elevado como el nuestro: dulce o amargo, tranquilo o agitado, el único tiempo humano con el que contamos es el envolvente presente de cada respiración... como este infinito mar que respira con cada ola... amada mía, respira profundo sin aflojar la sonrisa, inunda tu alma de gozoso presente, estas frente a la bahía de Guanabara, estas en Río de Janeiro

“Su gente”, lo que da sentido a este lugar es la mayoría de su gente, aquellos que no ambicionan, los que están fuera de los intereses del mercado, los que se amoldan conformes, con casas de techo precario y grandes antenas de televisión, no entienden de psicología, no tienen dinero, ni metas, no serán protagonistas de ninguna revolución, salvo, la de cada carnaval, son creyentes e hipote-

can su presente ante Dios por un futuro celestial mejor. Aunque no tengan buena prensa, en su gran mayoría detestan la violencia. Si bien la violencia circundante del mundo es como un virus que contagia a todos, pelear trae culpa, la culpa entristece, y lo que el carioca intenta por sobre todas las cosas es ser feliz y hacer el amor antes que la guerra. Para otros, la vida sin éxito no tiene sentido, para ellos si. Saben hacer lo importante: abren caminos, levantan casas, tienden puentes, cortan los frutos maduros, caminan y danzan bamboleando sus cinturas, con plena destreza corporal son capaces de pasarse horas manteniendo la pelota en el aire, amasan las amarguras con altura, ríen sin pudor exhibiendo los huecos que dejan los dientes caídos en la batalla de cada día

El resto de los sentidos se despliega por el mundo, pero el tacto aquí es diferente, las caricias, los besos, los abrazos recobran mas sentido en Río de Janeiro. Relajados, sin ansiedad, respiran, comen, beben, hacen el amor y duermen. El corazón late tranquilo. La sangre fluye. Los saberes de Río son perezosos. El dinero que todo tiñe, aquí no lo consigue, hasta los malandras tenemos nuestros principios, hasta las putas, que son las más lindas del mundo, aquí se dejan un margen disponible al amor fuera de las leyes de mercado

No se si es por influencias de sus grandes compositores... cantantes... poetas... o por que directamente aquí se nace

sabiendo que la vida es una sola y que no se puede rebobinar para atrás como en una película. Más que el amor que sostiene a la especie, más que ese amor incondicional que algunos privilegiados gozan al darse al prójimo, es el amor a la naturaleza y a su creador, lo que empapa de fe y religiosidad a nuestra ciudad. Al carioca no le queda otra alternativa que amar este milagroso paisaje, y a su eterno creador en cada amanecer

En cada gesto Río es única. Su gente sabe aceptar el presente de sus vidas por lo que es, no por lo que podría haber sido

- *¿Qué es lo que más desearías en esta vida Magdi?*
- *Viajar contigo a cada estrella de este mundo, ¿y vos?*
- *Que tus ojos sigan brillando como cada una de esas estrellas cada vez que me miras*
- *Adoro el modo en que dices las cosas*
- *Este paisaje, este bendito y exuberante paisaje de floresta... montaña... mar... danza con la música, igual que su gente. Así como Dios ama esta tierra, así te amare por siempre yo. Cuando estés feliz, de igual modo lo estaré, y cuando sufras, a tu lado sufriré.*
- *Alvarito, te puedo preguntar algo?*
- *Por supuesto mi amor*
- *Que fue lo que te llevo a hacerte un delincuente?*

- *Esto nunca se lo dije a nadie, pero a vos te lo voy a contar, por que entre nosotros no tiene por que haber secretos: yo hubiese querido ser político, pero como no tuve chance, me dedique a la delincuencia... que es casi lo mismo-* Fundidos en un abrazo, rieron a las carcajadas

En silencio caminaron por el verdín de las playas en dirección al tradicional Copacabana Palace, el hotel cinco estrellas, donde como sorpresa, Álvaro, la haría dormir esa primera noche. Antes de salir del aeropuerto, sin que ella supiese, había confirmado la reserva para festejar que la mochila de mano en la que llevaba el medio millón de dólares, no fuera revisada en la aduana -vaya rescate pagado por alguien que no devuelto, se convierte en la mujer del propio secuestrador-.

A pesar del enorme cansancio, la ansiedad de Álvaro pretendía mostrarle todo el primer día. Dejaron los bolsos y el dinero en una caja de seguridad del hotel, siendo más de las 22 horas, subieron a un colectivo de la costa que llegaba hasta “Barra da Tijuca”, para que así, sin bajarse de él, ella apreciara cuántos kilómetros de hermosa playa les aguardaban adonde él pretendía hacerla vivir como una reina los años venideros.

Cosa rara en esta populosa ciudad, donde los colectivos suelen circular atestados de gente, esta vez viajaban solo ellos dos y un hombre muy viejo, que primero estaba solo, luego subió un joven con uniforme escolar y mochila

que se sentó junto al hombre en el asiento doble. Cuando ella le preguntó por qué habiendo tanto espacio en ese enorme colectivo, el joven se sentaba pegado al viejo, Alvarito, que había estado bastante tiempo delinquiendo en la Argentina y conocía bien la idiosincrasia del país, amplificando su sonrisa le dijo: *-Vas a tener que acostumbrarte, aquí: en el colectivo, en los bares, ni hablar durante el carnaval, a la gente le gusta juntarse, aquí elegimos estar pegados uno al lado del otro.*

Rondando la media noche, cuando bajaron del micro en una de las calles transversales a la Avenida Atlántica, en pleno Copacabana, se sentaron a tomar un jugo en la barra de esos típicos puestos llenos de frutas que le hacen sentir a uno que está en el medio del trópico. Ahí, ella le habló eufórica. El diálogo fue creciendo como una cascada:

- Pondremos uno de estos puestos de jugo aquí.

-Claro -respondió él tomándole de las dos manos- Aquí jugo se dice suco, en homenaje a tu lugar de origen, le llamaremos "Lanchonete Las Heras".

-Me encanta, así se llamará definitivamente -dijo ella-. Yo haré las famosas empanadas mendocinas de carne.

-Sí, nos haremos famosos por ellas, luego abriremos un par de sucursales más en las playas cercanas, viviremos felices por el resto de nuestras vidas-.

En el medio del gentío apretado de la barra, sellaron el pacto con un apasionado beso que no atinó a ocultar la pasión de sus lenguas. Cuando chocaron las copas, la de ella con “suco de laranja”, la de él con “suco de abacaxi”, festejando en ruidoso brindis, la concurrencia del bar aplaudió con esa calidez tropical que lo hace sentir a uno parte de todos.

Lo que a otros lleva una vida de prolegómenos sin concreción, en el caso de Magdalena Y Álvaro se cristalizó en esos escasos minutos. Avorazados en la convicción, “Lanchonetes Las Heras”, uno en Copacabana, el otro en Ipanema, el tercero en Leblon, en poco tiempo se hicieron realidad.

Para los escépticos que no creen en el destino: Si Magdi no hubiese encontrado el diario oculto de su madre, si no hubiese sido secuestrada, si ella no hubiese descubierto el amor en el jefe de la banda de secuestradores -tres cosas que perfectamente podrían no haber sucedido- , Magdalena seguiría en su casa pegada al Zanjón de los Cielos, en el viejo distrito de Las Heras junto a su familia. Los sucesos tenían otros planes con ella, y por ende, con quienes tienen que ver con ella

Cuando el reloj marcaba exactamente las cero horas - entre el domingo primero y el lunes dos de junio- en la habitación número 17 del último piso del Copacabana Palace, completamente desnuda, de pie, contemplando el in-

menso mar apoyada contra el vidrio del balcón, Magdalena era penetrada desde atrás, ni brusca ni delicadamente, por su amado. En una cabalgata sin límites, la espalda de ella sudaba, y él, extendiendo las caricias, se la secaba con la palma de su mano. Para total sorpresa de Álvaro, un inesperado charco de sangre sobre la alfombra blanquísima completaba el amoroso ritual. A los pocos minutos de la rotura de la virginidad de Magdalena, un grito gigante en orgasmo simultáneo anunciaba la llegada de un brote.

El protagonista

En los relatos ficcionados o reales -al final es lo mismo- dicen que descuidar el protagonismo del protagonista, hace que una buena historia corra serios riesgos de irse a la mierda. Por suerte, Silanes, el poeta del barrio de la infancia, me lo recordó justo a tiempo.

El protagonista de esta historia, es mi fetiche, es mi primo Ítalo. Y justamente cuando la historia de su familia desbarrancaba, los sucesos, y la asertividad del viejo Charles sugiriéndole que aceptara los sucesos como una oportunidad: *“que las cosas son como son”*, lo trajo por fin a la vida.

Fue el revés sufrido en la decisión de la primogénita lo que sacudió a Italito. Al final, nos digan lo que nos digan, las personas solo aprendemos -apenas algo- de lo que en carne propia nos sucede.

Lo que en un principio pareció una serie de sucesos absurdos, esto de que Magdalena fuese raptada, la posibilidad de juntar un millón de dólares como si nada, que luego de pagado el rescate ella decidiese no volver a verlos, y como si fuera poco, marcharse con el jefe de la banda a iniciar una nueva vida a otra parte, de absurdo no tenía nada.

De sus cinco hijas, justamente la que no lleva su propia sangre, fue la que logró traerlo a la vida. Sin restar dra-

matismo a los hechos, fue a partir de ellos que Italo comenzó a tratarse dignamente.

Mi primo Ítalo es buena gente, un día merecía sospechar algo de lo que va este asunto de vivir. Como yo, el rey de la mimesis, soy casi más mi primo que yo, directa e indirectamente la dulce Magdalena nos salvó a los dos.

Si bien mi primo nunca se trago el amague de que la plata lo es todo, esto de haber tenido muchos millones más de los necesarios para el rescate, aun así, no haberla podido traer de nuevo a casa, terminó de enseñarle: que sí, que es mejor enfermarse con guita, que es mejor separarse con guita, que es mejor mudarse de país con guita -como lo hicieron Magdalena y su amado brasilero con la guita que Ítalo pagó por su rescate-, y que siempre hace falta un mínimo de guita para vivir dignamente, pero que la guita no lo compra todo, mucho menos “La felicidad”

Que ella, a pesar de no ser su hija carnal, siendo su preferida, optara partir para hacer su propia vida, le marcaba en las narices que él tenía que empezar a hacer la suya. Eso hizo. Poco a poco fue entendiendo – como ya lo dijo dos mil años atrás el flaco Jesusito- que la mejor forma de pensar en los otros, es pensar en uno mismo. Que cuando uno se deja de lado, también deja de lado a los demás.

A tal punto fue así, que además de las cosas domésticas de todo hogar - que si hay que abrigarse, qué se come,

quién saca el perro, quién compra el pan, quién carga hielo en la cubetera, que adónde quedó el control remoto-, la historia de la familia Montalvani se transformo por dentro. Italito lideró un cambio, que aun con la ausencia de Magdalena, fue recomponiendo el rumbo de cada integrante de la familia. Incluso Alicia, para sorpresa de los psiquiatras, y especialmente de mi primo, comenzó a salir de esa depresión culposa que la acechaba, tomando la infrecuente iniciativa femenina de amar a su marido cada noche con la misma pasión que cuando eran novios.

Esto de, después de 20 años de casados, encerrarse con llave en la pieza matrimonial a cualquier hora, poner la música fuerte para que las chicas no escuchen y volver a tener sexo como en los inicios, no fue un tema menor para la pareja. Mi primo, colorado como un tomate cuando me lo contaba, yo camaleónico como de costumbre, ruborizado a tono con él: *-Vos que sos soltero, no entendés lo que significa volver al tener sexo con la esposa como cuando éramos novios, no te das una idea cómo te pone las pilas.* Recién ahí, Ítalo, ya con cincuenta pasados, entendió que buscando su propio placer, el sexo era pleno para ambos, y así le daba, también a ella, la chance de hacerse cargo de lo suyo. Esas prolongadas jornadas de lujurioso amor acompañadas de gemidos y gritos -de ahí el volumen del equipo en la pieza-, permitieron que Alicia, ya cuarentona, volviera a embarazarse cuando menos

lo esperaban, pero cuando más falta les hacía, como cada vez que llega un pibe a este loco mundo.

Con pocos meses de diferencia, Alicia y su hija Magdalena estarían pariendo, cada una, su propio hijo. Alicia y mi primo Ítalo, tendrían en pocos meses su primer hijo varón y su primer nieto. Sus hijas estarían prontas a ser hermanas de un varón y tías por primera vez de otro. El nuevo Ítalo de Las Heras, exactamente de la misma edad que el nuevo Ítalo made in Brasil, serían tío y sobrino respectivamente.

Ítalo & Ítalo Monttalvanni: Las Heras-Brasil sin escalas, auguraban lo que sería la empresa familiar más fuerte del tan ansiado Mercosur.

Magdalena en su nueva tierra

Si bien Álvaro trabajaba muchísimo en el despegue del primero de los “Lanchonetes Las Heras” -montado a metros de la Avenida del Mar en pleno Copacabana- tenía claro que en primer lugar estaba cuidar a su mujer, estar junto a ella el mayor tiempo posible. Esto no le acarreaba ningún sacrificio, apenas asomaba el sol –luego de un nutritivo desayuno de variados frutos tropicales y “sucos” que el mismo preparaba- acompañaba religiosamente a su amada a caminar alrededor de la pintoresca laguna “Rodrigo de Freitas” cada mañana. Entendía que transmitiéndole a Magdi el amor que él sentía por la cultura de su ciudad, haría rápidamente que ella también la hiciese propia. Inundado de un fanatismo inocultable, le hablaba sin respiro:

-La pelota de fútbol, los bananos, coqueros, palmeras, y hasta las particulares montañas rocosas de Brasil, hacen una curva de este paraíso. Su música, la cadencia del Bossa Nova -que ella ya conocía por los discos de su papá-, la danza y la poesía de todo Brasil prosperaron en Río de Janeiro, de aquí irradiaron al mundo entero.

Si el fascismo, la derecha, los dogmatismos, las dictaduras, los totalitarismos son una línea recta, la democracia, los matices, lo alternativo y la libertad son una curva. La cultura de Brasil, curva, supo resistir los momentos de máxima tensión durante la dictadura, pues no había for-

ma de enderezar a un Vinicius de Moraes, a un Chico Buarque, especialmente al enorme arquitecto Oscar Niemeyer. Para que ese movimiento “curvo”, tuviese la impronta mundial que tuvo, fue decisiva su arquitectura. Magdi, aquí veras su monumental obra por todas partes. Curvó edificios por doquier, además proyecto la modernísima capital de Brasilia que un día visitaremos. Su trazado, único en el mundo, marco el rumbo que engrandece este coloso país día a día.

Este arquitecto trascendente murió no hace mucho, poco antes de cumplir 105 años -nunca se sacó el cigarrito de la boca, parece que la longevidad pasa por otro lado- decía que tener más de 100 años era una mierda. Entre otras pálidas, al veterano le tocó enterrar a su única hija cuando ella tenía 82. Él, que rodaba por el mundo desparrramando su profesión, dijo claramente en uno de sus escritos: “Quiero mandar todo esto al carajo, volver a disfrutar mi país con la gente que me lo dio todo”.

Álvaro, irónico, le decía a su mujer: -Sin afán de compararme con un gigante de la talla de Niemeyer, a mí, en lo profesional, me pasaba lo mismo que a él, a pesar del éxito internacional, yo quería regresar a Rio, mi ciudad. Los dos juntos volvían a reír con esa complicidad inigualable que sostiene el enamoramiento, mientras que Álvaro – ansioso como niño con bicicleta nueva- le caminaba al costado tironeándole del brazo e insistiendo con las bellezas de su Brasil natal.

Nadie hubiese podido imaginar jamás que esas palabras surgiesen de un reciente ex jefe de secuestros internacionales: *-Esta particular calzada peatonal blanquinegra que bordea esta laguna, todas las playas de Río de Janeiro, y del Brasil en general, fueron diseñadas en ambos colores como un reflejo convivencial entre blancos y negros que por aquí pisan. No sé qué hay de cierto en la historia, tal vez fue sólo una importación formal de la colonización portuguesa. Yo sólo sé, que a mí, que soy hijo de una mujer negra y un hombre blanco, este particular embaldosado blanquinegro del paseo marítimo, me insufla desde niño, la ingenua esperanza de sentir que, al pisarlo, nos unimos todos.*

Hay algo más en eso que exageradamente repetimos los habitantes de este coloso país: la alegría no sólo es brasileña, aquí, donde el treinta por ciento de la población es negra, los negros fueron a la lucha, y hoy, la alegría también es blanquinegra.

Magdalena, notó en toda la gente que caminaba, corría, o pedaleaba alrededor de la laguna de Ipanema, sin grandilocuencias, sólo circulando sus cuerpos por allí, arredondaban la humanidad. Eso es lo que ella siente cuando se mueve por esa acuarela multirracial, que la vida se curva.... Que aquí la vida se le arredonda.

A los pocos meses de residir allí, Alvarito se enorgullecía por el objetivo cumplido. Magdi, una mendocina de fami-

lia acaudalada, ex estudiante sobresaliente en la carrera de sociología de la Universidad Nacional de Cuyo, imbuida de la izquierda como cualquier joven sensible de su edad, con los ojos vidriosos de emoción le decía: *-La multiplicidad en sinfonía de matices, seguro que costó sangre, no fue de un día al otro, pero a diferencia de la Argentina, donde los negros sólo fueron carne de cañón, aquí la convivencia racial es logro conquistado. Imaginate Alvarito que yo, una Montalvani de clase alta y raigambre mendocina, aquí en Brasil voy a tener un hijo con un negro marginal. ¿Cuándo iba a hacer algo así yo en Mendoza? Y como locos volvían a reír interrumpiendo la devolución de Magdi.*

-A veces como argentina me siento rara, pues en poquito tiempo, casi quiero más a este país que al mío. En especial a su gente y su "jeitinho brasileiro". Esta cadencia geográfica, musical, poética, sobre todo corporal, que tan bien refleja este arquitecto Niemeyer que me has señalado, que con sus curvas de concreto simboliza esta potencia multicultural que me fascina.

A medida que se arredondeaba la panza de Magdi, la vida en general se arredondeaba para esta nueva familia. En pocos meses ella dejó de hablar el español, comenzó a hablar el portugués fluidamente. Se lo había propuesto para cuando naciera su hijo brasileiro, todo lo que se proponía lo lograba. Para cuando su Ítalo nació, ella ya era una brasileña más.

Mi primo y yo

Partiendo de la base que “todos nos vamos a morir” se puede hablar de cualquier cosa. Sin partir de la base que “todos nos vamos a morir” no se puede hablar de nada. Entonces partiendo de la base que todos nos vamos a morir, si hay algo por lo que vale la pena vivir es por intentar saber qué es lo que se quiere, sencillamente, intentar hacerlo.

Para mi primo Ítalo era difícil. Si bien, desde pequeño, él sabía lo que quería, desafiar a su entorno para lograrlo era prácticamente imposible. Su sueño de siempre fue ser mecánico, sí, mecánico de autos. Lo más aproximado que pudo lograr en su entorno, fue ser ingeniero en electro-mecánica, con la esperanza que aquello lo acercara un poquito a lo que de verdad deseaba.

En mi caso, nunca me propuse ser escritor. Menos mal, pues proveniente del Montalvani pobre, si en algún momento hubiese osado decir que quería ser escritor, hubiesen intentado hacerme desistir de inmediato, seguramente me hubiesen convencido. Un joven de cualquier casa tiene que pensar en un trabajo serio, más, si viene de una casa pobre. Y ser escritor no es un trabajo serio.

En el caso de mi primo, el mismo día en que Alicia le contó que estaba embarazada de este tardío e inesperado hijo para un cincuentón, él decidió, por fin, abrir su propio taller mecánico. Si bien no tenía la posibilidad de

robar tiempo a la empresa familiar, pues era sobre sus espaldas que se recostaba el éxito de la misma, se ocupó personalmente de cada detalle del galpón que adquirió para montar su taller.

Alicia no podía creer cómo Ítalo trabajaba, cada vez que se lo decía, él le respondía lo mismo: *-Sarna con gusto no pica.-* Cuando se hace lo que gusta en serio, parece que la palabra cansancio no cupiese, vaya a saber de dónde uno saca fuerzas para seguir. Esto era algo que mi primo conocía bien en la teoría, él mismo les decía a sus hijas: *-Elijan para dedicarse en sus vidas aquello que estarían dispuestas a hacer aun sin cobrar, que así, uno no se cansa nunca de lo que hace. Ahora, cuando la paga llega por lo que a uno no le agrada, nunca compensa.* Mi primo, aun trabajando el doble, no se cansaba. Por fin estaba en su propio camino, pues aunque tarde, nunca es tarde, porque en todo caso mañana será más tarde. Por fin habría su propio taller mecánico.

Yo soy el escritor, como saben. Mi padre, además de ser Juan, el Montalvani pobre, siempre estuvo bajo la pata de doña Lila Argentina Tiburcio. Tuvo la mala suerte que la mujer que él amaba, o sea mi madre, nunca lo quiso. Aun así, mi papá supo darme el valor que un hijo siempre agradece. Cuando ella no andaba cerca, me sentaba en una silla, me agarraba los hombros, y parado frente a mí, me decía: *-Hijo, no dejes nunca de luchar por tus sueños, de lo contrario, no tardará en llegar algún hijo de puta y*

colocarte los suyos-. En la época, no lograba darle suficiente valor a sus palabras, porque yo, ni sueños tenía. El día que sentí un poquito que yo si tenía alguna facilidad para escribir, lo que tanto me repetía papá, creció dentro de mí como una montaña. Creció, como mi primo y su taller.

El taller

Los talleres mecánicos, ni hablar, un buen taller mecánico de autos, adquiere inexorablemente una mística especial. Amigos, parientes, clientes en general, quieren que allí atiendan a sus autos.

Es frecuente que una persona pueda estar muy enferma, incluso, sentirse muy mal, aun así, teniendo todas las posibilidades de hacerlo, no concurra al médico; o tener un dolor de muelas muy fuerte y no acudir al dentista. Ahora, cuando a alguien se le descomponen el vehículo, inmediatamente lo lleva al taller. No es nada raro que a un buen mecánico de autos le vaya económicamente mejor que a un buen cardiólogo. Aunque en el caso del dentista –algo que conozco muy de cerca por un íntimo amigo de toda la vida- su realidad laboral se parece bastante a la del mecánico de autos, afortunadamente para ellos, un día tendrás que caer sí o sí.

De cualquier modo, uno puede no confiar en el médico o el dentista que lo atiende –sobre todo en esta época donde la gente no va más al médico de confianza, sino que sin conocerle ni el nombre, eligen al que les queda más cerca y les recibe la mutual- pero todo el mundo que tiene auto, necesita sí o sí confiar en su mecánico de cabecera.

Así, los buenos mecánicos -dueños de su taller, obvio- se llenan de guita, sencillamente porque tienen sus talleres

atestados, y cada auto que entra al taller es plata. Los autos no tienen obras sociales ni mutuales.

En los talleres, se ríe, se habla de mujeres, de pesca, se come asado... pero sobre todo, en los buenos talleres mecánicos de autos, se putea por el precio elevado de los arreglos. Aunque puteando bajito se paga, en efectivo y al contado. La ecuación es sencilla, o tenés la guita para pagar la reparación del coche, o no te lo llevás.

Cuando llegás a un taller, tenés que saludar, cruzar los brazos, esperar calladito a que te pregunten qué andas necesitando. Si ansioso apuras al mecánico mientras está arriba de otro auto, es lo peor que pudiste hacer. Te mirará de reajo y te hará cultivar la paciencia hasta exasperarte en la espera.

Los mecánicos de autos trabajan todo el día sin parar, casi nunca se toman vacaciones. Al final del día llegan a sus hogares con las uñas llenas de grasa. Sus mujeres nunca reclaman por el horario, los esperan con un succulento plato de comida, por más cansadas que estén de las tareas hogareñas y los chicos, les hacen -o se dejan hacer- el amor de forma generosa, al otro día, de nuevo la misma historia.

Mi primo todavía estaba algo lejos de toda aquella mística, pero, no tardaría en alcanzarla tal cual. Comenzaba por fin su sueño con nombre y apellido: "Ítalo Montalvani, mecánica del automotor".

Era lógico que, al unísono, todos coincidieran en que robarle tiempo a la empresa familiar vitivinícola más exitosa de Latinoamérica, para dedicársela a un taller mecánico de autos era una locura. Todos lo pensaban, más nadie se lo decía. Con los años, Italito generó en sus cercanos una distancia que no cualquiera lograba franquear. Uno de los pocos que lograba decirle lo que pensaba, sin vueltas, era yo, además, por supuesto, el viejo Charles. Si hay alguien que le habla a calzón quitado es él. Apenas Ítalo inauguró el taller, en la primera salida a la ruta, el ex cadete de farmacia se lo dijo sin rodeos:

-Se te va a venir difícil lo del taller mecánico ingeniero.

-Cuando me trajiste la insulina, por primera vez, me dijiste que debía comenzar a hacer lo que me gustaba.

-Y te lo sigo diciendo che, lo que te digo es que se te va a venir difícil.

- ¿Qué me querés decir Charles?

-Que cuando uno se larga a hacer lo que le gusta... a los demás no les gusta.

- ¿Por qué?

- Porque ahora que te largaste a lo que te gusta, vas a ir dejando lo que no te gusta.

- ¿Sugerís que voy a hacer agua en la empresa?

-No te lo sugiero. Te lo estoy asegurando ingeniero.

-¿Me vuelva atrás?

-Nunca te diría una cosa así. Pero prepárate, habrá discusiones, peleas, poco a poco tu lugar en la empresa será ocupado por otro.

-Charles, toda mi vida soñé con mi propio taller.

- Metele, recuperarás el tesoro más grande del ser humano.

-¿Cuál es para vos?

-¿Para mí? Para cualquier persona, el único tesoro es la salud, y se conquista haciendo de uno

Con el correr de los días, las cosas se fueron dando tal como se las predijo Charles. Este viejo fue lo mejor que pudo pasarle a mi primo. No es casual, Italito nunca fue elitista ni prejuicioso, por eso, el maestro que a él le llegó, repleto de sabiduría, es un hombre común. Difícilmente otro alguien de su condición socioeconómica hubiese dado lugar a un simple cadete de farmacia para entrar en su vida. Ítalo estaba preparado para que así fuera, y así fue.

Mi primo, supo capitalizar toda su experiencia profesional y empresarial en el emprendimiento. Mientras que con el personal hacían cursos de capacitación de alto vuelo, pendiente de cada detalle, montaba su taller con la mejor tecnología del mercado. Contrató excelentes empleados, se encargó de fidelizarlos pagándoles los mejores

sueldos, además de generosos porcentajes por trabajo realizado. Que ellos nunca pensarán en dejar el taller por otro donde les pagaran mejor, incluso pretendía que ellos le tuviesen afecto. Algo que se propuso en esta nueva forma de trabajar, que nada tiene que ver con el pisoteo de poderes de una empresa familiar, sí con el gozo con el que pretendía rodear el ámbito laboral de su verdadera vocación. En su taller todos trabajarían en un clima de camaradería, en armonía, y con ardiente pasión.

En poco tiempo el taller de Ítalo se convirtió en el más demandado por los clientes con autos de alta gama, pero él se empeñaba en no dejar de atender automóviles más viejos, gente de menos recursos. Tiene una especial consideración con ellos a la hora de cobrarles, y como la buena fama -igual que la mala- corre como pólvora, el taller no da a basto. Abren a las 8 de la mañana, hasta las 22 nadie se va. Al final del día nunca falta el cliente amigo que, además de pagar la cuenta religiosamente, compra un par de porrones estirando aun más las jornadas. *-Es un vicio que no conocía, cuando te gusta lo que hacés -le decía Ítalo a su mujer cuando la encontraba dormitando junto a la mesa servida por las noches-, no te querés ir del trabajo-*.

En todos los emprendimientos hay un tiempo para mantener las cosas como están, otro, para hacer cambios. Pues Ítalo se salteaba el reposo, se lo pasaba haciendo mejoras. Un día por fin, luego de ajetreados conflictos,

dejó la empresa familiar. Coincidentemente ese día tuvo que viajar a Buenos Aires a comprar repuestos. Al momento de alojarse en el Hotel León, cuando llenaba la ficha de recepción en la conserjería, llegó el momento de escribir la ocupación. Frenó la birome que venía embalada, se tomó unos segundos, por primera vez no colocó ingeniero... ni empresario... Logrando cortar el nudo que le atenazaba el pescuezo de toda la vida, y abandonando para siempre su ceño fruncido de pesadumbre, con mayúsculas, en imprenta, escribió MECÁNICO. Ese día, por primera vez, sintió que era él. Un flash de la adolescencia se le presentó, fue cuando al salir del colegio, sin convicción, dejó que una gitana le interpretara al vuelo la palma de su diestra: *aquí solo se ve una cosa, usted será feliz solo cuando deje mandar a su corazón*. Cuando terminó de completar el formulario, descubrió una aproximación a la felicidad. Y como se lo vaticinó el viejo Charles, se curó de la diabetes.

El nuevo uniforme

La ropa sola, así: en un ropero, puesta en una vidriera, colgada sobre una silla, o metida en un lavarropas no dice mucho, puesta en un persona sí. El impecable traje de Ítalo de cada día, transmutó en un mameluco engrasado. Cada vez que se lo pone se siente como pez en el agua. Adquirió la manía de andar con las manos en los bolsillos, antes de extenderles la diestra a los clientes –cuando llegan o se van- se frota las palmas y el dorso sobre el uniforme- no le importa enchastrarlo con grasa de punta a punta. Lo disfruta, lo hace sentirse más en lo suyo.

Él mismo, guía a los conductores que ingresan o salen del taller. Le apasiona ver los autos desde abajo, la fosa se convirtió en uno de sus reductos favoritos: amortiguación, frenos, alineado y balanceo fue convirtiéndose en su especialidad.

La transición de empresario de traje, a mecánico de mameluco, no fue difícil para él. Cuando algún empleado de la empresa familiar que él dirigía, ahora le lleva su vehículo para que se lo atienda, no lo incomoda en lo más mínimo. Por el contrario, no siente ninguna nostalgia de aquella época en que él miraba desde arriba. Ahora la incomodidad es toda de los otros, cuando el ex director empresarial es quien, desde abajo, evalúa el estado de sus autos. Paradojas de la vida. Hasta el empleado más raso de Montalvani S.A le confía su vieja vaturé.

En la selección del personal para el taller, como primer filtro, respeta el método tradicional que su tatarabuelo aplicaba en la época fundacional de la empresa familiar. Cuando alguien busca trabajo, antes que nada lo invita a comer. Come abundante será trabajador, come poquito no será trabajador. Para sorpresa del aspirante que engulle tímidamente -igual que su tatarabuelo- Italito es categórico: *-Después de haberlo visto comer dudo que sirva para este trabajo, disculpe, que tenga suerte-*.

Cuando un empleado es seleccionado, igualmente de gentil lo es de severo cuando alguien no responde a sus exigencias, no duda un instante en arreglar cuentas y despedir a quien altera las normativas.

Jamás se ven herramientas tiradas en el suelo, con afecto inculca al personal orden y limpieza: *-Esto hará crecer, día a día, los ingresos del taller, los de ustedes también. El desorden hace perder mucho tiempo, mientras antes sale el auto que aquí entra, mejor para todos.*

En el taller está terminantemente prohibido fumar, pero salvo esa limitación para los viciados en el humo, el ambiente de trabajo es grato. Provisto de una cocina amplia, los empleados tienen acceso libre a la heladera y las alacenas, siempre bien surtidas con todo tipo de víveres. Los baños impecables con buenas duchas de agua caliente, permiten a los empleados retornar a sus hogares listos

para devorar la comida y hacerles el amor a sus esposas o concubinas oliendo a jabón.

En poco tiempo los empleados se acostumbraron a la buena música. A diferencia de los ritmos bailaneros de las radios viejas, mal andadas propias de cualquier taller mecánico, aquí, en lo de Italito el melómano, el equipo de audio y lo que en él suena, es de primera: un Akai made in Japón que había comprado años atrás en uno de los tanto viajes que realizó a Tokio por la empresa, estaba listo para su debut. El equipo sin desembalar desde hacía 15 años –probablemente el subconsciente intuía que un día lo estrenaría en su propio taller- incluye un cinto-amplificador con bandeja giradiscos profesional. A diferencia de quienes la música los distrae de su tarea, por que la melodía los saca de foco, en Italito opera al contrario, el solo trabaja con música, motivado y estimulado por ella. Cada vez que alguien nuevo entra a trabajar al taller es lo primero que Ítalo le advierte: *-De todo lo que hay aquí, lo único que no pueden tocar ustedes, nunca, es el equipo de audio. Esto solamente lo manejo yo-*. Todos ríen distendidos delegando la programación en manos del jefe.

Así, mientras los motores rugen en los testeos, ese ruido tan particular puede estar fundido con Mozart, Bach o Ravel. Lo que dio un sello sonoro, nunca oído en otro taller. Los empleados tienen terminantemente prohibido las

radios de cualquier auto -como suelen gustar los mecánicos- para no corromper la melodía que mi primo elige.

Es usual escuchar cosas como: *“Jefe, por fa, póngase la Novena de Beethoven, o, métale con el concierto en re mayor de Tchaikovsky”*. Como si fuera poco que, por la honestidad y calidad del servicio, el taller no da a basto, los amantes de la buena música también se le suman.

En poco tiempo la buena fama del “ingeniero” -como lo llaman los clientes- fue creciendo tanto que se imponía abrir nuevas sucursales. Sólo que desde el inicio, Italito tuvo claro dos cosas: no tendría socios, no tendría más que un solo taller. A diferencia de la empresa familiar en que todo debía ser evaluado societariamente, se propuso un ámbito donde no tuviese que consensuar sus decisiones. No se engolosinaría con varias sucursales tras la rentabilidad. El objetivo: un solo y único taller modelo que pudiese supervisar personalísimamente.

Al tal punto llegó su prestigio en breve lapso, que gran cantidad de clientes son capaces de esperarlo varios meses por un turno para que Ítalo los atienda.

Mi primo jamás deja autos tirados como ocurre en la mayoría de los talleres. Como un prestigioso cirujano que otorga orden de quirófano con día y hora: “el día que el auto se interna, de inmediato es operado”. A diferencia de los hospitales privados, que mientras más días retienen al paciente, más plata le sacan a la mutual, en el ta-

ller, el mejor negocio consiste en despachar el auto lo mejor y más rápido posible.

Mi primo, experto en comercialización –por la empresa familiar-, maneja el inglés como su lengua propia, conoce las leyes de importación a la perfección. Esto trasladado a su nuevo trabajo hace que, a pesar de las permanentes oscilaciones aduaneras de nuestro país, los repuestos de cualquier marca de vehículo, de cualquier parte del mundo, lleguen a su taller de Las Heras expeditivamente. Por algo Italito, mi primo, era hasta muy poquito tiempo atrás el alma Mater de “Montalvani SA”. Parece mentira....

Como padre e hijo - Como hijo y padre

A esta altura, de lo que más disfruta mi primo cada día, es de las salidas en bicicletas junto al viejo Charles. La amistad entre ellos ya se ha tornado cotidianamente seria, al punto que el ex cadete de farmacia fue ocupando, poco a poco, el lugar del padre de Ítalo trágicamente muerto. El vínculo es recíproco, a pesar que el viejo Charles es un hombre parco, rústico, ya lo trata como a un propio hijo.

Ítalo tiene en su espaciosa oficina del taller un armario especial para los equipos y accesorios de las bicicletas. Una bici de ruta y otra mountain bike, siempre a punto para salir a rodar. Cada día de la semana, al medio día, Charles lo pasa a buscar por el taller para la religiosa pedaleada de no menos de dos horas, y cuando la escuela de espiritismo no lo tiene ocupado, luego que se jubilara, temprano ya se instala en el taller, callado, parado como un soldado al lado de mi primo, le ceba mate toda la mañana mientras él labura.

Al menos una vez por semana se come asado en el taller, es Charles quien se encarga, no sólo de hacerlo, sino de las compras de absolutamente todo. Él los sirve como un mozo profesional, atendiendo a Ítalo, sus amigos y clientes. Cauteloso como es, sólo abre la boca lo estrictamente necesario. Entre ellos dos, discuten como en familia, aunque Italo se enoja por todo lo que el viejo se atarea, Char-

les no le hace caso. Luego del asado, lava los cubiertos, dobla los manteles, guarda los caballetes, los tablones, cada una de las sillas de esas juntadas semanales de nunca menos de treinta comensales, donde incluso yo, trato de no faltar nunca. Uso el infalible método: si el primo no me avisa, me invito solo.

El taller se transformó en un lugar de afecto, anécdotas, encuentros. Aquí fue donde Ítalo y el viejo Charles se terminaron de hermanar, y donde yo me reencontré con mi primo luego de tantos años de rencores familiares mal heredados. Aquí fue también donde el hijo tardío de Ítalo, el que sucedería nombre y apellido al menos por una generación mas, daba sus primeros pasos en el taller acompañando a su papá varios días de la semana.

Mi primo llega tempranito al trabajo en bicicleta. En el recorrido desde su casa hasta allí, no se pierde un solo detalle del paisaje. Mirando extasiado las montañas llega silbando algunas de sus melodías preferidas. La viejita que vive pegado al taller de la calle Rubilar 333 siempre se lo repite: *-Qué lindo es escucharlo silbar ingeniero, ya no se oye a la gente silbar de puro contenta como antes-*.

Hay coincidencias que parecen

Así como Ítalo dejaba la empresa para instalar su propio taller mecánico, Alvarito dejaba el delito para dedicarse al negocio gastronómico. Ítalo hace crecer su taller utilizando todo el cúmulo de la experiencia empresarial. Del mismo modo, Álvaro Da Veiga utiliza toda su experiencia delictiva en el desarrollo de sus “Lanchonetes”.

Alvarito arranca el día muy temprano, todos los lunes, antes que el sol asome, se reúne sistemáticamente con el personal de las tres sucursales. En un ameno desayuno conversan animadamente sobre el funcionamiento y los cambios necesarios para ir mejorando, en cada ítem, los ya famosos “Lanchonetes Las Heras”

Igual que su suegro, Alvarito comprende que los empleados deben sentir la empresa propia, que para poder exigir con eficacia, nada mejor que pagar buenos salarios. Él tampoco quiere que un buen cocinero o un mozo eficiente lo deje pensando en ganar mejor sueldo en otra parte.

La limpieza de los locales, inusual para este Río de Janeiro de excesivo consumo, es otro de los motivos por los que la clientela crece. Las cocinas vidriadas exhiben al personal elaborando pulcramente a la vista.

Donde a la gente le gusta tomar jugos y comer algún lunch parado para seguir la marcha -siguiendo las coincidencias con Ítalo-, sabe que mientras antes salga el

cliente de su negocio más rentable se hace en el tiempo, así se lo inculcaba a cada empleado. Cada vez que alguien hace su pedido, de inmediato, sale el grito desde la caja a la cocina con el nombre del cliente y un número identificador: Pedro 22, Ze Maria 43, Gabriela 25. Esa modalidad brasileña tan familiar, de llamar enseguida a la gente por su nombre haciendo sentir al cliente como en su casa.

Álvaro Da Veiga, este humilde joven, familiar de marginales, delincuentes de varias generaciones, nacido en la populosa favela da Rocinha, tuvo la suerte que su padrino, Don Pedro Pedrero Da Silva, medio hermano de su madre, estibador del puerto de Río como pantalla, jefe de todo el juego clandestino de la villa, sea el hombre más culto de toda la barricada carioca. Gran conocedor del arte y la historia brasileña, supo transmitir a su ahijado el fanatismo por los libros de Don Jorge Amado, escritor empapado de sensualidad bahiana que, hilvanando palabras, recupera el paisaje y la trama social del Brasil. Alvarito fue incorporando precozmente las lecciones del padrino, ese fanatismo por la cultura popular caló en la impronta de sus negocios.

La decoración de los tres locales representa una viva pintura del colosal país con íconos de la ciudad: el Corcovado, el Pan de Azúcar, retratos de sus artistas más renombrados como el poeta Drummond de Andrade, el rey de la Bossa Nova Joao Gilberto, el encantador de melodías Tom Jobim, don Vinicius de Moraes, el blanco más negro de

Brasil – quien gustaba decir que cada año suyo valía por siete, solo un gran bebedor de whisky como él tuvo el coraje de formalizar casamiento 8 veces-, inundan las paredes y los techos entre palmeras y tucanes acuarelados en vivos colores.

La calidad de los “sucos naturales “de más de veinte frutos variados, el energético açai –considerado aquí el viagra natural-, la famosa “caipirinha”, las cervezas heladas, las exclusivas empanadas mendocinas que por allí desfilan en medio del retrato decorativo, lograron en poco tiempo que las tres sucursales de “Lanchonetes Las Heras” se convirtieran -para turistas y locales- en los más atractivos y demandados de todo Rio de Janeiro.

Como si fuera poco, la música pone un sello personalísimo a los locales. Alvarito criado desde niño entre comparsas carnavalescas, justifica su pasión por el Samba Brasileiro. Equipos de audio de alta fidelidad sonando en cada Lanchonete a un volumen mayor del necesario, los identifican desde lejos invitando a curiosear, luego a consumir, en la barra o en las mesas de la vereda.

Vaya otra coincidencia. Así como en lo de su suegro la música se mezcla con el rugido de los motores a toda hora, aquí se funde con el de las licuadoras y las máquinas de café. Martinho da Vila, Badén Powel, Caetano Veloso y tantos otros, saturan los parlantes compitiendo con los gritos animados de la gente para conseguir escucharse

entre cerveza y cerveza, completando sonoramente esta postal de los Lanchonetes Las Heras. Ya todo una marca registrada Carioca.

Queda claro que el dinero que Álvaro exigió a su suegro por el rescate de su hija, fue excelentemente invertido. Buenos productos, limpieza, celeridad en la atención, una ambientación atrapante, más lo mejor de la música de este azucarado Brasil, permitieron a la flamante pareja que el amor floreciese en medio de un excelente estándar de vida.

Pero aunque las coincidencias parecen serlo, el tiempo se encarga en demostrar que no siempre es así. Ítalo, impulsado vocacionalmente, se quedaría hasta los últimos días en su taller. Alvarito, por el contrario, también vocacionalmente, abandonaría la gastronomía e incluso su familia para volver al delito.

Mientras que a mi primo la vida se le afianzaba a medida que su benjamín crecía, lo contrario sucedía al marido de su hija en Brasil. La adicción a la cocaína, el delito de toda una vida, volvían a llamar a la puerta de Álvaro. Ni el amor a su esposa e hijo, ni el éxito consolidado de los “Lanchonetes Las Heras” pudieron contra un destino mal barajado. El diablo no se despega así no más de los genes

Cuando Magdalena, muchacha de agallas y pies sobre la tierra, se convenció que lo de su esposo no tenía retorno, impulsó el fin del vínculo. Luego de siete años de convi-

vencia, a pesar de continuar amando profundamente sus gracias y sus mañas, le pidió el divorcio. Si bien hasta entonces, Magdalena sólo se dedicó a criar a su hijo y disfrutar esa tierra que tanto le gustaba, no tuvo el menor resquemor en hacerse cargo de los tres bares haciéndolos funcionar con mayor eficiencia que su ex marido. Con su niño made in Brasil paseando entre la cocina y la caja, Magdalena se desenvuelve ducha en su propia empresa.

Sólo derramo una lágrima en último abrazo para no volver a verlo nunca más. Una sola lágrima resbalo lentamente por su rostro, cuando contorneo los labios para caer sobre la arena, cerró definitivamente un capítulo para abrir uno nuevo.

Estaban en el puesto diez de la playa de Ipanema, el mismo lugar donde el primer día vieron juntos la caída del sol. Álvaro giró encaminándose en dirección a Copacabana, ella giró en sentido contrario fijando la vista en el Morro Dois Irmaos, sonrió y se dijo para sí: *-No me iré nunca de este lugar, aquí donde mi hijo nació trabajare, seré feliz, aquí, en la acuarela de Brasil.*

Las Heras, Mendoza – Copacabana, Río de Janeiro.

En imágenes reducidas, la vida se ve igual en todas partes. Un pedacito de luna, un pedacito de tierra, una partecita de cielo... Así la ven la mayoría de los seres humanos de este planeta. Ellos, donde quiera que observen, lo hacen en reducido. En su estrecho micromundo, un granito de arena, una gota de agua, un pedacito de flor: en Estambul, en París, en Siberia, o en Jujuy... ¿qué más da? Da igual. En sobrecarga laboral, levantando edificios, buscando oro, cavando fosas, o haciendo rutas, donde quiera que estén, en el esclavismo, apenas si ven. El privilegio de pocos sigue sostenido con el micromundo de muchos.

Son escasos, quienes como los Montalvani, en Las Heras, en Copacabana, o donde sea, pueden ver el paisaje completo: la luna, el mar, las montañas, los árboles, el gentío, hasta el horizonte en una misma mirada. También son muy pocos quienes cual Italito y su hija Magdalena son concientes del privilegio. Italito en Las Heras, Magdalena en Copacabana, gozan del paisaje en panorámica. Cada mañana parados frente al espejo: mueven sus dedos, sus ojos, su boca... gozan al poder hacerlo. Agradecen tener mucho más de lo que hace falta, sobre todo, agradecen por lo que pueden ver.

Magdalena a punto de ser mamá, mi primo a punto ser papá -cada uno desde su lugar- contempla su paisaje y se sienten desde lejos. A pesar de la ruptura, a pesar de la

distancia, sin verse se ven. Pues hay coincidencias que son

Hay coincidencias que son

Cada mañana antes del trabajo, apenas el sol remonta, Magdalena se dirige a la playa. Es en el puesto diez de Ipanema. Se saca las hawaianas de color verde -no olvidemos que las ojotas son aquí un accesorio ad hoc-, pisa la arena descalza en dirección al mar. Llega al borde donde las olas se arriman dejando esa espuma blanca que se diluye en segundos. Se arrodilla, se persigna. Se levanta muy lento con la mirada fija en el horizonte. Se adentra en el mar. Su vestido blanco nunca se moja, va por encima de las rodillas, abre su bolso, saca una rosa blanca, vuelve a persignarse, ahora, esbozando un murmullo. Balanceando el brazo extendido hacia atrás, con toda su fuerza, arroja la rosa lo más lejos posible. Es un ritual de agradecimiento a *Yemayá*, la diosa del mar -Orisha yoruba nigeriana, que gracias a costumbres africanas enraizadas en los esclavos negros del Brasil supo resistir con fuerza la presión conversada al cristianismo de los conquistadores -. Con este ritual cotidiano, Magdalena, una cubana sensual, fuerte, decidida, sintiéndose bendita, agradece a Dios el comienzo de cada nuevo día.

A pesar que Ítalo -su padre- fue educado en un ámbito totalmente alejado de la fe y la religiosidad, donde se machacó que la suerte del hombre está en sus manos, que sólo trabajando duro es como se encuentra; mi primo, el rebelde de la familia, se hizo un hombre de fe, y como todas sus convicciones supo inculcarla a sus cinco mucha-

chas: -No es cuestión de meterse a la iglesia en cuanto misa aparece por allí, la fe la llevamos adentro del pecho a donde quiera que sea. A donde quiera que estén, nunca dejen de encomendarse a Dios, para agradecerle a él, cada vez que la vida se alumbra.

Así como su hija Magdi, mi primo Ítalo también acredita su propio ritual. Cada mañana antes de ir al trabajo, ni bien cierra la puerta de la casa, fija la vista en el piedemonte, en un paneo lo recorre de norte a sur. Luego se persigna. Se agacha. Recoge un puñado de tierra, lentamente con el puño cerrado, la deja ir resbalando por la aberturita que queda entre la palma y los dedos. Mientras que los granitos grises van cayendo al mismo lugar de donde fueron recogidos, murmura una oración. Él también agradece a Dios por otro nuevo día.

Cada domingo primero del mes, Magdi se dirige al Corcovado. A pesar que la tarifa para ascender con el teleférico no hace gracia, que sólo los turistas lo ocupan, ella lo hace mensualmente. Entiende que tener al colosal Cristo Redentor tan cerca y no frecuentarlo -como todo aquello que dejamos de valorar porque lo tenemos al alcance de la mano- es una tontería. Además, la Bahía de Guanabara desde aquí, es sin dudas, una de las vistas aéreas más bellas del mundo. Desde arriba, Magdi distingue cada punto de la ciudad que eligió para vivir. Desde allí, ella vuelve a agradecer al coloso por haberla premiado de esa forma.

Del mismo modo es que, religiosamente, cada domingo, muy temprano, Ítalo, aquí en Mendoza, pedalea la Avda. Libertadores del Parque General San Martín en dirección al monumento del Cerro de la Gloria.

Para acceder al monumento -a diferencia del Corcovado- no hay que pagar ni un centavo, aun así, son pocos los mendocinos que se le arriman. Mi primo está convencido que es una tontería no visitar asiduamente semejante monumento al Gral. San Martín. La estatua es un colosal retrato de lo que significó la campaña libertadora. Mirándola concentrados detalladamente, nos permite remontarnos a los tiempos en que este héroe, sólo con convicción y un ego bien colocado, logró lo imposible.

-Lo posible lo logra cualquiera- les decía a sus hijas cada vez que las llevaba al monumento *-el asunto es ir tras lo imposible, como lo hizo San Martín -*.

Cada domingo, mi primo sube los escalones, rodea la historia rodeando el monumento que, a puro hierro, describe minuciosamente las etapas de esta gloriosa gesta. ¿Qué busca con ello? Seguramente fortalecer su convicción más preciada: luchar tras lo imposible. Mi primo siente con orgullo sanmartiniano, que los mendocinos deberíamos estar siempre en consonancia a ese pasado glorioso. Mendoza fue nada menos donde el libertador planificó el gran desafío. La pujanza, la solidaridad de es-

te pueblo durante días y noches de sacrificio, supo estar a la altura de las circunstancias... por aquel entonces.

También desde el tope del Cerro de la Gloria, Ítalo recorre con la mirada -en giro de trescientos sesenta grados- a su amado terruño. El lugar en que nació, donde armó su familia, donde ahora concreta su sueño. Entonces, agradece a la provincia que volvería a elegir por todo lo que le dio.

Ítalo y Magdalena no tienen un solo parecido físico – es lógico-. Mi primo es un gringo robusto, de tez blanca, ojos muy azules, cabellos rubios, cejas y pestañas casi transparentes, nariz larga ganchuda, dientes pequeños amarillos, brazos cortos musculosos, manos macizas cuadradas con dedos anchos, piernas chuecas con muslos enormes y unas pantorrillas que parecen infladas con un compresor de aire, pies gigantes con forma de empanada, pecho siempre erguido y un abdomen abultado de pupo herniado. Su sonrisa, como la de los maniqués de ropa color piel, es una mueca tímida que se queda a mitad de camino, de cualquier emoción se pone colorado, así lo llaman algunos de sus amigos “*El colorado Montalvani*”. De aspecto fuerte, bonachón, parece un tano recién llegado del barco.

Magdalena es una morena espigada, su cabello lacio negro azabache cuelga hasta sus curvadas caderas, las cejas y pestañas abultadas, del mismo color del pelo, enmarcan

su fino rostro tostado de sol marino: pómulos arriba y prominentes, nariz altiva, dientes blancos y grandes armonizan con el tamaño de su boca. Sus brazos cuelgan largos, sus manos alongadas dibujan en el espacio. Muslos y pantorrillas en equilibrio se funden con tobillos delgados que trepan por el empeine de unos pies curvadamente sensuales. Sus pechos firmes, su abdomen chato con ombligo en caracol hacia dentro, su sonrisa dibujando un arco labial que se estira hacia el infinito, funden la elegancia de la mujer argentina con la sensualidad de la brasilera. Desde la punta del pie hasta la cabeza, su belleza no deja fisuras. Cuando pasa caminando, la miran hasta los perros.

Por fuera, ella y su padre no se parecen en nada, por dentro, en todo.

Cada unas de las convicciones con que mi primo trato de impregnar a sus hijas, fue en Magdalena en quien más espejo. Ítalo y Magdalena, en la sustancia, son un calco.

Hasta las manías se heredan. Magdalena cual su padre, suele detenerse a mirar los carteles con los nombres de las calles. También fue para ella una forma de ir conociendo los próceres, las figuras destacadas, las regiones de Brasil. Ese día en el que volvía temprano de la playa, luego del ritual a la diosa del mar -se lo había enseñado Lucia, “la bahiana macumbera” jefa de cocina de sus Lanchonetes, y no se lo salteaba ni los domingos- de la mano

con su hijo Italito, se detuvo por primera vez a ver el cartel de la calle donde hacía poco se había mudado. El éxito de los bares le había permitido concretar la millonaria compra de su departamento frente al mar. La calle se llama Mendoça, o sea Mendoza, Aníbal de Mendoça. Aquello no era casualidad. De repente -mientras lee el nombre en el cartel- luego de más de 7 años de ausencia, se le vinieron los mendocinos de golpe al alma, pensó en cada uno de los integrantes de su familia: sus cuatro hermanas, su padre, principalmente en Alicia, su madre. Como poseída, sin soltar la mano de su hijo Ítalo, corrió a toda velocidad al departamento. Entro como una tromba, agarró el teléfono inalámbrico, salió al enorme balcón frente al inmenso mar de Ipanema, marcó sin titubear unos cuantos números. Luego de años de infructuosos intentos por parte de su familia mendocina, vía mail, facebook, y demás por contactarla, Magdalena marcaba el teléfono de su casa.

- *Hola.*

- *Sí, ¿quién habla?*

- *Alicia. ¿Del otro lado quién habla?*

- *Soy Magdalena. Aquí en Brasil tenés un nieto que se llama Ítalo.... como papá. El mes que viene cumple siete años. Los espero a todos en mi casa.*

-Magdi, aquí en Mendoza, vos tenés un nuevo hermano. También se llama Ítalo... como papá. Pronto también cumplirá sus primeros siete.

-Mamá, prométeme que vienen todos para el cumpleaños.

- Sin consultar, te prometo que vamos todos.

Las dos juntas -sin decirse ni una palabra más- colgaron.

Al menos durante una hora sin parar, las dos lloraron de la mejor forma en que se puede llorar. Lloraron sin dejar de sonreír.

Saliendo de uno mismo

Antes del viaje del reencuentro, a Ítalo le aguardaba la salida ciclística más importante, y al viejo Charles, le aguardaba un sueño hecho realidad que jamás hubiese imaginado.

-Para la salida de hoy te tengo una gran sorpresa ingeniero.

-¿De qué se trata viejo?

-Luego de todos estos años compartidos de ruta me has demostrado que ya estás en condiciones de salirte de vos mismo, ya estás para pedalear “en pelotón”.

Sentados en el banco de la plaza San Miguel de Las Heras, donde siempre se encontraban, el viejo Charles le habló de lo único que sabe:

-El primer paso de un ciclista no lo da cualquiera, en estos años vos lograste darlo.

-¿Cuál es viejo?

-Vencerse a sí mismo. Sin ese paso es imposible pasar al segundo y al tercero- El viejo Charles, volvió a marcarle la cancha a mi primo: *- Sin ellos, ningún pedaleador logra convertirse en verdadero ciclista.*

-¿Cuál es el segundo paso Charles?

-El segundo paso es apoyar al grupo, el tercero, luchar por el equipo hasta el final.

Ese día, pedaleando con la peña de la escuela espiritista de La Heras, “Los fantasmitas del pedal”, en una salida de más de 100 kilómetros que daba toda la vuelta por Lavalle y a posteriori rodeaba los pintorescos viñedos de Luján de Cuyo, Charles, ubicado en el medio del pelotón, terminaba de cerrar el instructivo a un Ítalo más entusiasmado que nunca.

Ahora que Ítalo sabía llevar un pedaleo alegre, en el cambio justo, para no derrochar fuerza, ya estaba en condiciones de poder pensar en los demás. El viejo volvió a decírsele: *-como en la vida, aquí en la ruta, uno es el contrincante de sí mismo. Solo atravesando este primer paso podemos ir tras los objetivos del grupo.*

-Escuchá bien ingeniero, por lo general es ventajoso “chuparse” a la delantera, así uno reacciona mejor a las aceleradas evitando rezagarse cuando el pelotón se desarma. Si ante la primera adversidad nos vamos para atrás, entonces estamos equivocados de deporte.

Le explicó de los vientos, que como en la vida: a favor o en contra, laterales, graduales o intempestivos, nos van haciendo cambiar las estrategias, a veces en fila, a veces

en escalera, otras en disposición de abanico. Y sólo respirando en equipo es como se consigue campearlos.

-En ocasiones, tenemos la única misión de rodear al favorito sólo para cortarle el viento. Y cuando se dispara en fuga cerca de la meta, dejarle el camino libre frenando el pelotón para que los del otro equipo no lo alcancen-.

Cuando en esa infernal siesta de diciembre ya tenían más de 80 kilómetros recorridos, a un promedio de 30 kilómetros por hora la fatiga acosaba, el viejo Charles le dijo, a la mente llegan toda clase de imágenes por el agotamiento, y aunque a veces sentís que no llegas, hay una chispa que debe hacernos continuar. Aun ante la adversidad, probablemente nunca en los primeros puestos, que son para los elegidos, sí o sí hay que cruzar la meta.

-¿Te parece que un ciclista no logra moldear su carácter con el pedaleo ingeniero? Lamentablemente la gran mayoría de los humanos se quedan en el primer escalón. No consiguen salirse de sí mismos, perdiéndose lo mejor de la vida, lo mejor del ciclismo: al otro, al pelotón.

Concluida la vuelta en la Plaza San Miguelc como siempre, los hermanos Arenas: Ramón, Juan Carlos y Luis, almas mater de la peña y la escuela espiritista, fueron a comprar un cajón de porrones al almacén de Don Alfonso Palmada frente a la plaza. Alfonso la vendía más cara que el Supermercado Átomo de al lado, pero la tenía más helada, y como Alfonso pertenece a la institución, de paso colabo-

raban con sus ingresos en una forma de solidarizarse, además de impedir que por la malaria económica deje de pagar la cuota mensual de la Asociación Espiritistas Unidos, que permite sostener la publicación mensual de la revista “Los fantasmas de Las Heras”.

De repente Ítalo se paró para volverse a su casa. Tímidamente hizo un saludo genérico de cabeza a toda la peña. El calor de la siesta más la cerveza helada le provocaron una amenaza intestinal que le urgenciaba llegar a su baño. El viejo Charles lo cortó en seco:

-De aquí no se va nadie sin saludar, uno por uno, a toda la peña, usted que es mí invitado, menos.

Entonces Ítalo obedeció -apretó los cachetes con toda su fuerza evitando que el espasmo ganara- fue extendiendo la diestra repitiendo su nombre, y escuchando paciente-mente, del otro lado, el de cada uno de los treinta integrantes de “Los fantasmitas del pedal”.

Luego que Ítalo salió como flecha en la bici, motivado por la imagen del inodoro del baño de su casa, el tema que quedó picando en el grupo de la plaza fue el de saludar.

-Saludó bien el pupilo ese que trajiste -le dijo el mayor de los Arenas a Charles, acto seguido Luisito, el más chico de los hermanos agregó *-Además que se la aguanta en la bici, se lo ve educado.*- Los hermanos Arenas son los charlatanes del grupo, pero como son los organizadores de la

peña y los líderes de la escuela espiritista se les concede todo el lugar. Ahí nomás opinó el que faltaba, Juan Carlos: *-Yo pienso que por sus buenos modales, deberíamos incorporarlo a la peña... y si es posible, meterlo en la escuela espiritista también.*

Como siempre, después que opinaban ellos tres, ya estaba la venia para que cada uno pudiese decir lo suyo. *-El modo de saludar dice mucho de una persona-* soltó el virulana Olivares que era crupier en el casino provincial y el más observador del grupo. *-A veces te cruzás con alguien que no sabés si lo conocés o no, mas por las dudas hay que saludarlo-* dijo el muerto Grozona que trabajaba en la funeraria Flores. *-Claro que si-* dijo el doctor Torri, que siendo radical le ganó la intendencia en Las Heras a un peronista, conquistando el voto de todos los viejos al atenderlos por PAMI sin cobrarles plus. Y siguió embalado, porque ya entrenado en política tiene su adicción al micrófono: *-Por ejemplo, vos vas caminando por el parque, te cruzás en la mirada con alguien que viene en dirección contraria, no sabés si lo conocés o simplemente te lo cruzaste alguna vez en algún lado, las miradas se sostienen, vos tomás la posta y le hacés una reverencia con el cuello, el otro, educadamente, te responde igual, o vos largas un: "hola", o "buen día", o "¿cómo va?", el otro, si es más joven o se siente más joven que vos, te agrega un "¿Usted cómo anda señor?" A vos te da por el centro de las pelotas, porque el tipo te hace sentir viejo*

con el usted, pero mientras haya correspondencia en el saludo está todo bien.

-Sí señor, cuando vos le extendés la mano a un tipo para saludarlo y te la deja estirada mirándotela sin estrecharla, provoca una rabia nada fácil de mitigar- dijo el cuervo Gómez puchereando, el único abogado sensible que debe haber en todo el planeta. Como siempre, el que puso remate a la conversación, con su inconfundible elocuencia procaz, fue el veterano Segovia -o sea el viejo Charles- :

-Las personas se dividen en saludadoras y no saludadoras. Las saludadoras son las que te hacen sentir que ser humano vale la pena, las no saludadoras, son las que te hacen sentir que pertenecer a esta especie es una reverenda mierda.

Como otras tantas veces, aunque extenuados, se fueron en las bicicletas derecho a la Escuela Espiritista, pues en ese estado, en que el cuerpo queda liviano de tanto desgaste físico lleno de endorfinas circulantes, la conexión con los fantasmitas se predispone mejor.

La sesión de ese día fue demasiado para el viejo Charles, el espíritu convocado para la ocasión, se dirigió tan explícitamente a él, que en todos esos años de concurrir a la escuela luego de jubilarse, fue la primera vez que sospechó que la cosa podía estar falseada. Ese día, el fantasmita Raquel lo hizo desconfiar – Raquelita era una novia de su tío que regentaba un cabaret en Las Heras. El día

que unos piromaníacos del departamento lo incendiaron, ella quedo atrapada en el baño, desde entonces sus gritos se siguen escuchando donde se encontraba el local-. Su espíritu desesperado no pierde oportunidad de acercarse a los vivos vaticinando la que se les viene. En las sesiones, tiene una debilidad especial por conectarse con el viejo Charles. Dicen que además del apellido, tiene la misma facha del tío, quizás, Raquel se quedó prendada con él.

El asunto es que, esa tarde, Raquelita le describió tan precisamente la playa con la que Charles soñaba, que le pareció demasiada coincidencia para ser verdad. Para colmo, algo que nunca había sucedido, el espíritu de Raquel levantó la voz gritando, adelantando el porvenir como nunca antes: *-Segoviaaaaaa...en pocas horas serás invitado por alguien muy cercano a tu entornoooo... por fin estarás en la playa de tus sueeeeeñossss-*.

Ella se había metido con el sueño más recurrente del viejo Charles, y esto, no sólo lo hizo dudar de la seriedad, sino que lo descolocó por completo.

Cuando llegó a su casa eran recién las siete de la tarde, lo que nunca en ese horario, agotado se acostó a dormir. Inmediatamente comenzó a soñar. A soñar su sueño preferido: “El cuarto sueño de Charles”

Es un día muy caliente de enero, es temprano, camino solo, pisando la arena hirviendo de una playa del Brasil. Para mí es un día muy especial, no por estar caminando por

la playa, sino porque nunca antes estuve en una playa, ni conozco el mar, menos de otro país, no he cruzado nunca el Arco del Desaguadero.

En eso, desde lejos, veo algo que se mueve en la arena, cuando me voy acercando, veo que son dos pingüinos –el día sigue siendo muy especial, porque nunca antes he visto pingüinos, menos con ese calor-. Son una pareja supongo, la hembra, más pequeña, está muerta, el macho que no puede resistir el dolor se revuelca desesperado en la arena para matarse. Yo también me desespero, no me animo a agarrarlo, lo empujo al agua con el pie para salvarlo, pero a los picotones no se deja. De repente me atrevo, se deja alzar. Me meto al mar hasta la cintura por primera vez en mi vida, cuando lo estoy por soltar, antes de adentrarse en el agua, gira la cabeza, me mira queriéndome decir algo. Mientras observo su hembra muerta sobre la arena, yo sé lo que me quiere decir: que uno debe estar en su lugar, porque si uno no está en su lugar...se muere. Capaz que me quiso decir que me odiaba por salvarlo. Pero yo creo que no. Porque siempre hay un motivo para seguir viviendo.

A las 7 de la mañana lo despertó el teléfono, el espíritu de Raquelita no habla huevadas. Era Ítalo invitándolo a Brasil. Fue la única condición que mi primo puso para viajar con toda la familia al encuentro con su hija Magdalena después de siete años, llevar al viejo Charles con ellos.

-No podés decir que no viejo, tu pasaje a la playa ya fue comprado. Salimos mañana-

El reencuentro

Aunque hayan pasado años sin verse, cuando el afecto esta, el ensamble se produce al instante. Como un cronómetro que quedo en pausa, la aguja empieza a correr en el reencuentro borrando todos esos años de ausencia y distancia.

Besos, abrazos, lágrimas corrieron en el aeropuerto Galeao de Rio de Janeiro, a los pocos minutos de retiradas las maletas, ya estaban todos arriba de la espaciosa trafic camino al lujoso departamento de Magdi. Todos hablaban fuerte a la vez, los Ítalos pequeños se hicieron socios desde el primer momento. Como cualquier otro niño de su edad, ellos ya no estaban allí, el juego los transporto a otro lado. Se mostraban sus juguetes, y a pesar de las barreras idiomáticas fluían en su propia película con un “portuñol” a toda prueba.

Apenas se produjo el primer silencio en la trafic, esos que todos quisieran llenar pero nadie sabe como, Magdalena y el viejo Charles se cruzaron en sus miradas. Durante el lapso que se hizo eterno, se miraron con una intensidad que atravesaba el espacio. Fue el viejo, retaceador en palabras como pocos, quien inesperadamente llenó el silencio:

-Yo que nunca había cruzado el Arco de Desaguadero ni en bicicleta, de un saque y en avión, aquí estoy en Rio de Janeiro gracias a esta muchachita.

-A propósito - dijo Magdalena, aprovechando el envión-les pido por favor de entrada que a nadie se le ocurra decirme de volver a Mendoza. Sí puedo viajar a visitarlos, ustedes venir aquí todas las veces que quieran. En Rio, más precisamente en Ipanema, yo encontré mi lugar y de aquí no me muevo.

En los días sucesivos, en patota, recorrieron la ciudad. Por estas tres semanas, Magdi delegó en Cristina -su mano derecha en la empresa- responsabilidad total de los “Lan-chonetes”, pues ella misma, eufórica y entusiasta, pretendía transmitir todo lo que la enamoraba de esa ciudad, tal cual lo hiciera su ex marido desde el primer día en que ella pisó Rio de Janeiro.

No paraba de contarles sobre la historia, la música, las comidas, las costumbres del colorido paisaje, donde la fusión de la cultura afro y el cristianismo lograban el sincretismo más fuerte y pintoresco de Latinoamérica. El primer día subieron el Corcovado en el teleférico. Ya en la cima, apoyada en la baranda del monumento, cual experta enamorada de lo que va a mostrar, les fue señalando, como un didáctico profesor en su orgullosa maqueta, cada uno de los lugares que luego recorrerían:

-Ese morro que ven ahí es el Pan de Azúcar, así llamado por la similitud en su forma ovalada a las bolsas de azúcar que los portugueses saqueaban de aquí para Portugal; eso que ven allí es el interminable puente de Niteroi, el

más largo del mundo sobre el mar, pronto lo cruzaremos para visitar las playas de Buzios; ahí la Laguna de Rodrigo de Freitas; las Playas de Copa Cabana, Ipanema, Le Blon y Botafogo; ese es el morro Dois Irmaos, que adoro desde el primer día que escuché la canción de Chico Buarque así titulada, papá vos tenías varios de sus discos, es el mejor letrista de la canción brasilera, háganme acordar que se los haga escuchar apenas entremos al departamento. Miren allí, Tijuca, es la floresta urbana más extensa del mundo. Por último, ese es el inigualable Maracanã, los llevaré a ver al Flamengo el próximo domingo para que vean lo que es un “show de bola” como decimos aquí.

Casi todos los días comían en cualquier lugar menos en sus propios bares, magdi no quería que se mezclara el placer con el trabajo, estando en algunos de sus Lanchonetes sería inevitable.

Disfruta muchísimo la comida de su nuevo país, y les explica: *-Aquí el pan no es complemento de la comida como en la Argentina, de hecho, en los restaurantes no lo traen a la mesa, si lo pedís te lo cobran aparte. En Brasil, lo que acompaña es el arroz y el feijon, que son los porotos negros hervidos en su caldo. Aquí, más que vino, se bebe mucha cerveza y jugos exprimidos de cualquier variedad. No quiero escuchar a ninguno de ustedes decir la frase radical: “como en la Argentina, querido... no se morfa en ningún lugar del mundo”, porque aquí en Brasil se come de todo y para todos los gustos.*

La patota ni se sienta para comer, con vendedores de la calle se las arreglan: un choclo con manteca, un coco verde, o alguna que otra parada de minutos en la barra de algún Lanchonete de la competencia, se beben un par de cervezas, un jugo, un energético açai para aguantar el ritmo, o algún pastel de carne o queso. Aquí se vende de todo al paso, sin sentarse, para que a pesar de las altas temperaturas veraniegas -en el pavimento se podría cocinar un huevo frito en minutos- se pueda seguir la marcha. El comer sentados y abundante con ese calor, llevaría a todos a una inexorable siesta cuyana de unas cuantas horas, nadie esta dispuesto a perder el tiempo durmiendo para la digestión, haciendo que la vida se detenga como sucede con las siestas mendocinas.

Cuando aparecen músicos “batucando” en la calle, paran a escucharlos, cuando se topan con alguna rueda de samba –que comienzan a circular con bastante antelación al carnaval- Magdi aprovecha la volada para hacerlos bailar, enseñando los pasos que despliega con soltura.

No pueden creer cómo Magdalena se ha expandido aquí. Gracias a ella todos andan excitadísimos: gritan, bailan, corren por la arena, entran en el mar a cada rato, sobre todo ríen. - *Río de Janeiro* -les decía Magdi entusiasmada- *es el lugar del mundo más fácil de habitar, al rato uno ya puede sentirse como en su casa. Con una malla, un par de ojotas y algo de plata en el bolsillo ya está. Ojo que aquí*

también hay inseguridad, pero aquí nadie va a secuestrarnos, aquí a los Montalvani no los juna nadie.- Todos festejan con risas nerviosas, confirmando que el humor sirve para aliviarlo todo.

-Lo único que tienen que tener en cuenta es no salir nunca con billetera. Vos mamá, sacate todas las joyas, aquí los chorros la tienen clara, van encima del turista tradicional: cámara de fotos, joyas colgadas y un cartel en la frente que dice "yo soy turista". Salgan siempre en ojotas, con lo mínimo encima-.

Charles no conocía a Magdalena, antes de que ella se viniese a Brasil todavía el viejo no entraba a la casa de Ítalo. Él la miraba extasiado. Este viejo que ya calzaba ochenta abriles estaba absolutamente conmovido por lo que estaba viviendo. A pesar de los años que a veces suavizan, Charles sigue siendo un viejo parco, mas aquí, sus ojos brillan todos los días, no con el brillo habitual, sino con el de una lagrima montada en sus pupilas por una emoción que no cesa. Más que el goce de estar en este lugar, es esta joven lo que lo ablanda inexplicablemente.

Luego de una primera semana ajetreada, en que visitaron: Petrópolis, Teresópolis, Buzios, Angra Dos Reis, Paraty y Ubatuba, Magdi dejó las próximas dos semanas a rienda suelta para que cada uno disfrute a su manera. Les dio copia de la llave, e instrucciones como para que cada cual circule por la ciudad libremente. Ella sabe que para

disfrutar un viaje no es necesario estar siempre sacrificándose por el otro. Siendo independiente, se está pendiente, así todos disfrutan y nadie reclama a nadie:

- Seguramente alguno de ustedes prefiere la playa todo el tiempo, otro visitar teatros o museos, es bueno que cada uno lo haga como más le guste. Lo que sí, ya me han visto, nadie sale de casa sin llenarse el cuerpo de protector solar 50. Aquí sabemos que lo de la capa de ozono no es ninguna pavada. El cáncer de piel está a la orden del día, no será veraneando en mi casa que se lo van a pescar.

Por último, ese sábado a la noche llevó a su padre y a Charles al estacionamiento del edificio, los condujo a la amplia baulera que correspondía a su departamento y les dijo: *-Tengo una sorpresa especial para ustedes dos, cierren los ojos... Ahora los pueden abrir.-* Cuando los abrieron, dos flamantes bicicletas Trek mountain bike a estrenar, suspendidas de un portabicicletas, los miraban:

- Aquí, una de las cosas que más se disfruta, es la ciclovía que bordea la costa de toda la playa - dijo Magdi- yo sé que si hay alguien que va a gozarla a pleno, son ustedes dos-.

Por primera vez Ítalo y el viejo Charles pedalearon sin el equipo reglamentario, lejos del uniforme del ciclista -zapatillas especiales, calzas acolchadas, camisetas, casco, guantes y lentes-, lo hacían con el torso desnudo sola-

mente con una malla y en ojotas. Una inconsciencia inadmisible, sobre todo para un profesional del tinte del viejo Charles. Sin embargo, nunca disfrutaron de pedalear tanto como esta vez. A veces despojarse del uniforme da una libertad adicional.

Como dos niños plagados de entusiasmo, apenas con un poco de protector solar en el rostro, iban y venían por la ciclovia de la costa una y otra vez. A veces con el sol de frente, a veces con el sol de espalda, reían como nunca hasta ahora. Esta vez Charles sintió en Ítalo una familiaridad sin barreras.

-Ítalo, la verdad que nunca imaginé que podría vivir algo así.

-¿Acaso no te lo merecés viejo?

-No se trata de merecer o no merecer, alguien que le tocó nacer en donde a mí me tocó nacer, que le suceda lo que a mí me está sucediendo...

- Vos te merecés esto y mucho más.

- Hace poco en la escuela me conecté con un espíritu que siempre se la agarra conmigo, me dijo que me preparara, que conocería el lugar de mis sueños.

-Y a vos que te gusta engancharte con las cosas del otro mundo...

-Callate che... ese día cuando el espíritu me vaticino el viaje, casi abandono la escuela, mirá si yo iba a andar un día por las playas de Copacabana...

-Tenía razón Raquelita. Charles, hasta yo terminare metido con las cosas del otro mundo. Entre mi esposa Alicia y vos, me van a terminar convenciendo.

Y reían a las carcajadas, zigzagueando por la bici senda, burlando peligrosamente toda regla. De vez en cuando paraban unos minutos para tomar un agua de coco helado, Magdi les había dicho que no existía nada en el mundo mejor para hidratarse. Encadenan las bicis en el extremo sur de la playa de Copacabana, cruzan la arena a los saltos quemándose los pies, si bien el viejo Charles no sabe nadar, se dan tremendo chapuzón en el mar. Luego, de espalda con los brazos en cruz, uno al lado del otro, se ponen al sol como dos lagartos hasta secarse para volver nuevamente a las bicicletas. Así pasaron prácticamente dos semanas, mañana y tarde, sin interrupción.

Ítalo llegó a pensar que, todo aquello que le fue vedado en la muerte repentina de aquel accidente que lo dejara huérfano, le era compensado ahora con el viejo Charles. Lo sintió como a su propio padre.

En eso, mientras el sol los pelaba vivos torrados en la arena, Charles le contó sus pensamientos.

-¿Che, ingeniero, te dormiste?

-No viejo, qué va.

-Sabés una cosa, el día que me muera me encantaría que me enterraran acá.

-¿Qué decís? Hablas como un viejo al pie del ocaso.

-Escuchame Italito, si bien es cierto que todavía meo un grueso chorro que no corta hasta el final, ya cumplí los ochenta, he notado la vejez por la flaqueza ante la emoción.

- No solo representas veinte menos, se nota que en ese chasis hay cuerda para rato.

- El otro día fui al PAMI para el control, antes de salir le digo al tordo: ¿Y doctor, cómo estoy? ¿Sabés que me contestó?

- impecable ¿que va a decir?

-No, me dijo que estoy como un caballo trotado, con el corazón agrandado como el de un elefante, y con un soplo, que más que una leve brisa, suena como un áspero y turbio viento zonda.

-No le des pelota, ya te voy a llevar a mi médico, el es un experto en decirle a sus pacientes que están sanos.

-Es que soy yo el que ya siente los sobrepasos del corazón anunciando los presagios del fin. Escuchame, lo dije mal, no me gustaría que me entierren acá, te pido que me

hagan cenizas y que las tiren al mar justo aquí adonde estamos.

-Viejo, sin faltar el respeto, pero no seas boludo, deja de decir huevadas ahora, si estamos más contentos que nunca.

-Por eso, porque la mejor manera de hablar de la muerte de uno, es cuando uno está contento. ¡Si morirse no es mala palabra pendejo! Estoy viviendo la feliz agonía de cada día pasados los ochenta, y con mi sueño más deseado cumplido

Llegaron al departamento bien entrada la noche, luego de guardar las bicis, mientras subían por el ascensor de servicio, el viejo volvió a hablarle, le tomó las dos manos con las suyas, lo miró fijo:

-Italito, no quiero morir solo, gracias al cielo, vos y los tuyos son mi familia, lo único que te pido: cuando llegue la hora, tirá mis cenizas en el mar de aquí. Acordate que quiero aprender a nadar huevón!

-Viejo loco, no tenés arreglo, debe ser por eso que te quiero tanto.

-Yo también -dijo el viejo- y ambos puchereando reían de nuevo.

Mientras que Ítalo y el viejo Charles hacían prácticamente rancho aparte, el resto de los Montalvani se repartían en

dos grupos. Por un lado las mujeres, Alicia y sus hijas iban y venían juntas a todos lados: de los Lanchonetes Las Heras al shopping, del shopping al mercado, del mercado, de nuevo al shopping, de ahí a tomar un helado, de nuevo al shopping, de ahí a un café, y otra vez al shopping. Por el otro, los dos Ítalos de última generación, tío y sobrino, ambos de la misma edad, se pasaban el día juntos bajo el cuidado de la señora que ayudaba a Magdalena, compartían la jornada completa. El garoto brasileiro le enseñó del surf, de las paletas playeras y de los jueguitos de pelota en la arena; en cuanto el pibe mendocino, le enseñó al brasileiro a jugar al truco, a la mancha, y a encaramarse en la cima de los árboles. Como los infantes lo saben, aprendían a la perfección el uno del otro. Hacían castillos de arena, se correteaban, cuando volvían al departamento planchados, se dormían viendo dibujitos en la tele. Así el tío aprendía sus primeras palabras en portugués del sobrino, el sobrino las primeras palabras en español del tío. Dos criaturas inocentes que sin sospecharlo, anticipaban la bonanza de lo que la empresa Montalvani sería en sus manos.

Reveillon

La ciudad de Río de Janeiro se destaca, entre otras cosas, por tener unas de las mayores fiestas del famoso carnaval brasileiro. Lo que no todos saben afuera de la región, es que la fiesta del cambio de año, *reveillon*, reúne más gente aun, en nada envidia a la fiesta mayor. Más de tres millones de personas se auto convocan en la Vera del Mar para el festejo. Un conteo regresivo del diez al cero de los últimos diez segundos del año - contado desafortadamente entre todos hasta enterrar el año que se va para arrancar del tiempo el año que se estrena- remata con los fuegos artificiales reventando en el cielo sobre el mar.

Los Monttalvanni coincidían en su estadía en Río con el cambio 2015 para 2016. La propia Magdalena compró ropa blanca para todos como aquí se acostumbra, seguramente porque el blanco sugiere augurios de paz y amor. Una linda forma de uniformar a todos en el deseo.

Magdi tiene un sentido común admirable. El talle de remeras, pantalones, vestidos, fue perfecto a cada uno. Incluso el viejo Charles estaba pintado, parecía un “pai umbanda” recién sacado de una macumba.

En el amplio balcón del departamento con doble vista, por un lado el Cristo Redentor más iluminado de todo el año, por el otro, el Morro Dois Irmaos tan alunado como siempre, enmarcaba la mejor puesta de mesa que Magdalena contaba en su haber. El enorme tablón de roble,

vestido con manteles de puro hilo blanco y coloridos platos que se esmeró en elaborar, eran arte puro. Aquí la policromía es también culinaria: ensaladas, carnes, pescados, y postres de todos los colores pintaban la mesa. Como si la tentación fuese poca, la decoración con plantas exóticas realzaban la vista y el apetito aun más. Entre brindis, abrazos, palabras de agradecimientos y una cena bacanal, la hora de partir a la playa se acercaba, pero antes, como tantas veces sucede en estos encuentros, se hizo un nuevo silencio. Otra vez, inesperadamente, fue el viejo Charles quien lo llenó con un brindis. Había tomado de más, se paró de la silla tambaleante, sacó la lengua, mojó sus dedos índice y pulgar de la diestra, peinó sus abultadas cejas antes de hablar:

-Quiero hacer un brindis por esta dulce muchacha, por lo que es, porque si no fuera por ella, yo no hubiese concretado nunca este sueño. ¡Salud!

El choque de copas quedo reverberando después de sus palabras, Magdalena, que se había quedado petrificada mirándolo , comenzó a agitar para que todos se encaminen a la playa a recibir el *reveillon* con los pies metidos en el agua. Ella, una devota de la diosa del mar, sabe que hacerlo de ese modo es una garantía de salud y prosperidad, para todos, en el año que se inaugura.

Salvo al viejo Charles, que no hubo caso de hacerlo entrar, y eso la preocupó, todos metieron sus piernas en el

agua hasta las rodillas. Magdalena se encargó de darles rosas blancas más una botella de cachaça para derramársela a la diosa del mar, mientras rezaban juntos la oración en africano que ella les dio por escrito en un papelito rojo a cada uno. Cuando dieron las doce, el cielo estalló en colores. Los gritos de millones de cariocas y turistas se hicieron sentir. Sí, sí, la alegría es brasileña, vaya semejante comienzo de año lo fue para esta familia. El encuentro es lindo, más el reencuentro no tiene precio. En la mayor de las pobrezas, o en la abultada riqueza, el afecto es todo.

Los dos Italitos se desbandaron de golpe, comenzaron a bracear salpicando alrededor. Apretaron los parpados con fuerza, lo único que les molesta a los chicos es cuando las gotas caen dentro de los ojos. Jugaban una complicidad que se blindaba para toda la vida.

Alicia se quedó conversando con el viejo Charles en la calzada; en tanto que Sarita, Rosi, Chiqui y Betty se volvían al departamento, tambaleándose abrazadas por la cachaça que le robaron a *Yemayá*.

La luna blanqueaba el agua como un reflector. Ítalo abrazó a su hija Magdalena cruzándole el brazo por la cintura. Con la resistencia del mar hasta las rodillas, Ítalo arrancó la conversación al son del característico ruido del agua a cada paso, en dirección al *Arpoador*.

-Todavía hay padres que creen que vivir la vida por la de sus hijos es la tarea. Con tu madre nunca pensamos así. Ahora... ¿podés decirme por qué te marchaste sin querer volver con tu familia?

Como un resorte Magdalena le respondió al instante con otra pregunta:

-¿Papa, por qué no me dijeron nunca que yo no soy tu hija biológica?

-¿De dónde sacaste eso Magdalena?

-Encontré el diario íntimo de mamá el día antes que me secuestraron.

-¿De qué diario íntimo me hablás? -El colorado Montalvani -más que colorado- estaba fucsia.

-Parece que los secretos en nuestra casa son muchos. ¿No sabías del diario de mamá?

-No, Magdalena, te juro, no se que diario me hablas

-Fue por eso que no volví. Me enteré de la verdad por accidente.

-Hay secretos que uno no halla como develar para no hacer sufrir al otro.

-No papá, son secretos que se transforman en mentiras, y las mentiras emergen como un corcho en el agua.

-Nosotros nunca quisimos mentirte hija.

-Me mintieron durante veintiún años pá.

-Fue tal el amor por tu madre desde que la conocí, que al enterarnos de su embarazo, nunca quise que supieras que no era tu padre de sangre, le pedí que me prometiera el secreto.

Magdalena lo vio quebrarse, a pesar del engaño, volvió a sentir que Ítalo era su padre. Lo abrazó con todas sus fuerzas y lo besó una y otra vez mientras sollozaba:

-No tengo nada que perdonarles, ustedes son puro amor. Cuando me enteré de la verdad, el mismo día del secuestro, el rencor y la atracción por Álvaro me dieron el impulso. Al encontrar el diario de mama -dicen, que en el fondo de quien esconde, hay un deseo de que alguien encuentre-me di cuenta que yo no era la que pensaba que era. Que yo en verdad era otra. Ese día pensé en los hijos secuestrados... en los hijos de los desaparecidos... e igual que ellos cuando descubren su verdadero origen, sentí una desoladora confusión. Que un exilio forzado sin vuelta atrás podía salvarme ¿Entendés papá por lo que yo pasé?

-Fuiste siempre mi debilidad. No sabés lo difícil que fue para nosotros superar tu partida.

-Lo sé. Pero también sé que cuando algún integrante de la familia se marcha, es una oportunidad de crecimiento para todos.

-Sí. Tenes razón. Fueron muchas noches de insomnio, pero fue un insomnio fecundo. Cada uno de nosotros fue tomando las riendas de su propia vida. Y todo esto te lo debemos a vos. En medio de la desesperación, cuando le conté al viejo Charles de tu secuestro, me lo anticipó: “Ya verás las satisfacciones que esa niña te va a dar”.

Entrada la madrugada ya en pleno día del 2016, Ítalo y su hija Magdalena volvían a casa tomados de la mano amorosamente, de esa forma en que quienes miran se debaten en la frecuente curiosidad de si ellos son padre e hija o si son una pareja.

Antes de llegar, les llamó la atención un grupo de jóvenes reunidos alrededor de dos palmeras de playa: ellos cantaban, tomaban, fumaban marihuana y reían a viva voz. Cuando se acercaron vieron que entre ambas palmeras, de árbol a árbol, estaba asegurada un “stick line” que utilizan hoy los chicos para hacer equilibrio. Cuando Ítalo pidió si podía probar, enseguida los muchachos le ofrecieron que dispusiera. Ante la mirada atenta de Magdalena, los ciento diez kilogramos de Ítalo subían y caían de la cuerda sin parar. Estuvo más de una hora hasta que por fin, sin caer, consiguió cruzar de un árbol a otro. Cuando llegó a la palmera del otro extremo -milagrosamente para quien lo intenta por primera vez- los jóvenes estallaron en aplausos. El colorado, más colorado aun de la vergüenza, agradeció a todos con una sonrisa victoriosa, dio

la mano a cada uno de ellos antes de reiniciar la caminata, Magdalena abrazó a su padre una vez más y le dijo:

-Tu voluntad...

-No Magdi, lo aprendí de vos: lo que uno decide lo debe continuar hasta el final.

Cuando uno lo pasa bien los días se vuelan. Afortunadamente para los Montalvani, esto sólo sería apenas el comienzo de los viajes Mendoza-Río que irían sucediéndose con mucha más frecuencia de lo que uno podría imaginar; sin embargo, este primero, con puro sabor a reencuentro, significaría mucho para cada uno de sus integrantes.

Para un mendocino -osco, parco, apático, montañés o como quiera que se denomine al modo cuyano de ser-, este primer viaje fue un espaldarazo. En Brasil, se estimularon a ser más extrovertidos y espontáneos, aprendieron que no hace falta ser amigo de alguien de toda la vida para compartir un trago o una comida, que cualquier excusa es buena para sentarse a disfrutar una cerveza con quien hasta recién era un desconocido, aprendieron a abrir su casa no sólo a los amigos de toda la vida, sino que siempre cabe uno más; que cuando se sube al colectivo, si va una sola persona en él, en vez de sentarse en la otra punta uno puede sentarse al lado del otro y tener una conversación que alcance para mejorarle el ánimo a ambas; que uno puede estar pegado al otro -como en los atesta-

dos Lanchonetes Las Heras- rozándose la piel y sintiéndose parte de la humanidad, sin por eso involucrarse más que para una efímera proximidad que nunca volverá a repetirse pero que hace bien; aprendieron a jugar vóley playero, a hacer jueguitos con la pelota en ronda sin que toque el suelo; a despedirse con una sonrisa afectuosa siempre, aunque uno no volviese a ver a esa persona nunca más. Normas de convivencia que en cualquier circunstancia nos mejoran el día.

Esa nueva forma de vivir la trasladaron a su Las Heras natal. Y todo allí fue transformándose. En las cruzadas Mendoza-Río/Río-Mendoza, Magdalena viajaba acompañada por sus hijo y alguna amiga. En sentido inverso, sus hermanas lo hacían con amigas y sus novios. Un sano intercambio que no cesaba de ampliar la alegría para todos.

A mi también me toco

Cuento esto con mucha pasión, pues a mí -Juan Montalvani el escritor- también me tocó. Al siguiente viaje que mi primo Ítalo hizo para visitar nuevamente a su hija, me invitó.

Yo, que salvo Palmira, Luján, Tunuyán, San Carlos, Pareditas y San Rafael, -que visité una vez por un encuentro de pseudo poetas-, no conocía más que el modo amendocinado de ser. Esta viaje, a mi también, me significó una renovación celular completa.

El primero de marzo del 2016 ya subidos en el avión -yo por primera vez, a los cincuenta años, montado en el pájaro metálico, y con un mega cagazo padre- no hice más que escuchar y escuchar a mi primo Italito sin interrumpirlo ni una sola vez. Me contó su vida de punta a punta. Conocí todo lo que desconocía y volví a escuchar todo lo que ya sabía. Me fue narrando giros y contragiros de su recorrido con lujo de detalles. Relató vivencias, imágenes, sonidos, texturas, olores y sabores de una manera en que ya no me fue posible volver a ser el que fui hasta entonces. Cuando tenía 11 años, recuerdo que leí en el diario Mendoza el artículo de un periodista de paco-tilla que titulaba: *“La entrevista de cinco horas que me cambió la vida”*. Ese titular fue el único pensamiento que consiguió hacerse un lugar dentro del relato de Ítalo de 5 horas en el avión. Esa noche, en la calle Anibal de Mendo-

ça 345 del distrito de Ipanema, en el balcón del 7 piso del departamento de mi sobrina Magdalena, sentado en una silla de madera frente a una pequeñísima mesa de mármol, contemplando el paisaje más lindo que había visto en toda mi vida, saqué del bolso de mano un cuaderno *Arte* espiralado con hojas a rayas tamaño A4 que cabía justo en la mesita, una birome BIC del bolsillo trasero del jean con el que viajé, respiré hondo, solo para no olvidarme de respirar, siendo las doce menos un minuto de ese primero de marzo del 2016, sin levantar la cabeza, como si los dedos escupieran letras, comencé a escribir *“No soltés el manubrio”*.

Al día siguiente, cuando terminé, eran las seis de la mañana. Apenas si pude girar la muñeca de la mano derecha en la que llevo el reloj para enterarme la hora, ya que soy zurdo, la zurda también la tenía entumecida de escribir. Estaba totalmente agarrotado. Sentí que si no daba una caminata urgente no podría volver a conseguirlo. Así es que me solté a vagar sin rumbo.

La primera persona que vi, fue un joven que de súbito apareció a mi lado haciéndome pensar en cómo me vería yo a esa altura. Fue su aspecto calamitoso lo que me hizo reflexionar en el mío. Calamitoso, no por sucio ni descuidado, sino porque reflejaba una melancolía marchita que me estremeció. Y yo que me sé mimetizar con absoluta naturalidad - entumecido y con la sensación de vacío por el parto reciente de este escrito - no me costó nada em-

parejarme a su estado de ánimo. Así es que a paso depre-sivamente rítmico, los dos recorrimos la calzada completa de la playa en absoluto silencio. En los últimos cien metros vislumbré una nueva silueta. Venía en dirección con-traria. Cuando se aproximó la aprecie mejor, no se podía creer, una joven mujer hermosísima. Creo que si volvie-ran a escribir la letra de la *Garota de Ipanema* podrían inspirarse tranquilamente en ella. En eso siento un giro en la energía de mi co-caminante, el, que hasta ese mo-mento venía mirando el suelo, por primera vez levanta la cabeza. Sus labios, que estaban al pie del llanto se elevan, sus ojos ceñidos se despegan, sus hombros colgando para adelante se enderezan, yo, claro, como saben, nueva-mente me mimetizo a él. En el momento en que estamos por cruzar a la bella garota de Ipanema, él se detiene, en-tonces ella también. Hay una brevísima pausa, el alza sus brazos y en un portugués que alcanzo a comprender cla-ramente, por la forma en que lo entona, le dice: “Garota... me salvaste el día”. A la hermosa también se le ilumina el rostro. Sin más, cada uno de nosotros continúa su propia dirección, pero los tres, de un modo diferente. En mi pri-mer día aquí ya lo entendí. Qué importante es para un mendocino salir de vez en cuando de Mendoza. Podemos, si no, cometer el gravísimo error de creer, que las cosas son, como son allí.

El inicio y el final del día

En algunos hogares de Rio de Janeiro, el desayuno continúa siendo el plato fuerte y saludable del día: desayunar como rey, almorzar como príncipe y cenar como mendigo, se cumple en casa de Magdi a rajatabla. Promovido por ella, los visitantes se reúnen alrededor del desayuno a la misma hora para compartir el primer alimento de la nueva jornada: frutas, jugos, licuados variados, huevos revueltos, leche, cereales, tortas, café y más.

Corría el último sábado de las extensas vacaciones cuando Magdalena, en pleno desayuno, en un nuevo cruce de miradas con Charles, se dirigió a él con total impertinencia:

-Charles a usted que le gusta andar en dos ruedas, hoy se viene conmigo. Agarre el casco blanco que está allí colgado, sígame.

Magdalena aprendió de Ítalo a transgredir. Desde que llegó a Río de Janeiro, a pesar de las negativas de su ex marido, compró su propia moto, hasta embarazada de ocho meses se movía en ella por toda la ciudad. Como un pájaro zigzagueando entre los autos, aún con el riesgo de quedar estampada en el parabrisas de unos de ellos, circulaba a troche y moche por la populosa y traficada ciudad.

Charles -traicionado por la timidez hecha rubor ascendiéndole por el rostro- calladito obedeció. Se subió a la moto, se agarró a la cintura de Magdalena, siendo las ocho de la mañana partieron a lo que sería un largo periplo. Rotando el cuello ligeramente a la izquierda, para que el viejo Charles la escuche mientras conducía, ya en su habitual rol de guía Magdi comenzó:

-A la gente de aquí le llaman carioca, ¿sabe porqué?

-No, qué va Magdi, ¿de dónde voy a saber?

-Carioca quiere decir, en la lengua de los indios de aquí, casa-blanca. Eran las casas que hacían los portugueses cuando llegaron en la conquista. Y quedó.

-Ahhh.

Mientras que magdi zigzaguea finito entre los autos y ómnibus sin esperar nunca atrás, Charles, apretó los cachetes contra el asiento del susto, más sobrio como es, se fue acostumbrando a su alocada marcha sin cortarle a ella su ininterrumpido relato:

-Lo primero aquí, es que la vista aérea de Río de Janeiro es la más linda del mundo.

-Ahhh.

-¿Sabe por qué Río de Janeiro?

-No Magdi, ¿de dónde voy a saber? Y por favor no me hagás más viejo, tuteame.

-Bueno... porque cuando llegaron aquí los colonos, creían que avistaron un río, como era enero avisaron que era un río de enero, o sea Río de Janeiro, y quedó.

-Ahhh.

-Vamos a subir ahora la Floresta de Tijuca. Dale Charles agarrate bien de la cintura.

Curvas y contra curvas ascendían entre árboles y plantas de la floresta urbana más tupida del planeta. En eso se detuvo, estacionó la moto en una pendiente que apenas lograba tenerla en equilibrio, le pidió a Charles que baje. Sacó agua de la mochila y le hizo tomar unos cuantos tragos.

-Vos estás en buen estado físico, vamos a escalar la “Piedra bonita”.

El viejo Charles obedeció, en cuarenta y cinco minutos estaban en el tope rocoso. El viejo no mostraba ni una gota de sudor, a paso firme llegaron a la vista imponente de toda la zona sur de la ciudad.

-Mirá, de aquí se ven todas las playas, esa piedra alta que tenés enfrente es “Gavea”.

El silencio extremo asusta, pero al viejo le apasiona. Él contempla sin decir una palabra, sólo Magdalena irrumpía en él:

-Mirá con ganas para que el paisaje se te quede grabado, dale que vamos a bajar, falta mucho por andar, el tiempo corre-.

Bajar es más fácil. En un tercio del tiempo del ascenso ya estaban nuevamente sobre la moto.

-Ahora Charles, vamos a una playa paradisíaca que pocos conocen. Está en una zona residencial muy cara, pero hay una ley aquí que impide prohibir la entrada a cualquier playa, vamos a "Joatinga".

Cuando llegaron lo hizo bajar descalzo por las rocas hasta el mar. Allí, en aguas transparentes, aunque no tenían traje de baño, se metieron igual. Con cuarenta grados de temperatura la ropa se seca rápido. Magdi no perdería la oportunidad por falta de vestuario específico. Ninguna de las playas turísticas se le asemeja en la transparencia de sus aguas, ni en la blancura de su arena. Volvieron a trepar la roca en cuatro patas, como debe hacerse para no resbalar arruinando con un esguince de tobillo la travesía.

-Charles ¿cómo andas de apetito? -Pregunto Magdi-

El viejo no contestó y ella entendió, estaba muerto de hambre. Lo llevó a comer al restaurant "Cirí" de Barra de Tijuca. "Cirí", en portugués, quiere decir cangrejo, pero no comieron cangrejo; con unos cuantos chopes de cerveza comieron el mejor risotto de camarón de la ciudad.

Charles nunca había probado camarones, menos idea tenía lo que era un risotto. Saboreó extasiado.

Cuando subieron a la moto de nuevo, el viejo Charles se relamió pensando en una buena siesta, pero lejos estaba del reposo ansiado, Magdalena arrancó en otra dirección. Antes pasó por unos de los Lanchonetes Las Heras, le hizo tomar un açaí con gauraná y un café negro.

-Vos me pediste que te tutee, con esto tenés las pilas cargadas de nuevo viejo, ahora vamos a escalar el Pan de Azúcar-

Otra vez el viejo, sin siquiera un jadeo, ni tampoco una palabra, escaló hasta la punta a la par de Magdalena. Ella volvió a quebrar el silencio:

-Ahí tenés Flamengo, ahí Botafogo y desde acá se ve el antiguo aeropuerto Santos Dumont.

Los aviones despegan y aterrizan en el medio del vergel, hasta el sonido de sus turbinas armoniza.

En la bajada, el viejo se concentró en la vegetación, se acercó para ver en detalle cada uno de los monitos que, saltando de un árbol a otro Magdi le señalaba:

-Con temor -decía magdi- los primates se nos acercan a ver la especie rara que somos. Como antecesores nuestros que son, nos conocen bien y desconfían-

Sin pausa, Magdalena lo llevó por un camino -sólo apto para bicicletas y motos- que llega al *Cristo Redentor*. De allí le marco una vez más la Bahía de Guanabara a pleno

De repente, sin habérselo propuesto, juntos y sin mirarse se arrodillaron ante el coloso, esta vez fue Charles el que interrumpió sin quitarle la vista al Corcovado:

-Es curioso, podría haber sido cualquier ciudad del mundo, pero mi sueño era en ésta. Y acá estoy. Muchas gracias Magdalena, pero no lo entiendo...

-No tenés nada que agradecer ni entender. Yo sí lo entiendo Charles... abrazame.

Arrodillados como estaban frente al Cristo, entrelazaron sus brazos y sus pechos se estrujaron en un interminable silencio.

A la vuelta pasaron por *Lapa*, el pintoresco barrio de Santa Teresa que tanto gusta a los turistas. En el medio de una animada ronda de samba, en cuanto tomaban más cerveza, ella le enseñó a soltar la pelvis y lo animó a sambar.

Cuando entraron al departamento cerca de las once de la noche, nadie preguntó. Como si nada, cada uno preparó su rutina previa al descanso y luego a la cama.

Al día siguiente, domingo diez de enero del 2016, a las veintiuna horas, el avión de Aerolíneas Argentinas traería

a los Montalvani y al viejo Charles de nuevo a Mendoza. Pero todavía faltaban quince horas y aún quedaba una sorpresa.

El domingo a las seis de la mañana, Ítalo saltó de la cama. Cuando salió al balcón, Charles ya tomaba mate contemplando el arranque de un nuevo día.

-¿Qué haces levantado a esta hora viejo?

-¿Cómo qué hago? Lo que hacen todos los veteranos, disfrutar del milagro de estar vivo, manteniéndome despierto el mayor tiempo posible para alcanzar a ver algo más. A mis ochenta, cada noche regalada, se levanta temprano

-Dejáte de huevadas y vamos a pedalear, que hay que venir a desayunar todos juntos, para que Magdi no se cabree el último día-

A los dos minutos ya estaban en la ciclovia Copacabana-Ipanema-Leblon, si bien el domingo se corta el tránsito de autos y la Vera del Mar es un show multitudinario de gente caminando, bicicleteando y corriendo sin parar, al ser los primeros destellos de la aurora, ellos eran dueños absolutos del espacio. No hacían más que ir y venir una y otra vez. La risa pícaro de Charles se extendía cada vez más, al punto que mi primo Ítalo no podía dejar de mirarlo contagiándose. Sin parar de sonreír el viejo dejó salir:

-Ítalito -así lo llamó él por primera vez- no te olvides de lo que te encargué, por favor.

-Pará Charles, ¿qué hacés? No soltés el manubrio!!!

El viejo Charles abrió su boca en una exhalada profunda y ruidosa, como diciendo ya está. Bajó el pie derecho, lo apoyó a un costado de la calzada sobre el cordón, y montado sobre la bicicleta, simplemente, se murió.

Con la sonrisa aún dibujada en su rostro, Ítalo logro sujetarlo antes que cayera.. Mi primo le tomo el pulso para sentirlo vivo, mas la respiración ya había cesado. Como el instante en que deja de llover sobre el mar, el corazón de Charles ya se había detenido. Intentando no perder la calma, le practicó las maniobras de reanimación sin el más mínimo resultado.

Inerme ante la inmensa muerte, con toda la fuerza que aún le resta a Ítalo, cargó al viejo Charles como a un bebé que se acaba de dormir. Cuando entró al departamento, aún nadie estaba levantado, colocó al viejo sobre el sofá, tomó la sábana de su cama y lo cubrió. Su hijito fue el primero en levantarse, cuando preguntó, le dijo que no hiciera ruido, que Charles estaba durmiendo allí.

Ítalo esperó que acabase el desayuno de la familia antes de dar la noticia, incluso, comió con todos como si nada, luego sin rodeos comunicó: *-El viejo Charles ha muerto, está en el sofá. Nosotros somos su única familia, tenemos*

algunas horas antes de salir para concretar su último deseo.

El esposo de la jefa de cocina de Lanchonetes Las Heras, trabaja en el crematorio de Río de Janeiro. Brasil también es Latinoamérica, con un poco de dinero los papeles se arreglan.

En dos horas toda la familia estaba alrededor de quien, recién terminado de pedalear, en instantes sería ceniza.

Luego del rezo que la propia Magdalena guió, cada uno colocó una rosa roja sobre el viejo Charles.

Magdi abrió su mochila, metió la mano dentro de ella, y antes de sacar lo que aseguró en su mano derecha miró a su madre. Entre los dedos firmes colgaba el diario íntimo de su mamá, color rosa de tapas duras. Alicia se le descolgó la mandíbula, como si de las manos de su hija más que su diario íntimo pendiera su propio corazón. Instantes antes que el cuerpo del viejo Charles fuese introducido a las llamas, Magdi pidió unos segundos más, arrancó la última página del diario de su madre, previo arrojarla a las llamas junto al viejo Charles, la leyó para sí:

“Mientras trabajé con hombres por dinero, sólo una vez tuve sexo con amor. De ese amor nació otro amor: Magdalena. A él, Nunca más lo volví a ver. Era un simple cadete de farmacia, lo único que él amaba era pedalear.”

Antes de salir para el aeropuerto, Ítalo alcanzo a llegar al lugar donde se tiraron como lagartos aquel día en que el viejo Charles se lo pidió: - *Tirá mis cenizas aquí, recordá que quiero aprender a nadar*-. Colocó las cenizas dentro del casco del viejo Charles y lo arrojó al mar con toda su fuerza. Seguramente, en un par de horas, el casco ya estaría en la cabeza de algún niño pedaleando en la cicloavía. El devenir de las olas acaba trayéndolo todo de vuelta.

El domingo diez de enero de 2016 en la puerta del pre-embarque del aeropuerto Galeao, minutos antes de las veintiuna horas, los últimos en despedirse fueron los dos Ítalos de la última cosecha, tío y sobrino.

Los dos niños de escasos siete años, sin abrazos ni besos previos, se tendieron la diestra con la correspondiente distancia. Precozmente, primero uno, luego el otro, se llamaron así por primera vez:

-Hasta pronto socio.

-Hasta pronto socio

-Nos volvemos a ver en Río

-No, la próxima vez, nos vemos en Mendoza

FIN.

EPÍLOGO

Cuando Ítalo y Alicia se casaron, como regalo de familia, estaba programado un largo viaje de luna de miel donde visitarían varias ciudades de Europa, Estados Unidos y Asia. Sin embargo, a último momento Ítalo canjeó el preciado obsequio por una estadía en Río de Janeiro de tres semanas.

Es curioso, se alojaron en el mismo hotel 5 estrellas y el mismo cuarto, en que su hija Magdalena y Álvaro lo hicieron cuando llegaron a Río. La suite número 17 toda vidriada con vista al mar.

Luego de su matrimonio, Ítalo fue muchas veces a San Pablo por negocios pero nunca regreso a Río hasta ahora. En la luna de miel, como cualquier pareja que se gusta y ama, Ítalo y Alicia hacían el amor mañana, tarde y noche, antes del desayuno, después del desayuno, a la vuelta de la playa, luego de la siesta, antes de cenar y a la vuelta de la ronda nocturna. Es curioso también, cómo la memoria nos tiene guardadas sorpresas que desafían el tiempo. Luego de más de veinticinco años de casados, en esta misma ciudad, en el departamento de su hija Magdalena, Ítalo y Alicia se trancaban en el cuarto, ya sea en la ducha, en el piso, en una silla o en la cama, parados, de costado, o en la clásica posición papá y mamá, volvieron a hacerse el amor apasionadamente como en aquellos días. Con sus variantes acordes al paso del tiempo, el sexo hace bien a

cualquiera pareja, y como en este caso, el sexo con amor palmo a palmo, ni hablar...

José kemelmajer nació en la provincia de Mendoza en 1961.

Inicialmente obtiene el título de Odontólogo

Hace tres décadas aborda la realización artística desde varias aristas.

Como actor, músico, guionista, realizador audiovisual concreta numerosos proyectos.

En la dirección y producción de varios de ellos recibió premios y distinciones tanto en teatro como en televisión, entre ellos el Martín Fierro del interior, el de mejor actor en distintos géneros: drama, comedia y humor

Con estudios de música y cine, egresa como licenciado en arte dramático de la universidad nacional de cuyo. Ejerce la docencia en esa casa de estudios como profesor de técnicas corporales, actividad que desempeña desde la infancia.

Luego de escribir teatro, cine, TV, algunos ensayos, nos presenta su primera novela

Contacto

jonakemel@hotmail.com

NO SOLTÉS EL MANUBRIO